
3 1761 09545752 9

"ABABOL,,

NOVELA SOBRE COSTUMBRES DE LA HUERTA DE MURCIA

POR

Antonia de Monasterio de Alonso-Martínez



SALAMANCA
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE CALATRAVA
a cargo de Manuel P. Criado

1922

Librería de Rivadeneyra.—MADRID.

No copiaré al licenciado D. Francisco Cascales al empezar a escribir sus «Discursos históricos sobre la ciudad de Murcia», allá por el año 1874, cuando decía:

«*Si acaso (lo que Dios no quiera), diere este libro en las manos de hombres idiotas y necios, que es peor que en la de ladrones, paciencia y callar: que alabarme o vituperarme ellos, todo es uno. Yo le dejo para quien es, cuyo juicio ni me da pena ni gloria*».

Pero sí le copiaré en la ofrenda que de su obra hace a la Virgen de la Fuensanta, ofreciéndole mi «Ababol» como a su mejor Protectora.

LA AUTORA.

A MODO DE EXPLICACIÓN

Cuando los romanos llegaron al lugar que Plinio dice Murci quedaron encantados viendo la frescura del río que los muslimes llamaron «blanco» y todas sus riberas cubiertas de mirtos; creyendo encontrarse en el lugar particular de la Venus Murcia, amiga de aguas y mirtos; y por la gran devoción que a la diosa tenían, es cosa muy verosímil que añadiendo la letra *a* fueran ellos quienes la llamaran Murcia.

Según los escritores arábigos era Murcia país que contenía todo cuanto pudiera necesitarse para equipar y embellecer a una joven desposada, sin que fuera preciso tomar cosa alguna de otros países.

Ninguna otra región de España podía entonces rivalizar con Murcia por la cantidad y variedad de sus producciones, ni por el número de sus fábricas y telares, donde entre otras, se labraba la preciosa tela de seda conocida con el nombre de al-guax, matizada de brillante colorido y de mu-

cho precio y estima, que sólo se fabricaba además en Málaga y Almería.

De aquellas primorosas telas tejidas en seda tenían los huertanos el buen gusto de hacer sus chalecos que completaban la vestimenta original de los zaragüelles, rematando el traje: pues el clásico murciano iba siempre en mangas de camisa, y cuando tenía frío se arropaba con la manta moruna; digna por lo bonita del resto de la indumentaria. Haciéndose también las faldas de lujo de las murcianas, pues las mujeres de la Huerta usaban con mayor modestia, aunque no menor arte, preciosos refajos primorosamente bordados en vivos colores.

Ni en Grecia se atavió la mujer con mayor arte y gracia. Y la penitencia que cumple ahora la mujer murciana por su pecado de ingratitud abandonando el traje ideal que realzaba sus encantos y disminuía sus imperfecciones, es parecer en la actualidad menos hermosa que antes.

Cuenta la historia de Murcia un hecho guerrero tan glorioso para sus mujeres, que digno fué de haberle capitaneado Agustina de Aragón. Pero la cualidad saliente de la mujer murciana no es la fuerza, sino la maña: ni a ella le gusta guerrear más que con las flechas que toma del carcaj de Cupido.

Es la mujer murciana de las más femeninas que hay en España.

Del paso de los árabes por Murcia guarda re-

miniscencias en su indolencia para todo, y en su pasión por el amor; pues nace con una sola necesidad: ¡la de amar!, y una sola ambición: ¡la de ser amada!

Si alguien la contase que en el mundo hay muchas mujeres descontentas de la organización de la sociedad, se asombraría. Si la dijeran que abundan las que pretenden rebelarse, no lo comprendería. Si la asegurasen que hay infinitas indignadas del despotismo del hombre, no podría creerlo.

La indolencia de la mujer murciana no la permite trabajar mucho físicamente y sólo suele ocuparse en labores primorosas, principalmente en bordar y hacer encaje, que es para lo que parecen destinadas sus preciosas manos que semejan estar hechas a molde.

La mujer murciana cruza el mundo sin detenerse a pensar. Y así como Jorge Sand compadece al campesino balear porque dice que no piensa nunca, yo por igual razón envidio a la mujer murciana, que pasa la vida cual lindo balandro rodeado de un mar de pasiones que mece la embarcación sin hacerla zozobrar nunca...

La mujer murciana es guapa: sus ojos árabes no sueñan, viven. El color de su tez tiene mucho de la blancura mate de las palmeras preparadas para el domingo de Ramos; porque una y otras viven ajenas al aire y al sol; la mujer encerrada en su casa, de donde apenas sale (aunque en verdad sus piececitos de china son poco a propósito

para caminar) y las palmeras envueltas en las hojas verdes que al estrecharlas en traidor abrazo las vuelve anémicas.

La mujer murciana no es nunca intelectual; ni estudia, ni escribe, ni lee, ni le importa instruirse, ni tiene tiempo que dedicar a los libros, porque se le concede todo al amor.

Desde niña, cuando apenas cuenta once o doce años, su naturaleza precoz despierta para el amor y empieza desde entonces a vivir, puede decirse, tras la celosía, hablando con el novio y aspirando el aroma de jazmines y claveles que adornan su ventana y a ella la envuelven.

Este *quehacer* que ocupa a veces ocho o diez años, es una costumbre dañina, porque cada ventana imposibilita a dos personas para el trabajo y para el estudio, pero es una poética tirana. Y las cosas que son malas nos inclinamos a perdonarlas si además son bonitas...

El ambiente que aún se respira en Murcia y su Huerta parece casi el mismo que respiraran los habitantes de la Arabia a quienes cupo en suerte su territorio.

Ellos tomaron al Tader o río Segura por el corazón de la Huerta, haciendo multitud de beneficiosas acequias, que cual arterias fueran repartiendo la vida en toda aquella fertilísima vega, calculada en más de cinco leguas de longitud por tres de latitud, como modestas hadas ocultas por los cañaverales.

Los árabes plantaron también las airosas palmeras, no sé si en recuerdo de la lejana patria, o en memoria de Palmira; pero proporcionando con ellas a la Huerta no sólo un adorno, sino su mayor encanto, dándola entonación de paisaje oriental.

Los poetas muslimes compararon la vega murciana con el suelo de Egipto; su río con el Nilo y los desbordamientos beneficiosos del río sagrado con las terribles inundaciones con que el Segura castiga a los huertanos.

La Huerta de Murcia tiene un ambiente de hermosura y de paz infinitas. Su serenidad calma el espíritu más inquieto: su luz, que tanto parece salir del suelo como bajar del cielo, se filtra hasta el alma: su espléndido sol, que realiza milagros en la tierra, los lleva también al hombre, haciendo germinar en la tierra los frutos y en los corazones la alegría.

En la Huerta murciana se vive contento, pues sólo hay dos castigos: las inundaciones y el comisionado de apremio. En ella se hermana lo que armoniza raramente: la mucha riqueza y el mucho arte; porque el suelo es de una fertilidad asombrosa, y el conjunto del paisaje, de placidez artística, parece tener alma para hacer sentir. Su contínuo verdor y sus numerosas casitas blancas dan la sensación de un inmenso tapiz verde sobre el cual bandadas de palomas se hubieran posado a descansar en su fatigoso vuelo.

La antigua vivienda de los huertanos era en realidad un nido humano lleno de gracia. Un americano tal vez encontrara más bonita una casa de muchos pisos; pero no será seguramente la opinión de los poetas. Y hasta pienso que si María Antonieta la hubiera conocido habríala hecho copiar como la choza más linda de sus fiestas campestres.

Esta, entre casa y cabaña, se llama «barraca», nombre que recibió de la población bereber que allí acrecentaron en el siglo XII los almoravides y los almohades; y se fabricaba con ladrillos sin cocer, de los que en Castilla se llaman «adobes», y que en Murcia conservan con más pureza la palabra arábiga diciéndose «at-tob».

Los mismos huertanos la fabricaban empezando su *construcción* por plantar unos jirasoles que nacen y crecen en dos meses.

Cuando ya estaban granados vendían a los golosos «las coronas» (que son consideradas allí si no como plato fuerte, por lo menos como manjar muy apetitoso) conservando sus troncos, fuertes y ligeros después de secos, para utilizarlos como maderos de construcción para hacer la armadura de la barraca. Luego cortaban cañas y las secaban para tejer con ellas a continuación las dos vertientes de la cubierta que recubrían con mantos de albardín.

Como piezas de carpintería llevaba solamente una puerta y dos ventanucos, con lo que quedaba

terminada la vivienda, a la que después se agregaba como adorno un parral que también servía para cobijar de los ardores del sol a las huertanas jóvenes cuando bailaban bajo sus ramas, o a la huertana vieja que se sentaba en el poyo delantero para remendar su ropa.

Y para rematar tan linda casa, que a mi entender fabricarían igual las golondrinas si tuvieran encargo de construir nidos para personas, dos crucecitas de madera colocadas encima de los dos extremos; acaso como recuerdo de los días de persecución para mudéjares o moriscos, en que necesitaba el huertano demostrar y hasta hacer alarde de sus creencias religiosas.

Estas viviendas son un vivo milagro de la Providencia: cuando llueve no entra en ellas el agua, no se sabe por qué; lo mismo que se desconoce la causa de que el viento no se las lleve. Hace falta una chispa imperceptible de fuego para destruir aquel nido sin dejar el menor rastro de él sobre la tierra; o que una gran avenida del río arrase hasta los cimientos de aquella vivienda que no los tiene.

Digno del encanto exterior es la sencillez interior, llena de gracia. Las rojizas, panzudas y relucientes tinajas guardan el agua que fué cogida del río en la menguante de Enero y es la que la familia beberá durante el año entero. Blanquísimos paños en los que las sencillas huertanas ponen su lujo, cubren los «tapadores». Encima del

tinajero que forma un ángulo, vasares o «lejas» llenos de enseres de cocina y adornados con limones, naranjas y albahaca. Los «lebrillos» o barreños de antigua loza; los jarros de vivos colores; las escudillas y platos de reflejos metálicos, amenudo de los llamados hispanos-moriscos, forman un conjunto seductor.

La cocinita está generalmente fuera; pero si se guisa dentro de la barraca se hace en un fogón colocado a la derecha, sin chimenea, respiradero, ni demás *inutilidades;* toda vez que el humo puede salir por la puerta que está siempre abierta...

Vecina del tinajero suele haber un arca donde se guarda la ropa, los comestibles y los instrumentos de labranza que son pequeños o costosos. Y en el fondo de la barraca una cortina o una sábana defienden de miradas indiscretas «el tablado» o gran cama matrimonial, compuesta de tablas y colchones de paja de maiz o de cáñamo, de ocho pies de altura y donde el huertano sólo duerme en caso de enfermedad, ni la huertana más que en ocasión de parto.

Como la barraca no tiene más habitación que la que marca la tela, en ella duerme el matrimonio, todos los hijos, y hasta los convidados cuando los tienen...

Siguiendo la tradición oriental, al momento de las comidas se sientan alrededor de la mesita pequeña y baja el huertano y los hijos varones aunque sean todavía zagalicos: mientras que la

mujer y las hijas comen de pie, en el suelo, sobre el arca o andando.

Cuando al cenar alumbra a la familia el candil colgado sobre el tinajero, toma el interior de la barraca una tonalidad emocionante: y cuando al empezar la comida, que se hace bajo el emparrado, bendice el huertano el pan diciendo una plegaria a Dios que se le concede, causa dulce impresión en el alma.

Estas costumbres sencillas y buenas se van perdiendo: el huertano frecuenta ahora más la ciudad, lo que no sirve para instruirle pero sí para dañarle; porque se tienen los sentimientos más sanos cuando se vive alejado de la sociedad, que es la que pervierte, y sólo se está en contacto con la naturaleza que hace a la gente buena.

Los huertanos generalmente no saben escribir ni leer, pero esto por lo visto es un detalle sin importancia. Esa carcoma social que se llama política invade en Murcia todo el terreno, lo mismo secano que de regadío; y allí con que el huertano sepa votar tiene suficiente ciencia. De lo que resulta que no se instruye el huertano, pero va olvidando muchas de las cosas buenas que sabía.

Antes, por ejemplo, cuando la hermosa torre de la Catedral que tiene sobre sus campanas ocho ojos para contemplar la vega, sin necesitar llorar con ninguno, daba el toque de oración, llamado en la Huerta «toque de ánimas», el huertano se descubría, se ponía en pie y rezaba el *angelus*...

¡Ya no lo hace, sin duda creyéndose más ilustrado!

La campesina murciana es una flor más en esa vega espléndida llamada «Huerta», sin duda por la gran cantidad de hortalizas que produce, pero que gráficamente debiera nombrarse Jardín...

Su educación está tan descuidada, que generalmente no sabe ni siquiera leer; pero tiene la ciencia principal en la mujer, puesto que sabe ser buena esposa y buena madre, guardando al marido sumisión y fidelidad extremada y siendo para sus hijos madre amantísima.

La suavidad del ambiente en que vive hace dulces sus sentimientos; así como el pasar la existencia en plena naturaleza y alejada de la sociedad conserva sus costumbres honradas y puras; y las que son censurables juzgadas con imparcialidad, obedecen a ignorancia, pero de ningún modo a maldad.

A mi entender la mujer huertana no siente fuertes pasiones como le ocurre al huertano, que parece llevar en su sangre la fuerza del sol con quien vive en tan íntima unión.

Yo creo que el ramo de jazmines con que remata su peinado es lo de más peso que lleva su cabeza: así como sirve de suficiente coraza para defender su corazón el prendido de claveles que coloca sobre su pecho: de esos magníficos claveles que trajeron los moros a España, haciéndose tan buenos patriotas nuestros y de los que dijo Rubén Darío:

Flor de gitanas, flor que amor recela
amor de sangre y luz, pasiones locas:
flor que trasciende a clavo y a canela
roja cual las heridas y las bocas.

La vida de la mujer huertana parece una forma más de la poesía; tiene fiestas de verdadera delicadeza y usos llenos de encanto y originalidad. Entre éstos los hay muy curiosos: entre aquéllas se conservan todavía reminiscencias árabes, o costumbres de interés como por ejemplo los llamados «Juegos», primitivo origen de nuestro teatro.

Al empezar Mayo se ven pequeños altares con una cruz hecha de flores, que presiden bailes de malagueñas o parrandas, al son de guitarras y castañuelas, con los que el fervor religioso del pueblo conmemora un prodigio que la historia de Murcia cuenta y la tradición conserva.

Dejó el rey Abuzeid Valencia para ir a visitar el reino de Murcia donde tenía cristianos cautivos en duras prisiones. Llegó el 3 de Mayo de 1231 a la villa de Caravaca; y visitando las cavernas y grutas secretas labradas en una peña viva al pie de su castillo fuerte, vió el rey moro lo mal tratados que estaban los prisioneros. Y movido a compasión mandó que sacaran a los cautivos cristianos de tan oscuras tinieblas, autorizándolos para que trabajase cada cual en su oficio; pudiendo así pasar con más alegría su cautiverio y en provecho de la república.

Llegado a presencia de Abuzeid, entre otros, un sacerdote llamado Ginés Pérez, fué preguntado que cuál oficio tenía. «Yo tengo el mejor que hay en el mundo», contestó.

Quiso el moro vérsele ejecutar y entonces el sacerdote pidió ornamentos sagrados, que le fueron proporcionados, revistiéndose con ellos enseguida.

Mandó el rey moro preparar en el castillo un altar con todo lo necesario para celebrar una misa: pero viendo que el sacerdote no comenzaba y preguntándole la causa de su demora, contestó que no podía celebrar por falta de cruz. Y apenas dicho, se abrió la pared y entraron dos ángeles llevando una cruz que asentaron en el altar. El prodigio impresionó tanto a Abuzeid, que trocó al rey moro en un buen cristiano.

Este es el milagro de la Cruz de Mayo que el pueblo celebra y perdurará su recuerdo en la Huerta mientras haya huertanos.

Otra de las costumbres bonitas es el «Ramo» que colocan los amadores en la ventana de su amada la víspera del Domingo de Ramos, en recuerdo y anuncio de la fiesta religiosa que ha de celebrarse al día siguiente.

Una de las fiestas más típicas y de mayor perfume de amor es la que se celebra la víspera de San Juan por la noche, en que los mozos obsequian a sus novias con flores y en que ellas hacen una consulta a la diosa Fortuna poniendo en su

gestión la fe más acendrada y el entusiasmo lleno de respeto con que las vestales cuidaban de su rito.

Empiezan las huertanas tomando flor de alcachofa que queman en la llama del candil y ponen a continuación en el tinajero donde pasará la noche; para saber a la mañana siguiente que sus amores serán felices si la flor quemada revivió al frescor del agua de las tinajas, o considerar sus amores desgraciados si la flor amanece mustia...

«Los Mayos» es una fiesta encantadora con su nota de sencillez y sus raudales de poesía.

Se celebra la noche en que muere Abril y nace el florido Mayo. Los novios, llevando acompañamiento de amigos y guitarras, pasan la noche ante la puerta donde vive su amada, dándola guardia de honor y cantando coplas amorosas alternando con el baile.

La muchacha cortejada no sale y se acuesta, pero desde la cama sigue con interés la fiesta, de grande importancia para su amor: porque si el novio no pasa la noche entera guardándola, a la mañana siguiente habrá perdido todo derecho sobre ella...

Cuando al empezarse la noche llega el huertano ante la barraca o la casita huertana, lleva un gran brazado de flores que reparte tirando las unas en el umbral de la puerta para que su amada las pise al levantarse la mañana siguiente, y colocando las otras en su reja, para que mientras duerma guarden su sueño...

No conozco fiesta de señores más delicada que esta de los huertanos y ella sola bastaría para demostrar que donde anida la poesía es en el alma del pueblo.

Pero la nota verdaderamente original de las huertanas la da su doble maternidad: porque ellas traen sus hijos al mundo y por ellas nacen los gusanos de seda, descritos minuciosamente en 1806 por el alemán M. C. Sturm y traducido por el francés Louis Cousin Despréaux. Y después de nacidos los hijos y los gusanos, atiende con el mismo cuidadoso esmero y mira con igual amor la cuna que bajo la higuera guarda a su niño, como a la «tartana» que junto a la palmera goza del calor del sol, defendida de sus rayos por vistosas telas, encerrando a los gusanos de seda.

A la huertana el hijo le causa cuidados, y mucho dolor si muere: el gusano la proporciona trabajo duro, pero su poética muerte lejos de apenarla le causa placer, proporcionándola los medios de pagar al amo y preparar el ajuar de la hija casadera, al convertirse en artísticos capullos de los que se tejerá la seda, o en divinas hebras de oro y plata que después serán enviadas a Inglaterra o preparadas para hacer hilos de pesca y sedas torzales.

Empieza la faena de la seda, ese milagro tan bonito que bastaría por sí solo para que adorásemos a Dios de rodillas llamándole Omnipotente y Artista, el primer viernes del mes de Mayo, yen-

do las huertanas a la iglesia de Santa Catalina del Monte, donde en fiesta religiosa muy solemne se bendice la semilla.

Inmediatamente de bendecida, la guarda la huertana en una cajita que coloca amorosamente en el seno, para que el calor de su cuerpo sirva de suave incubadora durante el día, poniendo de noche la cajita bajo su colchón, para que su propio calor siga dando vida a los gusanos. Y mientras tanto ella duerme con el desvelo maternal con que atendería al niño recién nacido si fuera el que tuviera acostado con ella...

Cuando ya la huertana ha avivado la semilla utiliza el calor del sol para que el gusano vaya medrando: y si por la noche hace demasiado fresco para ellos enciende lumbre, para que la temperatura suba los grados necesarios al feliz desarrollo de los animalitos.

El gusano de seda vive sólo cuarenta días y durante esta cuarentena el cuidado suyo absorbe en absoluto la vida de la huertana que atiende secundariamente al marido y los hijos para entregarse a lo que entonces constituye su principal amor.

A los seis u ocho días de nacer hace el gusano lo que llaman la primera «dormía», es decir, parecen dormir porque les deja aletargados una calentura que les sirve para crecer; y es tan fuerte, que les quema la piel haciéndosela mudar por completo.

Pasados los dos días que dura el letargo despiertan de él con apetito insaciable; pareciendo increíble la voracidad con que comen animales tan pequeños.

Cada ocho días tienen nueva calentura, volviendo a cambiar la piel; y pasada la última que es la cuarta, no pueden cesar un solo instante de día ni de noche de comer hoja de morera, que engullen con avidez y que la huertana les sirve sin tomar para ella un solo instante de reposo, ni sentarse siquiera, recorriendo constantemente los «zarzos» para echar el alimento a los insaciables gusanos, que consumen enorme cantidad de esa preciosa hoja que nace al mismo tiempo que ellos y va creciendo en igual proporción, a medida que se hace necesario el alimento más fuerte. Y que no llega a ser digerida, sino que al ponerse en contacto con el gusano, se trueca en seda. ¡Cuánta armonía hay en la naturaleza! ¡Cuánta sabiduría en las cosas que llamamos sencillas siendo admirables! ¡Cuánta grandeza en la pequeñez de los gusanos de seda...!

Durante la faena de la seda, el huertano no se ocupa de ella apenas, pues a él sólo le corresponde el trabajo de cortar las hojas de morera y acercárselas a su mujer para que complete con ellas sus deberes de madre haciendo también de nodriza.

Cuando el huertano prepara la última comida para los gusanos canta mientras tanto una can-

ción especial, llamada «de la Hoja», de notas tan dulces que parece un canto de cuna.

Cuando el gusano empieza a subir a las matas de «boja» para enredarse en su baba maravillosa (a veces de largura de mil metros) y formar el delicioso «capillo» de seda, la huertana se le ofrece al Señor; y como si fuera un bautizo le coloca sobre la túnica del Jesús cargado con la cruz que recorre las calles de Murcia la mañana del Viernes Santo en la procesión más artística que haya en el mundo entero; compuestos todos sus «pasos» de efigies del gran imaginero Salzillo, artista admirable que acertó a dar a sus imágenes figura humana y expresión divina. Y que para quienes juzgamos sin competencia y sólo por sentimiento, nadie ha expresado con mayor realidad y más sublime idealidad los Dolores y las Angustias de María, madre de Jesucristo.

La procesión del Viernes Santo principia poéticamente en cuanto el sol, a su despertar, besa con sus rayos la cara hermosa y cuajada de lágrimas de la Dolorosa; y termina con las «correlativas», canto interesantísimo, escrito sólo en el alma de los huertanos, que ellos mismos conservan de generación en generación sin que su música sin ritmo pase a los extraños, y que tiene para quienes escuchan sus modulaciones, a las que da entrada una campanita, todo el sabor de un canto árabe cantado por los árabes mismos.

Si es interesante el principio de la faena sede-

ra, es artístico a más no poder el final, cuando las jóvenes huertanas, formando grupos y cobijadas bajo las moreras nuevamente revestidas de hoja, arrancan de los gusanos la hebra admirable llamada «hijuela», que tienden luego a secar en primorosos mazos; o van «desembojando» los capullos de seda que, amontonados luego en los canastos de esparto y a la luz esplendorosa de aquel sol que por lo caliente parece rayo salido del mismo corazón de Dios, semejan montones de oro. Pero no del oro prosaico de las monedas, sino de un oro pálido especial tan delicado, así como para adquirir riquezas espirituales.

La huertana es siempre interesante en su vida de niña, de joven y de anciana.

La mujer murciana de todas las clases es delicada de gustos y sentimientos: siente con poesía y ama intensamente.

En la alta como en la humilde parece el amor el único móvil de su vida: pero la de clase elevada siente el amor más humano y la huertana más espiritual.

¡Se comprende que el Rey Sabio, sin duda pensando en ellas, dejara al morir su corazón a Murcia...!

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

Amores huertanos

No sé cuándo es más bonita la Huerta de Murcia; si durante la primavera cuando todo ríe, o en el otoño, cuando todo es melancólico: Si cuando naturaleza tan espléndida muestra la alegría de lo que nace, o cuando tiene la tristeza de lo que va a morir.

Si cuando la campiña embriaga con su delicioso aroma de azahar y rosas, o cuando la cantidad y variedad de crisantemos convierten los huertos en estudios de pintores locos que hubieran desparramado por el suelo todo el colorido de sus paletas.

Si cuando los encantadores paisajes murcianos lucen todas las tonalidades en la escala de los verdes, o cuando las hojas tostadas y enfermas em-

piezan a desprenderse de sus ramas dejándoles con la tristeza de los que se quedan en el mundo cuando se van los seres con quienes vivían unidos...

Sin duda alguna el otoño es más poético, porque es la estación en que el año se prepara a morir; y ¡qué melancolía tan profunda deja la estela de cuanto se va para no volver...! Pero la melancolía tiene también su voluptuosidad: ¡es el gran placer de los tristes!

Sin embargo el otoño es alegre en tierra murciana, donde el verdor intenso de los naranjos con su dorado fruto, y las palmeras siempre esbeltas, de igual tonalidad y adornadas en su talle con cinturón de oro brillante, bastarían por sí solos para dar al paisaje un conjunto lleno de color, aumentado además con el rabioso color encarnado de los pimientos, puestos sobre zarzos a secar y dando a distancia la sensación de pañuelos *de sandía* que algunas viejas huertanas hubieran dejado caer.

La campiña murciana, siempre fértil y siempre exuberante, tiene el poder de ser, aun cuando otros países se quedan desolados, una nota muy caliente de color, porque conserva perpetuamente tonos vivos, fuertes y chillones, no quedando nunca el paisaje desprovisto de atractivos para la vista que dan al propio tiempo sensación de placer al espíritu.

Porque en todo tiempo la luz tanto parece venir del cielo como salir de la tierra; semejando

siempre la Huerta un inmenso cuadro pintado por el Gran Artista, así como con intenciones de parodiar a esos pintores de mucho genio para sentir el color y que se inscriben en la escuela impresionista para disimular su pereza de estudiar el dibujo. . . . .

. . . .

...En una espléndida mañana de Mayo, de esas en la Huerta de temperatura tan suave que parece un baño de placer, aparecía bañada en sol la barraca del tio Pepón; y aunque su puerta estaba abierta de par en par, bien claro se desprendía que todos sus habitantes la habían abandonado, aunque sólo momentáneamente.

Era jueves, y por lo tanto Pepón y Fuensanta habían ido al mercado de Murcia a vender sus hortalizas y comprar las cosillas que necesitaban, siendo la burra quien había de acarrear los menesteres. Maipaz estaba ganando su jornal en la fábrica de la seda, y la otra hija Juanica no contaba, puesto que hacía unos meses que estaba sirviendo en una casa de Murcia.

El rincón huertano donde estaba asentada la barraca de Pepón era un pedazo de paraíso, teniendo delante un grupo de palmeras, a los costados higueras y moreras, y por la parte de detrás granados con su flor de fuego y naranjos y limoneros, luciendo unos en abundancia el azahar virginal y cargados otros de su fruto decorativo hasta doblegarse las ramas. También había un gran

nogal dando sombra a la clásica cocinita que parecía un juguete de niños crecidos.

A juzgar por la altura del sol no andarían lejos las doce, cuando llegó con paso lento Maipaz, que era una hermosísima joven, que niña se llamaría aún en país donde las plantas y las mujeres no se desarrollaran tan de prisa.

La fatiga de la marcha la tenía encendida como una amapola; y el encanto de su atavío aún realzaba más aquella belleza espléndida.

Calzaba con alpargatas blancas sin llevar medias los piececitos que positivamente tenía *más pequeños que los ojos*. Una saya tan roja como los pimientos y adornada con dibujos blancos iba medio cubierta por un gracioso delantal que más tenía aires de adorno: un vistoso pañuelo cruzaba pudorosamente su pecho, dejando al descubierto un descote correcto, y anudábase en el talle de avispa. Otro pañuelo menos chillón, aunque también muy vistoso, cubría su cabeza para resguardarla de los rayos del sol, que en aquel momento parecían tener alfileres.

Completaba la indumentaria de Maipaz un capacito de esparto que llevaba en la mano: el que se apresuró a posar sobre el poyo delantero de la barraca, para coger la jarra que colgaba de la parra, ofreciendo caritativamente el consuelo de su agua fresca a todo caminante sediento, y echar de ella un trago bebiendo a chorro con la habilidad que en aquella tierra se estila.

Volvió a colgar la jarra cuando quedó satisfecha, y se quitó después el pañuelo de la cabeza, dejando al descubierto una espléndida cabellera negra peinada en moño de picaporte, y dos moñitos sobre las sienes atravesados por unas horquillas.

Estaba Maipaz tan hermosa, que resultaba figura digna de tener por marco la espléndida Huerta murciana.

Cortó de una planta un ramito de jazmines que enredó en el trenzado de su peinado, y se sentó a descansar:

—¡Jesús, María, qué calor hace! Desde la frábica aquí he creío dejar los sesos por el camino; porque hoy el sol aprieta en tó lo suyo...

Un rato hacía que allí descansaba la huertana hermosa, entretenida en mirar las «gitanillas» de las macetas y las mariposas que les rondaban, cuando llegaron sus padres del mercado.

Iba Pepón montado en la burra enjaezada a estilo moruno, haciendo juego el colorido de sus arreos con el de las alforjas coloradas, verdes, amarillas y azules que llevaban las provisiones, viajando en la compañía del huertano.

Este iba vestido como entonces se estilaba en la Huerta de Murcia: los pies calzados con «esparteñas» solamente; el amplio zaragüel blanco, el chaleco de primorosa tela de seda rameada, como ahora se buscaría para hacer trajes de gala o mantos de corte. En la cabeza llevaba montera de ter-

ciopelo negro. Como siempre, iba en mangas de camisa, llevando en el cuello como sujetador y remate (ya que no se usaba corbata) unos bonitos botones de filigrana de plata, más pequeños, pero compañeros de los del chaleco.

No hay que decir que empuñaba una vara de morera; porque esa no la suelta nunca el huertano, aunque no necesite arrear a ninguna burra.

Fuensanta llegaba a pie y por contera cargada con una gran cesta, en la que se podía hacer una mudanza. El buen Pepón no caía en la cuenta de su falta de galantería, y en cuanto a ella, encontraba muy natural que su marido fuera montado y ella andando.

Fuensanta llevaba puesto un refajo bordado en colores que hoy quisieran tener un anticuario para hacer negocio, o un artista para adornar su estudio. El pañuelo *de sandía* que recataba su abundante seno tenía dibujo oriental. Su cabeza resultaba muy artística con el trenzado de infinitos ramales, y los moñitos delanteros sujetos con dos agujas de plata.

La huertana aún era hermosa; y al reunirse a Maipaz se pudo deducir, por lo que la hija era, lo que la madre habría sido. Y la una con belleza espléndida, y la otra con belleza en decadencia eran aún ambas digna la una de la otra. Por lo que viendo a Maipaz junto a Fuensanta se pensaba: ¡De tal palo, tal astilla!

Desmontóse Pepón de la burra con toda pa-

chorra, y al ver a su hija sentada en el poyo de la barraca, le dijo jovialmente:

—¿Pero ya estás de güelta, Maipaz?

Y ella contestó con un delicioso mohín: Sí, señor: porque como hoy se celebra la Cruz de Mayo sólo se trabajaba medio día en la frábica de la sea.

—¡Válgame con el calendario!, intervino Fuensanta, que siempre está apuntando fiestas pa descansar.

—A fe que no hablabas así hace veinte años, dijo sentenciosamente Pepón.

—Es que con el tiempo cambian los paeceres, contestó Fuensanta. Añadiendo:

Anda, nena, corta el pan y prepara los tomates y las lechugas, que ya no andará lejos de sonar la una en la torre de la catredal.

—Voy, maere, contestó Maipaz, entrándose en la barraca, donde la siguió su madre; mientras el tío Pepón llevaba amorosamente la burra a la cuadra.

CAPÍTULO II

SACÓ Maipaz de la barraca, y colocó bajo el emparrado, unas sillas de las clásicas huertanas, con el asiento de esparto, tejido sobre madera de morera oscura ya, por haberla bruñido el tiempo y la limpieza.

Después colocó en el centro la mesita correspondiente, bajita como las usaban los moros, sobre la que echó un mantelillo de tela basta, pero blanquísimo, poniendo encima un pan moreno, dátiles, naranjas y tomates. Todo lo cual formaba un conjunto policromado que hubiera satisfecho al pincel de Zuloaga y de los hermanos Zubiaurre.

Aún estaba Maipaz afanada en sus preparativos cuando vió asombrada llegar a su hermana Juanica.

La recién llegada tenía una hermosura completamente diferente de la de Maipaz, pero no de menor importancia. Parecía por su color una mujer de Rubens y por su expresión angelical una de las modelos de Murillo.

Juanica tenía la cara *remendada,* pues contrastaba la blancura mate de su cutis con la ne-

grura de sus ojos árabes; y éstos con el color dorado de una cabellera ideal.

Juanica era dos años más joven que Maipaz, pero aparentaban mayor diferencia por las formas espléndidas de esta última, que en la primera eran todavía de niña. Y tenía un encanto especial en la blancura deslumbradora de su cara que recordaba la luna murciana, y en el atractivo de toda su persona.

En la Huerta, por aquel partido, había entre los hombres dos bandos: unos decían que la más guapa de las *nenas* de Pepón era la morena Maipaz, mientras otros aseguraban que era la más hermosa la rubia Juanica.

En cuanto a mí, si me hubieran dado a escoger, me habría quedado con las dos; la una como encanto material y la otra como deleite espiritual.

—¡Atiende!, exclamó sorprendida Maipaz al ver a su hermana.

—¡Ea!, aquí me tienes, contestó Juanica con una entonación tan dulce como una sonrisa de niño: Yo mesma, que no quería llegar después que hubiérais comío.

—Pero nena, ¿por qué te has güelto? Paere y maere se van a enojar con tu venía.

—Ya precuraré aplacarlos; pero es que en Murcia me ahogaba.

—Y entonces, ¿pa qué te fuiste a servir allá?

—¿Por qué me lo preguntas? Bien sabes que

fué por verme libre de ese condenao; esperando que se le pasara el empeño que tiene conmigo.

—¡Dios quiera que lo hayas conseguío!

—¡Amén...! Bueno, ¿y tus amores cómo van?

—Mal, como tenía que ser.

—¿Y eso?

—Porque la víspera de San Juan, según la costumbre, quemé en el candil la flor del *(arcarcil)*, poniéndola luego a pasar la noche en el frescor del tinajero.

—¿Y qué hizo?

—Mustiarse: y a la mañana siguiente no había revivío.

—¡Entonces no digas más!, amor desgraciao seguro.

—¡Pues eso es!, dijo tristemente Maipaz, llenándose de lágrimas sus hermosos ojos.

—¡Pobre Maipaz!, contestó Juanica con una compasión que del alma le salía. María de la Paz te llamas, pero no tienes muncha.

—Maere ya querría a Bartolo, porque las maeres son más blandas.

—Sí, pero si paere no ceja...

—¡Ahí está el busilis!

—Y Bartolo, ¿viene por aquí?

—Anguna vez, pero pocas.

—Y entonces ¿cómo podéis entenderos?

—Malamente. Pero desde el disgusto que tuvimos la noche que los busanos de sea hicieron su

última comía y él vino a cantar *el Canto de la Hoja,* tengo siempre el temor de que él y paere se enreden en palabras.

—¡Lo que bien pudiera ocurrir!

—Por eso prefiero no verle; pero viviendo siempre con pena y con temor.

—Mira que es gorda, que siendo paere tan bueno se emperre en no querer a Bartolo.

—¡Vaya si es injusticia! ¿qué culpa tiene él de que su paere sea pendenciero o tenga mal vino?

—¡Claro que no!

—Y no sé cómo acabará esto: porque él, quiere que nos casemos; y si paere no ceja...

—¿Qué haréis?

—El se empeña en *sacarme,* pero yo no quiero irme de casa de mis paeres sin llevar su bendición.

—¡Y tiés razón!, pero no va a estar bueno de arreglar.

Maipaz se echó a llorar con desconsuelo, mientras decía a su hermana: ¡No sé lo que va a ser de mí...!

Y Juanica, con su dulzura habitual, la contestó compasivamente besándola: Anda, nena, no te esazones, que ya se arreglará tóo... Y cambiando de conversación para distraer a la llorosa, le preguntó: Y maere, ¿está dentro?

—Sí, y paere también.

Entonces se puso a llamar a Fuensanta, quien tardó poco en acudir al reclamo.

CAPÍTULO III

Dejó al escucharlo Fuensanta el lebrillo en que preparaba las lechugas (que era el plato fuerte de la comida) sobre el fogoncillo de la cocina, saliendo bajo el emparrado de donde venía la voz de su hija. Y al divisar a Juanica se plantó en jarras diciéndola: ¡Alabao sea Dios!; pero nena, ¿a qué has venío?

—¡Toma, toma!, a vivir en mi casica huertana.

—Pero nunca viene riá con agua clara, dijo la madre entre contenta y enfadada.

A tal tiempo salía de la cuadra el tío Pepón, quien se quedó haciendo cruces por la inesperada visita. ¡Atiende! (dijo con su correspondiente sonsonete). Pero si es mi Juanica...

—¡Y muncho que sí!

—Como si lo viera, tú vienes por la Cruz de Mayo.

—Sí, señor, pero después a quearme aquí.

—¿Pero estás en tus cabales?

—¡Vaya si lo estoy!

Y Fuensanta intervino muy convencida: ¡Perder así unos amos tan güenos...!

—¡Posi... en vez de las ocho pesetas que me pagan al mes, me dieran toas las semanas diez pares de duros..., tampoco me queaba allá!

—¿Pero por qué?, preguntó Pepón.

—¡Ea!, porque no me gusta vivir en Murcia.

—Pues mira tú si Murcia será cosa güena, que un rey que le decían «sabio» le dejó su corazón al morir, y está en un altar de la catredal, porque le he visto yo.

—¿Y sabe osté por qué se le dejaría a Murcia?

—Eso no.

—Pues porque no conocería la Huerta... dijo maliciosamente Juanica. Dando al oirlo su madre una risotada que se debió escuchar en Cartagena.

Y Juanica, tomando un aire muy solemne y con su dulce entonación encantadora, añadió: Es que yo, como no soy rey ni sabio, lo que más me gusta es estar aquí; y cuando me muera diré la copla:

¡Tenga la Huerta mi tumba,
que abriguen eternamente
las hojas de sus rosales
y el llanto de sus cipreses!

Bueno, dijo Pepón, pero el que haiga venío Juanica no será cosa pa no comer.

—Eso es; sentáos tós, y comeremos más y comeremos menos, sentenció Fuensanta.

Un momento después estaban los cuatro sentados alrededor de la mesita formando un grupo seductor, en el que como flores se destacaban las

dos huertanas: Maipaz con la hermosura sensual del clavel: Juanica con la delicadeza del jazmín.

Empezó Pepón quitándose la gorra para bendecir la mesa, y terminada la plegaria principiaron a tomar su frugal comida, con mucha alegría, que es la mejor salsa. Aquellos alimentos sencillos no eran los adecuados a personas elegantes. ¡Pero hay que ver el aire aburrido con que se dan tono las gentes distinguidas, y en cambio el gran contento con que comían los cuatro huertanos!

—¡Ay! qué ricos están estos tomatiquios (dijo Juanica dando una dentellada a un tomate muy fresco, pero menos que su boca). Allá, en casa de los amos, comíamos cosas que costaban más, pero que valían menos.

—Como que ser huertano es una suerte, dijo Pepón muy convencido.

Contestándole Juanica entusiasmada: ¡Bendita sea la tierra donde luce tanto el sol!

—¡No, pues hoy bien aprieta y bien alumbra! No como en aquella casa en que vivía en Murcia, tan oscura: ¡como si a una huertana se la pudiera quitar la luz...!

—En eso, Pepón, lleva razón la nena, dijo Fuensanta.

Y Juanica, alentada por el parecer de su madre, añadió: Así que yo me dije: ¡ca! a la Huerta otra vez. Y que vengan del secano a servir a estos «churubitos».

Entonces metió baza Maipaz, mientras prepa-

raba una granada en *gallos,* para decir: Como que vale más estar entre «panochos...»

Hubo un momento de silencio mientras despacharon media *uva* de dátiles, que los cuatro comieron como a destajo. Hasta que Juanica dijo: Paere, en comiendo pondremos el altarico de la Cruz de Mayo, ¿verdad, maere?

—Bueno va, contestó Fuensanta.

Púsose Pepón a mirar al cielo con detenimiento digno de un astrólogo, y moviendo significativamente la cabeza, dijo: Pos allí hay una nube que no me gusta: y que a nosotros no nos aguará la fiesta; pero los altaricos que se pongan por aquella parte de la loma (y la señaló), ¡vaya si se mojarán!

Terminó la suculenta comida, que remató Pepón echando un buen trago de la cántara, mientras su mujer recogía las sobras de la comida y levantaba el mantel para dejar la mesita en disposición de prestar un nuevo servicio.

Las dos hermanas empezaron por ocuparse en cortar flores, agrupándolas con un arte que la misma Sarah Bernardt no habría desdeñado; y cuando las tuvieron en abundancia improvisaron con ellas una cruz que colocaron sobre la mesita recién desocupada.

Juanica estaba entusiasmada del primor que acababan de fabricar a cuatro manos. ¡Mire, paere, qué bonito queda!

Pepón estuvo conforme, encargando inocente-

mente que no se olvidaran poner la bandejica para si iba alguien que tuviera voluntad de ehar en ella algún cuarto. A lo que contestaron las hijas que eso corría de su cuenta, pues ellas con sólo el baile se conformaban.

Fuensanta se puso a fregar en un lebrillo los escasos utensilios que habían intervenido en la comida, y Pepón, sentado en el poyo, fumaba y se sentía feliz en aquel *dolce far niente* que algunos creen nació en Italia, pero yo pienso que fué en Murcia... Lo que sí hacía Pepón, por ser compatible con su descanso, era mirar a menudo al cielo. Cosa que observada por Maipaz la llevó a decir: Vaya, paere, no mire más al cielo, que le va a hacer mal de ojo a la tarde.

—¡No sé; no sé! Y por lo que pueda ocurrir me voy a cortar un poco de verde pa las cabras.

Hízolo así, y Fuensanta, después de barrer un poco el sitio donde habían comido, juntando todas las migas del pan caídas en un montoncito para que los pájaros las tuvieran más cómodas, al acudir a buscarlas, según costumbre, se entró en la barraca.

CAPÍTULO IV

MAIPAZ, ¿tienes *postizas?,* preguntó Juanica a su hermana.

—¡Y de las güenas!

—Pos voy por ellas pa tenerlas preparás.

Entróse Juanica en la barraca a buscar las castañuelas. Justamente constituían la vanidad de su hermana; pues Bartolo le había comprado unas de todo rumbo en la feria de Murcia, que sonaban tan bien y tan alegremente que parecía mentira estuvieran hechas con la madera de un árbol tan triste como es el ciprés.

Y teniéndolas Maipaz en cabeza de mayorazgo las guardaba en el arca, arrebujadas entre la mantellina de su madre, ni más ni menos que si fueran un membrillo para perfumarla.

Hacía un momento que Maipaz se había quedado sola, y estaba entretenida en pasar sus preciosas manos por una espléndida planta de albahaca, *para prefumárselas con la olol de la alábega* (según ella decía), cuando se vió sorprendida por la presencia de Bartolo que llevaba un manojo de flores y cuidaba amorosamente hasta

el momento de entregársele a Maipaz:—Toma, nena, estas flores de mi huerto.

Tomólas ella, y dijo un ¡gracias! tan expresivamente cariñoso, que a juicio de un buen tasador valió tanto como el ramo de flores...

Bartolo era un muchacho sano y simpático, que tenía aspecto completamente moruno, con el color cobrizo de la piel, sus andares indolentes y los ojos negros reveladores de fuertes pasiones, con los que miró a Maipaz amorosamente:

—Como había una *fugá* de rosas que daba gozo verlas, me dije digo, posi... voy a llevarle un buen *pomo* a mi nena, pa adornar su altarico.

—Y muy bien que dicurriste, afirmó Maipaz.

Quedó un momento Bartolo embelesado contemplando a la huertana con tal atontilamiento que parecía ser él quien dijo:

Cinco sentidos tenemos,
los cinco necesitamos;
y los cinco los perdemos
cuando nos enamoramos.

Al volver en sí preguntó:

—Oye, nena, ¿hablaste con tu paere?

—Sí.

—¿Y qué resultó?

—Na güeno.

—¡Recontra, qué terqueá la suya!

—Pos yo no le hablo nunca más; pero tú háblale sin *regomello*, a ver si sacamos más en limpio.

—¡Por vida e Dios!... ¡Pero vaya si le hablaré! y si me arriprieta muncho...

—Cudiao, Bartolo, con lo que le contestas.

—No tengas miedo, ¡leñe!, que no me he de olvidar que es tu paere pa tratarle con respeto.

Y abora mesmo voy a buscarle.

Marchóse Bartolo, siguiéndole Maipaz con la vista hasta que él se escondió entre los naranjos y ella tuvo que dejar de contemplar la estela de aquel buque que se llamaba «Amor».

Aún creía Maipaz distinguir la silueta de su amado adivinándola por entre las naranjas y los limones o sea *el agrio* como allí dicen, cuando salió Juanica de la barraca, llena de alegría repicoteando unas castañuelas y andando con su paso menudito de pisandera; y fijándose en el brazado de flores que Maipaz acariciaba, le dijo:

—Atiende, qué flores más fonicas, ¿de onde las has sacao?

—Me las trajo Bartolo.

—¿Y no se quedó pa la fiesta?

—Volverá luego, porque hoy piensa hablarle a paere de nuestra boda.

Pusiéronse las dos a colocar en el altarcito las flores que hermanas suyas parecían por lo hermosas y frescas.

No hay que decir si les era grata esta ocupación digna siempre de mujeres delicadas; porque en las huertanas, poéticas por instinto, la afición a las flores es tan grande, que a cariño llega. Y

cariño que nace al mismo tiempo que ellas: por eso es frecuente en Murcia que las niñas mendigas, cuando están cerca de los huertos, en vez de pedir una moneda, prefieran decir: ¡déme usted una flor!...

Todavía estaban afanadas Maipaz y Juanica en el adorno de la mesita convertida ya en altarcito, cuando llegó Pepón, llevando en una mano la *corvilla* y en la otra un buen puñado de alfalfa.

—¿Quiere osté que se la eche yo al borrego?, preguntó Maipaz a su padre deseando serle útil.

—¡Bueno, llévaselo!, contestó Pepón que prefería hacer sus trabajos con los remos de los demás.

Marchó presurosa Maipaz a servir el pienso al borrego: se sentó a descansar Pepón (porque hay que advertir que ésta es la postura favorita de los murcianos, tanto si han nacido en la Huerta como en el campo, como en la ciudad) y Juanica, obedeciendo la orden de su madre, fué a llevarla un *lebrillo* que estaba en la cocinita aguardando tranquilamente a que dispusieran de sus servicios.

CAPITULO V

SEGUIA Pepón sentado sobre el poyo de la barraca, que hasta blando le parecía, liando su cigarrillo y no pensando en nada (excelente pensamiento que amenudo quisiéramos tener algunos pobres mortales), cuando se le acercó Bartolo, llevando un aire de timidez que no parecía anunciar gran confianza en el éxito de la empresa que allí iba a emprender.

—¡Dios guarde!, dijo acercándose a Pepón y distrayéndole de no pensar en nada.

—Adiós, Bartolo, contestó el aludido con expresión de afecto.

—Vine antes porque quería hablar con osté (y mientras lo decía se rascaba la cabeza, que es señal muy significativa de importancia cuando hablan los huertanos).

—Pos aquí me tienes, contestó Pepón, viéndose venir el nublado.

—A ver si de una vez salimos del castigo.

—En la Huerta de Murcia no conozco, aunque soy viejo, más que dos castigos: la riá y el comisionao de apremio de las contrebuciones.

—¡Y el mío tres!

—Vamos, desembucha de una vez.

—Güeno, pos le diré... ¡ná nuevo!, porque osté de sobra se lo sabe ya.

—¡Releñe! ¿pero qué es ello? Acaba de reventar.

—¡Posi... que hace tres años le pregunté a Maipaz si en su arca había sitio pa mi ropa... que me contestó que sí, y que quiero casarme!

—Eso es cosa que tiene muncho intríngulis.

—Ostés habéis tenío muy güen año de *capillo* y de *hijuela* pa poder preparar el ajuar de su hija.

—Es que en esta boa no tó está en los dineros.

—Pero como a mi entender, yo soy un hombre de bien, creo que osté debe ser gustoso en nuestra boa.

—¡Vamos por partes, Bartolo, y hablemos por lo claro! Yo no he de quitarte a tí tu mérito; pero de eso a ser gustoso en vuestra boa, hay un paso más largo que el río Segura.

—Pero avéngase osté a razones, tio Pepón, y no sea *atascao:* ¿me cré o no me cré capaz de ser un güen marío?

—Eso sí.

—¡Entonces no hablemos más!

—Es que las presonas, mal comparao, no son como los árboles que viven desparejaos; y tu familia...

—¿Qué?... ¡Ná entre dos platos!

—Eso de ¡ná! lo dirás tú.

—¿Que mi paere tiene mal vino, y a veces por un ná arma camorra?... ¡güeno!, pero es sin maldá.

—Sin maldá será; pero tié la mano muy ligera pa sacar la faca y ya va pa tres veces...

—Pero ya sabe osté que en la una le sacó con bien el abogao, y en la otra tuvo más desgracia que culpa.

—Es que tamién, cuando las fiestas de Abril, si Juanele el *Mayorajo* no tié carne de perro las lía: ¡vaya si las lía!

—Como que le quería quitar a mi paere de llevar en la procesión la Dolorosa y eso... ¡a ver si hay un huertano que lo aguante!

—¡Está bien! Pero puen dicirse las cosas con mejores modos; porque ¡mira que tu paere gasta unas palabriquias pa convencer a la gente...

—Tó eso no son más que malos quereres.

—Mira, Bartolo, no gastemos tiempo en balde, si no hemos de entendernos; porque pa tí se trata de un paere y está bien que quieras disculparle; pero pa los demás es un mal vecino, que no goza de buena fama en la Huerta, y que nunca jamás he de consentir yo que mi Maipaz le llame paere.

—Entonces allá osté. Yo lo siento y ná más.

—Tamién lo siento yo; porque te estimo y desde zagaliquio te quiero.

—Poco se conoce.

—Es que más que a tí quiero a mi hija; y aun-

que tú pienses que se casaría solo contigo, pienso yo que con quien se casaría pa tener esazones es con toa la familia junta.

—¡Güeno, ya nos lo hemos dicho tó y abora con Dios!, dijo Bartolo en plan de marcharse.

Y Pepón, queriendo suavizar un poco el amargor de sus palabras anteriores, tomó aire cariñoso para decirle:

—Las nenas van a hacer baile y tu tamién pués divertirte.

—Gracias.

—En tó lo que no sea tocante a la boa, ya sabes que pués contar conmigo.

—¡Se estima!

—¡Ea! No hablemos nunca más del asunto, y tan amigos como antes.

Interrumpió la conversación de Pepón y Bartolo, la llegada de Fuensanta, que salía de la barraca diciendo a Juanica que le pusiera una silla bajo el emparrado para sentarse a remendar un zaragüel, mientras la gente joven se divertía.

Y unos instantes después se reunía al grupo Maipaz, quedando cohibida al ver a su novio en la presencia de su padre. Afortunadamente coincidió con su llegada la de la tía Dolores y su hijo Pepiquio.

CAPITULO VI

DOLORES era hermana de Pepón y la personificación de la dulzura y la bondad.

Con su pañuelo negro cruzado al pecho, y su pañuelito de percal gris puesto como las moras, en pico y cubriendo toda su cabeza, y su falda de viuda, cortita, dejando asomar dos piececitos calzados sólo con alpargatas blancas y tan pequeñitos que parecían dos almendras, resultaba una figura muy simpática. La expresión de su cara tostada por el sol y avejentada por el sufrimiento, pero donde se reflejaba una bondad sin límites, constituía en conjunto un tipo muy interesante.

Dolores había sido una de tantas víctimas del despotismo del hombre y una de las muchas santas anónimas.

Tuvo un marido para quien parece inventada la frase de que no tenía el diablo por donde dejarle. Afortunadamente el alcohol, que fué uno de los mayores verdugos para la pobre Dolores, tuvo con ella una piedad, matando a su marido en edad en que aún hubiera podido darla mucha guerra.

Desgraciadamente Dolores era de esas personas predestinadas a sufrir, desde que al nacer murió su madre; en ella se había ensañado el dolor, que pasaba por su alma como el huracán sobre el junco doblegándole sólo momentáneamente pero sin arrancarle ni oir de él un quejido.

Dolores era una mujer llena de virtudes, entre las que descollaba la santa resignación que hace tantas heroínas. Y sufriendo y callando pasó veinte años junto a un hombre brutal que precisamente en la humildad de su mujer encontraba nuevo motivo para maltratarla y avasallarla. Porque los hombres malos son tan cobardes, que en vez de desarmarse con la bondad abusan más cuando tropiezan con gentes sumisas y buenas.

Cuando murió su marido, en vez de dirigirse a Dios dándole gracias por el beneficio de la viudez, aún tuvo lágrimas para embalsamar su memoria, si no de amor, de compasión, que del fondo de su alma salieron.

Pero Dolores pasó de las garras de su marido a las de su hijo Pepiquio, que heredó de su padre los vicios, la mala entraña y la crueldad feroz.

Como se dice, y muy bien dicho, que la cara es el espejo del alma, la de Pepiquio era atravesada: su gesto imponía por lo duro; la expresión salvaje de sus ojos espantaba. Por algo el pueblo, que suele tener acerca de las personas juicio tan certero, le había bautizado con el apodo de *el Tigre*.

Y en la Huerta era *el Tigre* temido por muchos, indiferente a varios, pero querido por ninguno más que por su pobre madre, que parecía pretender compensar con su amor insensato por él ¡que era para ella una pasión suicida!, todo el que por instinto comprendía que le negaban los huertanos.

Al ver Dolores a su sobrina Juanica, sintió una gran alegría, abrazándola con tanto cariño como hubiera podido hacerlo a una hija.

En cuanto a Pepiquio, pareció que de sus ojos salían chispas de fuego; y mirándo a su prima con pasión salvaje le dijo:

—¿Pero es verdá que eres tú, Juanica?... ¡Qué gozo tan grande el verte!

A las palabras de Pepiquio correspondió Juanica con un saludo que pretendió ser sólo frío, pero que en realidad tenía más aún que de frialdad, de desprecio y hasta de repugnancia.

Pusiéronse todos a charlar, colocándose Pepiquio junto a Juanica a quien empezó a hablar bajo. Y si los tigres tuvieran alma, hasta añadiría que poniéndola en sus palabras.

—¡Como no sabía que habías güelto, el corazón m' a dao un brinco al verte!...

—¡Güeno! Y abora que ya m' as visto, que se serene, dijo secamente Juanica mostrando deseos de terminar la conversación.

—¡Siempre la mesma!

—¡Siempre!

—Pos yo tamién siempre el mesmo pa quererte más que a las niñas de mis ojos.

—¡Válgame Dios, Pepiquio! ¿Pero por qué te has de *atascar* en quererme?

—¿Y tú por qué te *atascas* en no quererme a mí?

—¡Toma esa! Porque en el corazón no se manda.

—Posi... eso mesmo digo yo.

—Tú pués querer a cualquier huertana y dejarme a mí en paz.

—Es que has de ser tú la que a mí me lleve a la iglesia, y aquellos ojos de fiera se clavaron en Juanica como si fueran un dardo.

Ella, que estaba distraída no lo vió, pero instintivamente sintió el asco de aquella mirada, estremeciéndose de temor.

Con fiereza de entusiasmo decía Pepiquio, queriéndose mirar en los ojos de Juanica, azules como el cielo y puros como él:

—¡Es que me da un gozo verte!... Porque pa mí no había luz en la Huerta mientras que tú no estabas.

—Pos abora que te alumbre pa que veas claro.

—¡Tú sí que tiés que ver tó lo que yo te quiero!

Afortunadamente para Juanica, que escuchando hablar a Pepiquio estaba asqueada y como en un potro, llegaron en aquel momento unos cuan-

tos huertanos y huertanas que venían *de parranda*, capitaneados por uno que llevaba una guitarra, y otro que llevaba un guitarrico: matrimonio musical que da en la Huerta pocos disgustos y muchas alegrías...

CAPITULO VII

A la paz de Dios!, dijo el huertano del guitarrico usando la frase de saludo allí sacramental.

Contestando en igual sentido todos los presentes, con la cortesía y efusión que allí se usa. Porque la gente murciana es muy expresiva en su trato, y el huertano además es tan hospitalario, que siempre recibe a quien le visita con un agrado que casi llega a demostración de afecto.

El huertano visto en la ciudad no resulta simpático; es frío, es receloso; teme que se rían de él, que le engañen. En cambio tratado en la Huerta, donde está en *lo suyo,* muestra muchas cualidades que viéndole en la ciudad no podrían sospechársele siquiera.

—Aquí estamos toas, dijo una huertana (que llevaba en su moño todo un ramo de jazmines), y con más ganas de bailar...

—¡Pos a ello!, contestó Fuensanta, gozando por adelantado con lo que allí iba à gozar la gente joven.

A continuación decidieron todos, tanto los re-

cién venidos como los ya hallados, pasar el altarcito a la parte de detrás de la barraca, que era donde entonces había más sombra: porque el sol calentaba demasiado para ponerse a bailar sin tomar precauciones.

Maipaz y Juanica llevaron la mesa que había de presenciar la fiesta, y tras la mesa se fueron todos los bailarines.

—Juanele (preguntó Maipaz) ¿trajiste la *mandurria?*

—No, contestó el aludido, porque tenía roto el *clavijero.*

—Pero aquí está mi *guitarrico,* que vale por una orquesta, dijo con mucha vanidad su dueño.

—¿Y qué se va a bailar primero?

—Un bolero, que es lo más fonico, dijo Maipaz.

Afinó el instrumento, el que había de tocarle, y al dar los primeros acordes en serio, se acercó uno de los huertanos a Juanica preguntándola: ¿ea, le bailamos juntos?

—¡A ello!, contestó risueña, y dando un paso hacia donde ya estaban formadas otras parejas. Pero en el mismo instante la agarró Pepiquio del brazo atenazándola como con una garra de león, mientras la decía con tono marrajo: Pero nena, ¿es que te has olvidao que le tenías comprometío conmigo?

—Entonces no he dicho na. ¡Disimular! Y dió media vuelta el huertano marchándose a sacar a otra moza.

La blancura mate de Juanica se tornó en roja por la ira que sintió al escuchar el embuste de Pepiquio; y enseguida se quedó pálida de emoción al ver el despotismo de aquel hombre que ella detestaba.

La primera intención de la dulce niña fué rebelarse contra la exigencia de su primo, que coartaba su independencia, a la que ella tenía derecho. Pero enseguida le invadió el miedo; miedo a que él hiciera allí alguna escena violenta; miedo al amor avasallador que era quien inspiraba al Tigre sus exigencias, dominándola a ella.

Triunfante Pepiquio ante el silencio que a Juanica le hacía guardar la sorpresa y el disgusto, la dijo: Anda, vamos a bailar.

Juanica, dócil como un cordero, salió a bailar con aquel hombre que a cada momento detestaba más. Y con un gesto de contrariedad, pero resignada, encontró fuerzas en su voluntad para bailar aquel bolero que fué un tormento para ella.

Mientras Fuensanta, sentada bajo el emparrado, remendaba los *zaragüelles,* Dolores, junto a ella, la hablaba siguiendo con interés el baile. Pepón hacía *lía* a la vez que miraba bailar, y charlaba puesto en cuclillas con dos huertanos ya muy machuchos para las piruetas del bolero; aunque demostraban vigor en las piernas, toda vez que para sostener tranquilamente una conversación larga en esta postura incómoda y moruna hay que estar fuerte de músculos.

Iba a empezar un nuevo baile, que consistiría en unas *parrandas*, cuando el tío Pepón se entró en la barraca a buscar más esparto para seguir tejiendo su *lía* y los acompañantes, poniéndose en pie, se acercaron a las parejas para mejor verlas bailar.

Con ellos se cruzó Maipaz, que iba seguida de Bartolo, y se quedó junto a una esquina de la barraca, al ver que Pepón se había marchado.

Maipaz hablaba suplicante a Bartolo, haciéndole algún ruego que mucho debía interesarla.

—¡Déjame bailar con el *Churro* pa no enojar a mi paere!

Y Bartolo contestaba muy severo: Tú, que has de ser mi mujer, no tiés que bailar más que conmigo.

—¡Te lo pido por Dios!. mira que si no voy a tener luego bronca.

—¡He dicho que no, y es que no!...

Y Maipaz, medio llorando, sólo contestó: ¡Válgame...!

—¡Leñe con el empeño! ¿De cuando acá bailan las huertanas con otro hombre que no sea su novio?

—¡Si es por mi paere...!

—¡Pos ni por esas!

—Una esazón me proporcionas pa luego.

—Y quiés que la esazón me la lleve yo...

—¡No eres muy complaciente que digamos!

—Porque en cuestiones de querer no se pué transigir.

—Más sumisa soy yo pa complacerte a tí.

—Esta noche lo veremos.

—¡Bartolo, por Dios, no me pidas eso!..., dijo temblando.

—Ya lo sabes. Antes de sonar *la queda* vengo por tí y te llevo a mi casa.

—¡Dios mío!, dijo angustiada Maipaz, luchando con su amor y su deber.

—Mi maere te guardará hasta que nos casemos.

—Me tiemblan las carnes de dar este disgusto a mis paeres que después de tó sólo quieren mi bien.

—¿Es tu bien no casarte conmigo?

—¡Si no te quisiera tanto, ya te contestaría!

—Pero como me quieres, no tiés na que responderme, ¿verdá?

—Así es.

—¡Ay nena mía! la gana que yo tengo de que seas mi mujercica.

—Yo tamién seré dichosa cuando te llame mi marío.

—¡Ya verás lo muncho felices que vamos a ser!

—Lo malo es abora; eso de marcharme así contigo...

—No te importe, bobica, que ninguna mala idea nos llevamos.

—Eso es verdá; sólo el tenernos un cariño más fuerte que tó lo demás junto.

—¿Conque hasta luego, eh?

—¡Sí!, contestó ella con un suspiro, más que con una palabra.

—Ya sabes: detrás de la tapia del huerto, escondío entre los naranjos, te espero.

—No faltaré.

—De que se ponga el sol, ahí me tienes alguardándote...

CAPÍTULO VIII

INTERRUMPIÓ el coloquio la presencia de Pepón, quien contrariado de ver a su hija en plática con Bartolo, la llamó diciendo: Pero Maipaz, ¿qué haces con tanto parlar y no bailar?

—¡Ya iba!, dijo Bartolo, mientras él se marchaba dejando a la pobre Maipaz en un potro, con el conflicto de sus dos deberes.

—Paere, dijo Maipaz embarazosamente. Es que yo no puedo bailar hoy, porque antes me torcí un pie, y el alpargate me lastima...

—¡Ni que fueras de la familia del perro del tío Lucas, que cuando salía la liebre siempre le pillaba haciendo algo! dijo muy contrariado de que su hija no bailara.

Y la pícara de Maipaz, con mucha malicia se fué hacia el baile cojeando como una desgraciada y cambiando un poco el refrán que dice, que en cojera de perro y en llanto de mujer no hay que creer.

Acercóse Pepón hacia las dos mujeres; la que cosía y la que miraba ansiosa el baile.

—¡Me da un gozo ver bailar a tu Juanica con

mi Pepiquio! dijo Dolores, que parecía tener puesta el alma en sus ojos.

—Sí que hacen buena pareja, agregó Pepón.

—Añadiendo Fuensanta: Y sino que nos lo pregunten a nosotros...

—¿Bailarán también juntos la malagueña? preguntó Dolores.

—¡Ya la tarde va de pasá!, dijo con cierto desabrimiento Fuensanta.

Quedaron un momento los tres en silencio, hasta que Dolores preguntó a Pepón si no tenía aquella noche la tanda de riego. A lo qué él contestó afirmativamente, añadiendo que allá se iba enseguida a preparar los *bancales* de *papas bajocas* y *petsoles* (1).

Ya se marchaba, cuando de repente se detuvo, diciendo a las dos mujeres: ¿Y os habéis enterao del último Bando de la Huerta?...

Y como ellas no tuvieran la menor noticia, él se dispuso a leerle, buscando dentro de su faja un papel cuidadosamente doblado, que desdobló con toda parsimonia empezando a leer a trompicones este Bando, que antes había escrito el murciano castizo Frutos Baeza.

«Artículo 1.° Sabiendo que estos días se escuergan en la ziudá munchas manás de rateros que con la suavidá er flato se introucen en tóos puestos a dalles garrote vil a los relojes que en-

(1) Patatas, judías y guisantes.

cuentran, encargo a cualsiquiera presona que coja anguno en el ajo, que lo eje escapar sin hacelle daño anguno; pero precurando siempre quearse con la mano in prenda, pa metella en aguardiente, porque icen que es cosa güena pa matar el busaniquio.

Artículo 2.° Los amos de cafeses, pastelerías, ventorrillos y otras casas de bebía, harán por servir de barde a tuiquios los forasteros de juera, que de los pueblos vengan a las fiestas, teniendo éstos impués el cudiao antes de salir par pueblo, de pagar la cuenta al mozo, pa devitar hablaurías y mordeuras de concencia.

Remate. A fin de que los arguaciles, guardas rulares, vrigilantes y demás gentes que a mi autoriá pretenejan, puedan vrigilallo tóo, sin prejuicio e sus presonas, en el memento defisen anguna riña o custión en que se repartan palos, bocaos o puñalás, echarán mano a los sabres con tuiquio el aquer del ese, se quitarán los farrucos y apretarán a correr de la moa que lla saben.

El alcalde perráneo

Juan Porrones».

—Y muy bien desplicao que está, dijo Fuensanta que había seguido sin pestañear la lectura del bando: a lo que asintió Dolores. Y después de quedar con las dos mujeres en perfecta unanimidad de pareceres, marchó Pepón a recoger la herramienta.

El sol empezaba a declinar, sin que los bailarines se percatasen de ello: las dos huertanas, debajo el emparrado, estaban distraídas y calladas, hasta que habló Fuensanta para decir a Dolores:

—Y tu Pepiquio, ¿anda ya más arrecogío?

—¡Vaya!... contestó evasivamente la pobre madre.

—No muncho, ¿eh?

—Anoche me dió un susto...

—¿Y qué fué ello?

—Que volvió a las tantas hecho un Eceomo.

—¡Atiende...!

—Por la cuenta tropezó y cayó a la cieca.

—Sería el vino quien le hizo tropezar.

—Dice que no.

—O que le nublaría la vista.

—Fué que no vió el agua, porque la tapaba un cañar.

—¡Si hubiá sío vino, ya le habría visto, ya! Pero esas equivocaciones son fáciles saliendo del ventorrillo.

—Mujer, no te digo que esté bien hecho, pero los hombres son así.

—¡Lo son los que lo son!, dijo con energía Fuensanta.

—Hay tamién que hacersecargo de que la sangre joven bulle muncho.

—Pa tí siempre tié disculpa to lo que él hace.

—¿Y quién le disculpará, si su maere le acusa?

—En eso llevas razón; pero tamién la tengo yo al decir que este hijo te trae de cabeza.

—Pero es bueno, Fuensanta, ¡es bueno!

—¡Sí! No hay más que ver lo bien que trata a su maere...

—¡Porque tiene esos prontos!

—Lo que no tiene es entraña p' apiadarse de tí.

—¡Los años le cortarán los bríos!

—Los años no dan corazón al que no le tiene.

—¡Tú, como tienes la suerte de que tus hijas paezcan dos gotas de miel de los higos...!

Callaron las dos madres: la una por compasión, y la otra queriéndose convencer a sí misma con las palabras de disculpa que encontraba para Pepiquio en el filón inagotable de su bondad.

A todo esto había anochecido, y empezaba a dibujarse la luna en el cielo, cuando la gente joven dió por terminado el baile, por el bien parecer más que por cansancio.

Todos los bailarines habían quedado contentos de la tarde; y al terminar la fiesta tenían esa sana alegría que dejan en el alma las diversiones honestas y puras.

Al deshacerse la reunión y pasar delante de Fuensanta, preguntó a una de las bailarinas:

—¿Es verdá que le hablas al *Chaparro?*

—No, señora; sino que como *quedé mal* con el *Olivicas* se piensan en la Huerta que tié que ser verdá aquello de que a rey muerto rey puesto.

—Posi... ¡mira tú!, dijo Fuensanta, yo tamién oí dicir que habíais echao dos onzas más de busanos de sea, pa mejor prepararte el ajuar de boa.

Acercáronse al grupo de mujeres el de hombres, que se había quedado rezagado; y uno de los huertanos dijo galantemente dirigiéndose a las muchachas: ¡Ea!, echar p' alante. Que podemos ir andando tós juntos, y os dejaremos en el olivar, cerca de vuestra barraca.

Y así lo hicieron; marchó la gente de la fiesta y sólo quedó la familia del tío Pepón. Pero al poco rato, levantándose de su silla Dolores, dijo: Yo tamién me voy, que cuando llegue será la hora de cenar. ¿Te vienes conmigo, Pepiquio?

—¿Es que se va osté a perder en el bancal?, le respondió ásperamente su hijo.

—No te esazones, hombre, que sólo te lo preguntaba; y el que pregunta no yerra.

—¡Pos osté la ha errao!, contestó el *Tigre,* con la dulzura que tendrán los zulús cuando se sientan desabridos.

En aquel momento se les agregó Pepón, quien con su herramienta al hombro se disponía a ir a hacer el riego.

—Como llevamos el mismo camino, iremos juntos los tres, dijo.

A lo que contestó Pepiquio: Es que yo me iba a...

—Sí, al ventorrillo; no tiés ni que dicirlo, añadió su tío.

—Vaya... replicó el *Tigre* con violencia: ¡El retal, el retal!

con sus tres golpeciquios
como es rigular...

—Lo rigular sería no tenerte que dar ni tres golpeciquios ni uno tampoco.

—Posi... en su mano está dejar los sermones pa la iglesia.

—Es que allí no vas tú a oirlos.

—Ni falta que me hace.

—Si no fueras un mal hijo, o a lo menos se te encogiera el corazón de ver llorar a tu maere...

—¡Vamos!, seré como la cebolla de no sé qué tierra, que hace llorar sin querer.

—Mejor harías en ser como la de aquí, que es dulce.

—El caso es que siempre me está osté riñendo como si fuera un zagal, y ya soy un hombre, dijo con ira reconcentrada el *Tigre*.

—¿Un hombre tú?, ¡quiá! Tú eres un *mengajo*, y na más.

Y Pepiquio, violento ya, sin dominarse, y con odio a su tío:

—Luego dirá osté que le falto al respeto, tirándome así de la lengua.

—¡Leñe!, dijo enfadado Pepón, es que me da muchísma lástima de mi hermana a quien tiés esclavizá.

Y la buena Dolores, queriendo terciar en la dis-

puta para echar un capote, dijo con su dulzura acostumbrada: ¡Ea!, dejailo y no os esazoneis.

Pero Pepón no se dió por vencido, añadiendo: Y como además yo te saqué de pila, ¡aunque paezca que sigues moro!, estoy obligao a aconsejarte, y eso que tú me oyes como al viento.

—¡Pero si no hace osté más que reñirme siempre...!

—¿Y qué quiés que haga, darte confites viendo como veo a onde vas a ir a parar?

—¡Pos no desagera osté poco!

—Tú sí que desageras en las juelgas; y la de anoche con faca y tó, pudo arrematar en el penal de Cartagena.

—¡Jesús, María y José!, exclamó temblando Dolores, sólo ante la palabra de que su hijo pudiera ir a presidio.

—Anda, tira p' alente, dijo Pepón a su sobrino, y vete con tu maere a la barraca, a cenar y acostarte como hácen los huertanos honraos, pa salir a la mañana siguiente con el sol a trabajar.

—Si quié osté que me quede p' ayudarle a regar...

—Lo mesmo me dijiste en la menguante de Enero, que me ayudarías a traer el agua del río pa llenar las tinajas y entoavía te estoy aguardando.

—Fué que se me olvidó.

—Si el río hubiá llevao vino de Jumilla ya habrías tenío mejor memoria.

Dolores, para terminar la conversación que a ella le era muy penosa, besó a Juanica y Maipaz. Y diciendo un cariñoso ¡quead con Dios!, echó a andar, siguiéndola Pepón y Pepiquio.

CAPÍTULO IX

Se había hecho de noche: es decir, debía serlo por aquello de que el sol hacía largo rato que se había acostado; pero velaba la luna; la luna murciana que es espléndida por su hermosura y que deslumbra con su luz brillante y plateada. Contemplando la luna de Murcia se encuentra natural que los antiguos la adorasen; porque realmente resulta adorable.

Fuensanta se quedó mirando caminar a su cuñada; y con esa delicadeza del alma que se llama compasión, exclámó:

—¡Pobre Dolores!

—Sí, ya tiene que rascar, dijo Maipaz.

Añadiendo Juanica: ¡Y que si tan malo es pa hijo, bueno será pa marío!

—Posi... abre bien el ojo, le dijo su madre.

Y Juanica contestó: ¡Si le tengo más abrío que el del puente!

—¿Y sigue emperrao?, preguntó Maipaz.

—Lo mismo que antes.

Aunque la temperatura era tan deliciosa, que

no convidaba a meterse en la barraca, Fuensanta ordenó entrar en ella.

Ya se disponían a hacerlo cuando Maipaz, muy conmovida, dijo: Maere, yo quería pedirla una cosa.

—Si la tengo, ya es tuya.

Y Maipaz, estrechando a su madre sobre el corazón, replicó:

—¡Su bendición!

Fuensanta sintió desbordarse el amor a su hija, y le respondió: ¡No te hace falta, porque en mi corazón estás bien bendecía, pero si te lo hiciera, aun con las dos manos me paecería que tenía poco!

—¿De verdá, maere?, dijo con singular emoción.

—¡Y tanto, nena!

—Pero dime, hermanica, ¿qué mala yerba has pisao?

—Ninguna.

—¿Y entonces?... insistió Juanica.

—Será pa no pisarla, sentenció Fuensanta.

Y las tres mujeres se entraron en la barraca.

No haría un rato muy largo que madre e hijas habían terminado su frugal colación cuando llegó Pepiquio, quien ocultándose como un ladrón y sigilosamente, se puso a rondar la barraca.

Sus instintos de fiera estaban desatados y como gavilán traidor iba con la intención de apoderarse de aquella sencilla paloma llamada Juanica, quien bien ajena en aquel momento del grave peligro

que la acechaba, se acostaba en su jergón de hoja de maíz, después de haberse encomendado a una estampa de la Virgen de la Pureza, que su piedad había sujetado con un alfiler a una de las paredes de la barraca.

Cansada de tanto bailar cerraba los ojos, de azul tan puro como su conciencia, desconociendo el peligro, y entregándose al reposo sin ningún temor.

Mientras tanto rugía fuera la fiera, que se encontraba con un altar de inocencia, donde ella hubiera querido tener un cubil.

—Mi tío se ha marchado, pensaba el *Tigre*, lanzando chispas por los ojos; mi tía se acostará pronto; Maipaz tamién. ¡A ver si tengo la suerte de que Juanica salga un momentico y me veo con ella a solas!... ¡Lo quiero y así ha de ser!

Dice mi tío que yo no tengo corazón; entonces ¿de onde me sale a mí este cariñazo tan grande por ella...?

Y el insensato, dominado por sus malas pasiones, se desesperaba viendo que Juanica no salía; exasperándose ante el fracaso de su vileza y diciendo frenético:

Juanica, quiéreme, o si no toma mi faca pa que me mates con ella. Soy un burro en quererte tanto; pero este cariño se m' a metío en los redaños del alma y ya no me saldrá mientras que yo resuelle...

Ná; no sale: ¡Maldita sea mi suerte!... Pero si

no es hoy será otro día; ¡ello ha de ser! Porque esta mujer, quiera o no quiera ha de ser mia, o no será pa nadie. ¡Lo juro por esta!... Y la luna vió el beso infame con que pretendía sellar la inmundicia de su deseo...

Un ruido que el *Tigre* creyó sentir hacia el huerto, le hizo temer que su tío volvía e iba a ser descubierto en su vil espionaje. Y echó a correr con la cobardía que tienen todos los hombres malos, que es aún más grande que la infamia de sus intenciones.

Pero quien hizo el ruido fué Maipaz, que salía por la puerta trasera de la barraca tropezando y temblando como todo el que camina en desacuerdo con su conciencia.

La infeliz huertana, que entonces era bien de compadecer por la angustia que estaba pasando, se dejaba arrastrar por el amor; pero sus menudos piececitos no estaban acostumbrados a pisar el deber que era entonces para ellos un guijarro que se los desangraba.

—¡Virgen de la Fuensanta, decía santiguándose, ampárame y perdóname lo malo que voy a hacer, aunque sólo sea porque hasta sin hacerlo me está ya doliendo...!

Serenóse un poco como pudo, sacando fuerzas de su misma flaqueza, y empezó a llamar quedito a Bartolo, por hacia el lado donde él explicó que la aguardaría.

Bartolo, que hacía tiempo estaba en acecho, y

temeroso de que Maipaz faltara a la cita, no tardó en acudir al dulce reclamo. Y saliendo de su escondite y acercándose a su amada, la dijo vivamente conmovido: ¡Bien venía seas, Maipaz!

—Vámonos corriendo, no salga mi maere...

—Ahí tengo un caballo que nos llevará volando.

Bartolo condujo a Maipaz donde un caballo enjaezado a estilo moruno, y que no era árabe en sus líneas, pero sí en la velocidad de su carrera, aguardaba órdenes escondido entre el follaje.

Acarició Bartolo al bruto así como queriéndole pedir que no hiciese ruido, y montó sobre el animal, calculando el espacio para que al colocarse Maipaz a la grupa quedara lo más cómodamente posible.

Ya tenía Maipaz un pie sujeto en el estribo y Bartolo inclinado empujaba dulcemente la amada carga, cuando un ruido seco, que de lejos llegaba, hizo estremecer de terror a la amante pareja.

—¡Las caracolas!... dijo Bartolo temblando por dos.

—¡Dios mío!... sólo pudo exclamar Maipaz.

Y Bartolo, castigando al caballo, dijo precipitadamente a su amada: Agárrate bien fuerte a mí, y vámonos por este otro lao pa ver de librarnos de la riá...

. . . .

. . . .

CAPÍTULO X

SALIÓ escapado el animal, como haciéndose cargo del peligro, y minutos después, otro toque igual al anterior, puso en conmoción a todos los habitantes de aquella parte de la Huerta.

Las caracolas son grandes caracoles marinos, que se heredan en la Huerta de una en otra generación, conservándose como una de las partes más importantes del patrimonio; porque tocándolas avisa el huertano a sus vecinos el empuje del agua evitándoles la muerte no pocas veces.

Los poetas muslimes compararon al Segura con el Nilo, y a las inundaciones con los desbordamientos periódicos del río sagrado. Los poetas, con los hermosos ojos de la poesía que todo lo embellece, sólo miraron la parte artística. Pero lo que ven los huertanos con el prosaismo de la vida, en las inundaciones, es sólo traición y daño.

Digo traición, porque no puede servirles de señal para ponerse en guardia la lluvia, toda vez que no es el mismo río quien se desborda por el aumento del agua llovida, sino los depósitos donde está repartida.

Y así resulta, que con buen tiempo y hasta sol espléndido, el haber llovido en otro sitio que no puede adivinarse, hincha las narices en un momento dado al Segura, y este aglomera su agua con tal violencia en el *Reguerón* (canal preparado para recibirla), que no cabe dentro de él y se desborda con fiereza en un instante.

Entonces el primer huertano que se da cuenta, toca precipitadamente su *caracola* descubriendo el peligro; y los otros que la oyen van también tocando la suya; y así de esta manera, sencilla y rápida, se enteran con prontitud todos los amenazados, procurando defenderse. ¡Qué pena si el desastre ocurre por la noche, cuando los huertanos, con la tranquilidad de su conciencia honrada y el sano cansancio de su día de trabajo, duermen profundamente, sin poder darse cuenta de la inundación para avisar a sus vecinos, ni escuchar la llamada de alarma que los demás les hacen!... Entonces es cuando los muertos se cuentan por cientos y por millares las pérdidas materiales.

Al sonido de la segunda caracola, empezaron a salir de las barracas hombres a medio vestir, niños desnudos por completo y mujeres desgreñadas, en quienes el terror podía más que el recato.

Los unos chillaban, los otros lloraban gritando: ¡la riá! ¡la riá! y como locos huían temiendo verse alcanzados por la ola.

Fuensanta y Juanica a medio vestir, salieron

también despavoridas, despertadas, no por el sonido de las caracolas, sino por el bullicio de los que huían dando alaridos de terror.

—¡Maipaz!, ¡mi Maipaz! ¿onde estás nena?, decía con acento desesperado Fuensanta, buscando y llamando inútilmente a su hija: prefiriendo perecer a abandonarla.

—No se apure, maere; con tal que se salve... ¡sea como sea!, contestó Juanica recordando la conversación tenida aquella tarde con su hermana y figurándose lo ocurrido.

Juanica, llena de espanto, pretendía llevarse de allí a su madre; porque el agua, con empuje aterrador, amenazaba arrasarlo todo en el rodar de su ola.

Ya el terrible elemento acercábase bramando frenético, y arremetiendo con furia de titán, arrollaba cuanto hallaba a su paso.

Cuando ya iba consiguiendo arrancar a Fuensanta de aquel sitio, llegó corriendo desaforadamente Pepón, que entró en la barraca, tocó con angustiosa fuerza la caracola y con ella en la mano se reunió a Fuensanta y Juanica para huir todos juntos.

—Vamos corriendo; escapemos: A ver si podemos ponernos a salvo de la riá... Y notando la ausencia de la otra hija, exclamó: Pero ¿y Maipaz?

—Se fué, contestó Juanica.

—¡Con su desgracia!, sollozó el huertano.

—No, paere, con su amor, afirmó la hija.

Y juntos echaron a correr los tres; llevando la angustia en el alma y una pena muy grande en el corazón!

. . . .

Fué oportuna la marcha de la familia de Pepón, pues detrás de ellos pasó la ola que todo lo inundó.

Y a la mañana siguiente, cuando el sol despiadado alumbró el paisaje, se vió que toda aquella parte de la Huerta, que era la víspera un vergel, se había convertido en una desolación.

El agua, en abundancia aterradora, había arrancado muchos árboles de raíz y arrastraba infinidad de animales muertos y no pocos cadáveres humanos, que allá iban río abajo en unión de otros desgraciados que con desesperación inaudita procuraban salvar la vida arrancándola de las garras de aquella corriente impetuosa entre la que unas veces se hundían vencidos por su fiereza, consiguiendo otras salir nuevamente a flote en esfuerzo sobrehumano y pereciendo no pocas junto al árbol donde se asieran ansiosos, arrancado de cuajo por el furor de las aguas. Era de un efecto emocionante ver la desolación y la muerte, donde hacía pocas horas se admiraban frutas y flores deliciosas. ¡Parece mentira que tan pronto se pueda pasar del placer a la desdicha!...

Subidos a una olivera de las plantadas por manos morunas y que todavía hacía alarde de su re-

sistencia, pedían auxilio tres niños, aunque era en vano que llamaran con gritos de desesperación suplicando auxilio, porque nadie les escuchaba ni podía socorrerles.

De pronto la corriente del agua arrastró una cunita huertana de madera tosca; dentro iba metido un chiquitín, que sonreía desconociendo el peligro y sintiendo placer al verse mecido por el movimiento de las aguas.

Fué un nuevo Moisés en su manera de viajar; pero que no tuvo la suerte de encontrar una princesa que le salvara.

Acaso porque la Providencia piadosa pensara que por pequeñito valía más, para no separarle de su madre, que con ella muriera en el fondo del río...

SEGUNDA PARTE

"El Tigre„

CAPITULO PRIMERO

QUÉ hermosa estaba la Huerta con su perpetuo verdor, como una dulce esperanza que no se dervaneciera nunca; con sus casitas blancas, que a lo lejos parecían palomas; con sus caminitos llenos de gracia; con sus encantadoras acequias, arterias del corazón Segura, llevando su sangre bienhechora a todas partes.

¡Agua bendita que va repartiendo el pan a los huertanos, caminando en silencio, sin darse aires protectores, como marcha por el mundo la verdadera caridad ¡calladita! que es la buena!...

Ya en la tierra no quedaba señales de la inundación que hacía un año había causado tantas víctimas.

Nadie diría, al ver el agua tan sumisa dentro

de las acequias ¡tan suave y silenciosa!, que era capaz de tanta fiereza, de tanto daño. Que aquella misma agua fué la que unos meses antes, rugiendo y desbordada, hizo huérfanos, viudas, desgraciados y mendigos...

Aún sangraban muchos corazones de los castigados, pero así como la Huerta había vuelto a revestirse de follaje y de flores, el espíritu de la multitud se había consolado del desastre y olvidando, o para olvidar, se disponía a gozar en los festejos primaverales con que los murcianos se divierten todos los Abriles.

No hay en España fiestas más artísticas y cultas que las de Valencia y Murcia; y conste que no es mi intención molestar a San Isidro...

Y como no son tan conocidas como merecen, me permitiré dar una idea de las que se celebraron aquel año a que yo me refiero.

De las religiosas mencionaré la procesión tempranera del Viernes Santo, nota vibrante que se siente repercutir en el alma.

En una ocasión decía Benlliure, dominado de entusiasmo ante las maravillas de Salzillo: «Es una atrocidad que estas efigies admirables salgan a la calle, exponiéndose al peligro de cualquier contingencia desgraciada».

Semejantes palabras eran lógicas en el gran escultor, que al pronunciarlas sólo miraba y veía el temor de que tales preciosidades artísticas pudieran estropearse.

Pero si hubiera estado en Murcia un Viernes Santo y experimentado la emoción que causa el primer rayo de sol, besando el rostro hermosísimo de la Dolorosa, realzando la palidez y expresión de aquella Mujer, haciendo brillar sus lágrimas, que entonces parecen húmedas.

Si hubiera visto la gran prueba que dió Salzillo a quienes tildaban sus interpretaciones por demasiado humanas, de que cuando quería *divinizar,* tenía su cincel inspiraciones del cielo, ¡el Angel! recorriendo las calles de la ciudad, aún aumentada su maravillosa hermosura por el sol, siempre esplendoroso en aquel país, y como más gozoso después de acariciar con su primer rayo a la Madre de Dios.

Y si hubiera *sentido* en aquel momento la religiosidad, el amor del pueblo murciano... seguramente habría cambiado de criterio y exclamado: Se impone sí, un museo donde encerrar esas imágenes deliciosas; pero en ninguna parte serán nunca tan hermosas como en la calle, donde tienen como aureola el corazón del pueblo para amarlas y el alma de todos los murcianos para sentirlas.

Suprimir la salida de estos *pasos,* sería como hacer un arañazo en la fe de los murcianos, que flota pujante por encima de las imágenes. No puede, no, dejarse de hacer la *atrocidad* de sacar en procesión al aire libre estas maravillas del arte. Porque en el mundo aún hay algo superior al sen timiento artístico; y es el sentimiento religioso.

El *paso* que representa a Jesús cargado con la cruz va adornado con gusanos de seda; unos rumiando hoja de morera y otros encerrados ya en sus prodigiosos *capillos.*

Quizás este adorno a las personas ilustradas les parezca poco apropiado. Pero yo, que respeto y admiro mucho a los sabios que razonan en frío, pero que simpatizo más con mis compañeros los ignorantones, que resuelven las cuestiones sólo con el corazón, aplaudo esta idea, que me parece feliz: porque haciéndose la procesión dentro de la ciudad, parece como si en la baba sedosa de los gusanos fuera enredada el alma de la Huerta, que nunca podría tener mejores embajadores que estos animalillos que Santa Teresa no llegó a conocer, pero que utilizó para hacer con ellos comparaciones primorosas.

Termina esta procesión, derroche de arte, con las *correlativas*: canto muy interesante, sin casi ritmo ni casi melodía, que cantan los *auroros* a varias voces y guiándose de una campanita, que es quien marca las entradas, delante de la iglesia, donde se guardan las efigies hasta el año siguiente.

Este canto *escuchado* parece árabe: y *visto* cantar por los huertanos, en la forma que ellos lo hacen, se cree cantado por los árabes mismos.

Los murcianos conceden poca importancia a esta música adormecedora tan curiosa y de tanto interés. Porque los murcianos en general son muy

amantes de su patria chica; pero por indolencia cometen el pecado grave de dejar que vayan desapareciendo sus viejas tradiciones, en las que se encuentra tanto placer, tanta belleza y tanta poesía.

Nota para los sentidos, fué la batalla de flores que estuvo a la altura de las celebradas en los mejores tiempos de Niza, haciéndose verdadero derroche de flores.

¡Flores hermosas!, seres inofensivos y delicados; lo más bello que en la tierra nos concedió el Señor para nuestro puro goce; ¿cómo habrá en el mundo almas tan frías, capaces de no *sentiros*, o *sintiéndoos* de no adoraros?

Dice D. Juan Valera, que las andaluzas son muy hermosas por ser los andaluces muy poetas: y que los andaluces son tan poetas por ser sus mujeres tan hermosas. Y de acuerdo con él, yo pienso que en la Huerta se encuentra tanta poesía en sus mujeres, porque la Huerta está llena de flores, y en el aire que ellas respiran se forma un ambiente de poesía, que se esfuma en amor.

Entre las flores murcianas de colorido intenso y de fragancia penetrante, ninguna enamora tanto como el moruno clavel, de aroma fuerte, de entonación caliente, de aspecto recio. Hay algo en él que da sensación de virilidad. Por eso, sin duda, gusta tanto a las mujeres, que le miran con predilección manifiesta, complaciéndose en adornar-

se con él, y muy especialmente para ir a la fiesta brava de los toros.

El clavel tiene algo de viril; parece el marido de la deliciosa *biznaga*, tan pura, tan delicada, tan exquisita, tan... ¡mujer!

CAPITULO II

NOTA del corazón fué el *Bando de la Huerta,* porque en él latía el alma huertana en toda su pureza: ¡qué nota de color tan brillante!, ¡qué borrachera de luz!

La representación de *La Barraca,* era encantadora. La reina María Antonieta no debió tener choza más linda en sus fiestas campestres de Versalles. El *Ventorrillo,* tan típico era delicioso: el cuadro de *La ermita huertana,* era una monería. Pero se llevaba la palma, la representación de *La industria sedera,* que aludía a la riqueza *artística* de los huertanos y a sus maravillosos obreros los gusanos.

Además las huertanas guapas y vistosas, que como flores adornaban la carroza, llevaban el entusiasmo aun a los espíritus más fríos, formando un conjunto digno de ser apuntado por Anglada o algún colorista de su talla. Porque era una lástima que aquel derroche de luz y de vida sólo quedara grabado con fijeza en toda su exuberante belleza y con su colorido deslumbrador, en la retina de los espectadores.

¡Qué sabor popular tan castizo tenía el cortejo de huertanos, llevando las monteras graciosas, sus originales *zaragüelles* y chalecos primorosos, cuya tela podía competir en belleza con la de las chupas y casacas de los presumidos caballeros de la corte de Luis XV...

Y para remate de indumentaria tan atractiva, las mantas morunas terciadas al hombro, con sus chillones colores; y la *cayada* empuñada por unos, o las *caracolas* sonadas por otros.

¡Lo que hubieran disfrutado los artistas americanos, viendo y copiando esta cabalgata deliciosa!...

Y los *mocicos* simulando llevar la casi sagrada carga de las hojas de morera; y los *zagalillos* metidos en sus canastos, ostentando la gloriosa representación de los famosos *pimentiquios* y *tomatiquios* murcianos... Y el sol diciendo: «Allá voy yo con mi máximo de luz...»

Nota de alegría ruidosa, de locura, pero de locura sana (como es siempre la que nace del gozo legítimo del corazón, cuando le acompaña la tranquilidad de la conciencia) fué el *Entierro de la Sardina*.

Comprendo que este festejo sea el que más impresione a los murcianos en general, porque es el más decorativo.

La misma estrechez de las calles murcianas contribuye a su esplendor, siendo todo el recorrido de la cabalgata de un efecto fantástico.

El alumbrado brillante de hachones y bengalas de colores, entre los que predominaban el blanco, verde y sobre todo rojo vivo, imprimían la sensación de ser algún festejo infernal. Y cuando a su terminación se quemaba la *sardina* entre el griterío del pueblo, la alegría que parecía desbordarse de todas partes; el humo asfixiante de las antorchas; el reflejo de las bengalas; los corredores que como en fiesta mitológica llegaban jadeantes aspirando al premio concedido al vencedor que antes terminara la carrera conservando su luz ardiendo; las carrozas artísticas cuajadas de adornos muy decorativos, entre las que se destacaba la de Vulcano, que costó ocho mil duros y tenía en sus líneas el vigor de los aguafuertes, y la numerosa comitiva de muchachuelos disfrazados de animales o representando atributos, formaban un conjunto tan original y pintoresco, que a nada se parecía.

CAPITULO III

Junto a la iglesia de Santa Eulalia, donde tuvo su real D. Jaime el Conquistador, vivía la familia de Baeza en Murcia, en una casa de las mejores de la ciudad.

La familia era larga de caudal y corta de personas, compuesta solamente por D.ª Carmen y sus dos hijos. D.ª Carmen era una señora muy bondadosa, que joven quedó viuda de un rico murciano, dedicando el resto de su vida a llorar al marido muerto; primero con lágrimas, luego sin ellas, pero en el fondo de su corazón llorándole siempre.

Doña Carmen era una persona muy dulce y muy buena, que llevaba una existencia casi mora, encerrada en su casa, de donde apenas salía más que para ir a la iglesia.

Este género de vida horroriza a las personas acostumbradas a vivir en ciudades donde se lleva existencia más activa y a la moderna. Pero conociéndola a fondo, tiene sus encantos prestados por el *terrado,* que viene a ser un pulmón para res-

pirar desde él el aire puro y a constituir un deleite en su forma de pensil.

Doña Carmen no necesitaba molestarse en salir de casa para gozar en su terrado, que estaba hecho siempre una bendición de Dios, y sólo triste en el verano, con sus macetas lacias y mustias. Entonces procuraba alegrarlas, regándolas en los atardeceres, con mucho amor ¡pero... no lo conseguía! Porque las flores aceptaban el agua con gratitud; la bebían enseguida con verdadera ansia, pero no se alegraban. Parecía que admitían su compasión, como las personas que sufren escuchan los consuelos humanos; agradeciéndolos, sí, pero sin consolarse.

En cambio en el resto del año ¡qué gozosas estaban las macetas de D.ª Carmen! Tanto, tanto, que entre ellas no se atrevía a estar triste, porque le parecía desentonar, mirándolas reir a carcajadas.

Los tiestos de *gitanillas* estaban entonces tan preciosos, que de lejos parecían manchas rosadas; y de cerca hacían el efecto de plantas de color de rosa que tuvieran algunas florecillas verdes: ¡cuán lindas eran!

Lo primero que hacía D.ª Carmen al levantarse, era ir a darlas los buenos días; a contemplar su belleza largo rato y a regarlas un poquito, con lo que ellas se ponían locas de gozo.

A continuación les hacía una esmeradísima toilette, como la madre más detallista pudiera ha-

cérsela a su bebé, terminando tan agradable ocupación en registrar cada planta, arrancando las hojitas secas o mal nacidas, como arrancaríamos las canas de las cabezas de nuestros padres, ¡sobre todo si con ellas pudiéramos también quitarles años vividos y penas pasadas!

Y así D.ª Carmen pasaba dulcemente su existencia, que repartía entre disfrutar en el terrado y amar a sus dos hijos Teresa y Carlos.

Teresa casi se dedicaba exclusivamente a la ocupación de amar.

Todas las mañanas, en cuanto se vestía y peinaba cuidadosamente su hermosa cabellera, se prendía en el moño un clavel, regalado la víspera por su novio, y bajaba a la reja donde ya la aguardaban impacientes las alegres *gitanillas* y los delicados jazmines.

La madre y la hija, pasaban buena parte del día en el terrado, haciendo labor.

La vista que ofrecía Murcia desde aquel terradito, era muy pintoresca, parecía enteramente un pedazo de ciudad árabe, con sus torretas chatas, sus terrados tan engalados de plantas que a veces semejaban pensiles: A lo lejos sus poéticas palmeras como complemento del panorama oriental: y muy próxima la torre de la Catedral, con su simpático color amarillento, destacándose sobre el fuerte azul del cielo y recortando su linda silueta de armoniosas líneas en el fondo celeste del firmamento.

Aunque D.ª Carmen y sus hijos vivían con agrado, la casa tenía cierto aspecto triste conventual; y sólo se animaba en las épocas en que la habitaba Carlos, quien con su alegría era el ruiseñor de aquella jaula.

Carlos quedó huérfano muy pequeño, pero su buen natural no le llevaba nunca a abusar de la bondad de su madre: usaba de ella nada más.

Carlos tuvo siempre verdadero amor al campo, donde disfrutaba mucho; pues todo en él le interesaba, tanto los productos, como los trabajos, como las costumbres, como las fiestas. Y cuando llegó a la edad de saber distinguir cuál era la verdadera inclinación de sus aficiones, eligió la carrera de ingeniero agrónomo, que le obligó a trasladarse a Madrid para seguir sus estudios.

Con su marcha quedaba la madre entristecida y la casa desanimada, no volviendo la alegría a D.ª Carmen hasta que el hijo querido regresaba.

En cuanto dieron las vacaciones de pascuas (o se las tomaron los alumnos), Carlos se apresuró a ir a Murcia, siendo el día de su llegada una fiesta para la familia y hasta para los criados, que miraban también al *niño* como si fuera el juguete de la casa. Y enseguida que se desprendió de los brazos de su madre, no resistió a la tentación de ir a dar un paseo por la Huerta, que constituía también uno de sus amores.

D.ª Carmen y su hija no tenían ninguna afición al campo, ni siquiera a pasear; pero Carlos

las sacaba de sus casillas alguna que otra vez, aunque muy rara. Cosa que en honor a la verdad le agradecían poco el cochero y caballos de D.ª Carmen, quienes tenían respectivamente en su casa una verdadera canonjía.

A fuerza de desearlo Carlos y de suplicar a su madre y hermana, consiguió que las dos condescendieran en ir con él a una hacienda de campo que tenía D.ª Carmen en Cañadas de San Pedro, donde en aquel momento se hacía aceite, que era una de las faenas que a Carlos más le gustaba presenciar. Y una espléndida mañana montaron en su *galera* y se dirigieron a la finca, donde pasaron unas horas muy suaves.

Cuando se apearon de la *galera* en la estación, había sol espléndido, luz deslumbradora, ¡hasta moscas insoportables...! Ambiente tan tibio que proporcionaba un baño de placer; las vendedoras de la estación ofreciendo a los viajeros *pomos* de rosas, jazmines y crisantemos. El calendario, guasón como buen murciano, diciendo que estaban en Diciembre, ¡como si fuera posible creerse en invierno, ni dudar siquiera de hallarse en plena primavera!...

Nada más que con dos horas de retraso llegaron a la finca donde se proponían empezar por presenciar la recolección de la oliva; pero no se les hizo largo el trayecto, porque el tren iba atravesando magníficos huertos de naranjos, tan cargados de fruto, que al fuerte brillar del sol hacía

el efecto de que desde el cielo hubieran desparramado polvo de oro en abundancia sobre frondosas alamedas.

A Carlos principalmente le encantaba aquella faena tan simpática, que tenía sobre las demás la gran ventaja de no desunir las familias, puesto que en ella todos pueden trabajar juntos: el marido sacudiendo la parte alta de las oliveras subido en su escalera llamada *banco* o *perigallo;* la mujer recogiendo todo el fruto al alcance de sus manos; y los hijos, *los zagalillos,* actuando de *soleros* rebuscando bien todas las aceitunas que han tenido el mal tino de caer fuera del *baleo.*

Cuando la tarea señalada para el día hubo terminado, traspasaron la aceituna recogida dentro de *los churros,* donde los hombres habían de aventarla, limpiándola de ramas y hojitas intrusas, mientras las mujeres se fueron a preparar la comida; siendo la cena la única que tomaban caliente durante todo el día.

¡Qué bonito resultaba la precisión con que los hombres tiraban al alto, desde un capacito, las aceitunas que iban a caer ya limpias en el *baleo*, ansioso de recibirlas!

Cuando estaban en el aire aquellas aceitunitas de manzanilla, negras, redondas y brillantes, y a la luz del sol, semejaban lluvia de azabaches; así como después parecían formar montones de moras.

Luego de limpia la aceituna era medida, y en-

seguida llevada a la *almazara,* donde quedaba depositada en los *alforines,* hasta que iban a buscarla para echarla en la *torva,* gran recipiente en forma de corneta de gramófono, desde donde caían las aceitunas reposadamente a *la solera.* Y entonces los macizos conos o *rulos* trituraban sin compasión a las olivas, y lo que aún es peor, a su corazón de hueso, formando del conjunto de todo ello una masa o pasta que iba a pasar al *alfanje.*

Después la masa, bien colocada y repartida en los *cofines* y cubierta con su correspondiente *margual,* era llevada, formando *un pie* con varios *cofines* puestos uno sobre otro, a la prensa; para que primero por la sola presión de la máquina y después por el estrujamiento triturador que producían cuatro hombres tirando desde el *burro* (que mejor debiera llamarse *potro),* se desprendiera todo el aceite y sólo quedara dentro de los cofines una especie de cartón formado con la parte no aceitosa de la oliva, que es el *piñuelo;* que después constituiría el encanto del *averío* y serviría para engordar a ese delicioso y antipoético animal, llamado injusta y despreciativamente... ¡cochino!

A medida que la máquina aumentaba su presión, iba cayendo en mayor abundancia el aceite al depósito llamado *fuente,* escurriendo antes primorosamente por el esparto de los cofines, con una suavidad de caricia y un brillor tan transparente, que más parecía agua cristalina que cayera

de alguna cascada montañesa entre el verdor del musgo y el de los helechos.

Luego por la noche hubo baile en la casa del llevador de la finca.

Al son de guitarras tocadas con estilo y de malagueñas cantadas con sentimiento, empezaron por prepararse unas cuantas parejas: ellos calzados con *esparteñas,* vestidos con largas blusas de percal oscuro y cubiertos con sombreros redondos (que escasamente se quitarían para dormir).

Ellas con sus trajes claros de percal, metidos sus piececitos japoneses en las graciosas alpargatas y adornado el moño con una flor, las privilegiadas, o con un hierbato las otras.

Y empezó el baile con toda solemnidad; sin mirarse siquiera entre sí las parejas, aunque en algunas él había preguntado «si cabía su camisa en el cocío y podían colar juntos la ropa» y ella había ya contestado *que sí.* Se movían acompasadamente; ellos con poco donaire y ellas con mucha corrección; porque la malagueña es un baile fino que no tiene la sal y pimienta de las sevillanas. Por eso bailando resultan las murcianas más espirituales, así como son más sensuales las andaluzas.

Doña Carmen y las niñas estaban complacidas y Carlos entusiasmado. Le encantaba el baile, la música, las coplas, todo aquello tenía sabor local y era una nota de color de las que a él tanto

le gustaban; porque hasta el alumbrado de candil completaba lo típico del cuadro.

Además en aquella reunión alegre en que los jornaleros se divertían y en que los amos compartían con ellos su regocijo, tenía para Carlos singular atractivo; porque encontraba hermoso ver así unidos en paz y simpatía a los de arriba y los de abajo.

Porque cuando el propietario sólo pronuncia la palabra *derecho* y el obrero recibe el jornal odiando a la mano que se lo procura, no puede haber unión; que sólo el amor ata.

¡Quién fuera capaz de escribir la palabra *amor* en el corazón de ricos y pobres!, porque entonces se acabarían las huelgas y sobrarían los códigos...

CAPITULO IV

Un hermoso día de invierno, después de haber comido, estaba Fuensanta manipulando en su cocinita pequeña como un juguete y graciosa como si fuera un capricho de artista. Todas las cocinitas sembradas en plena huerta como una planta más, tienen verdadero encanto, así como pregonan la sobriedad de los huertanos que tan poco sitio y tan escasos utensilios necesitan para preparar su alimento: pero la correspondiente a la barraca de Pepón aún se ganaba la palma, por estar situada en mitad de un *bancal* plantado de girasoles, flor orgullosa que con altivez mira al sol de frente, y que tiene una importancia muy especial no sólo en la Huerta, donde sus tallos es la madera de construcción con que se edifican las barracas, sino hasta en Inglaterra, que cultiva mucho los girasoles, de los cuales se saca gran producto.

Las hojas de la flor contienen grandes cantidades de miel y cera: las semillas dan un aceite exquisito y son muy buen alimento para pavos, faisanes, capones, etc. El aceite lo emplean tam-

bién con muy buen éxito los pintores para la preparación de los colores azul y verde. De la semilla se puede también extraer una harina muy buena para el pan y las pastas. Y del tronco se desprende un material que en la China se aplica por su calidad filamentosa, muy parecida a la seda, para los tejidos de esta clase, explotándose también para la fabricación de papel.

Mientras Fuensanta despachaba la operación de limpiar su cocinita, Juanica, hecha un sol de hermosa, sana y fresca, barría con cierta solemnidad bajo el emparrado, cantando con una voz argentina:

Don Antonio García
dice a su gente:
«Que echen agua a las migas
que hay poco aceite».
Los mozos le responden
con desparpajo:
«Conforme sean las migas
será el trabajo».
Don Antonio replica
desde la sala:
«Conforme sea el trabajo
será la paga».

Cuando la hermosa huertana dejó recogida hasta la última miga de pan de las caídas al suelo durante la frugal comida, soltaron la escoba aquellas preciosas manos que sólo parecían dignas de tropezar encajes, y se dirigió hacia donde estaba Fuensanta, diciéndola:

—¡Maere!, como un sol queda ya too de limpio.

—Entonces vamos ya a peinarte, contestó Fuensanta.

—Si a osté la paece bien, vale más que nos alguardemos un poco, a ver si mientras tanto viene Marialcalmen, pa que nos peinemos las dos.

—Bueno. Con tal que no tarde muncho...

—¡Quiá!, pa venir acá siempre tiene priesa y esta tarde aún correrá más.

—¡Dichosas vosotras que tenéis alegría!, dijo Fuensanta dando un suspiro muy elocuente.

—Y osté ¿por qué no ha de tenerla maere?, preguntó Juanica llena de cariñoso interés.

—¿Yo?... Porque siempre estoy pensando en mi Maipaz.

—Posi no se alcuerde de ella si tanto la esazona.

—¡Es que el corazón de una maere tiene muy buena memoria!

—Pos piense osté sólo en mí, que aquí estoy pa quererla y pa consolarla.

—Sí, pero los hijos son como los deos de la mano: los unos más grandes y los otros más chicos; pero tos hacen igual falta.

—¡Pero si Bartolo *lo hace* muy bien con ella y son felices!

—¡Sí, pero yo no la veo: no viene aquí, y a mí se me parte el alma de que en mi casa no haiga un hueco pa ella!

—Ya llegará paere a perdonarla.

—¡No sé, muncho le cuesta! Y unas lágrimas rebeldes nublaron los ojos de la madre dolorida.

—¡Cuando nazca un zagaliquio ya verá osté cómo le da gozo ser agüelo!, dijo Juanica sintiendo en su alma la tristeza de Fuensanta y pretendiendo consolarla con algo tierno.

—Esa esperanza tengo, replicó la madre, pero tamién la tuve cuando se casaron; y ya viste que ni a nosotras nos dejó asistir a la boa, ni tan siquiera ir a cuidalla cuando la pobretica estuvo mala del susto que se llevó la noche de la riá.

—¡No me la recuerde osté siquiera, maere!, que ya hace un año que pasó y entoavía me paece que m' estoy ajogando en toa aquella agua que echaba el Reguerón. ¡Virgen mía de la Fuensanta!, si aquello paecía propiamente el mar de Torrevieja...

—Como que de milagro escapemos nosotras; porque un minutico más que hubíamos echao en dirnos, pos nos alcanza el agua. Pero si nosotros tuvimos suerte, ¡cuántos tuvieron desgracia aquella noche! Pobretica tanta gente como se ajogó...

Quedaron un momento madre e hija dominadas por el doloroso recuerdo en que se mezclaba el propio agradecimiento con la ajena desgracia, cuando llegó María del Carmen hecha un brazo de mar. Iba muy sofocada y estaba muy bonita con el vivo color de sus mejillas y el lindo atavío que hacía guapas a las feas, disimulando los defectos y realzando los atractivos.

María del Carmen era muy amiga de Juanica;

más alegre que ella, que tuvo siempre mucho de soñadora; pero eran casi vecinas las barracas en que ambas vivían, y empezaron viendo la hospitalidad y cariño con que las respectivas familias se trataban y la simpatía que mútuamente sintieron de niñas Juanica y María del Carmen, llegó a ser una grande amistad que entonces unía a las dos jóvenes.

—¡Hola!, tía Fuensanta y compaña, dijo María del Carmen quitándose el pañuelo que llevaba puesto en la cabeza. ¡Maere de Dios, cómo pica hoy el sol! Luego icen que el sol de invierno es como amor de yerno, que no calienta.

—¡Toma!, replicó Juanica, es que ese dicho será pa otras tierras donde cuentan que el sol es de mentirijillas; ¡pero aquí que es de veras!...

Fuensanta preguntó a la recién llegada:

—¿Te has peinao ya, nena?

—No señora, contestó la interpelada; y aquí traigo el peine pa que nos peinemos juntas.

Ordenó Fuensanta que sacara de la barraca dos sillas; y mientras Juanica la obedecía iba canturreando:

¡Pos vamos andando,
que si tu llevas frío,
yo voy temblando!...

Sacó Juanica las sillas de esparto y madera brillante de morera que parecía bruñida por la limpieza. Sentóse Fuensanta en el poyo de la barraca; y en una silla delante de ella sentóse Jua-

nica que empezó por destrenzar su moño de picaporte; y cuando terminó esta primera parte de la *peinaera* y tuvo suelta su espléndida cabellera, acercó la otra silla para que se sentara su amiga, y formaron las tres un pintoresco grupo usual en la Huerta como en China, peinándose una a otra colocadas tres y hasta cuatro mujeres en hilera.

No era operación breve el trenzado de tanto ramalillo con que se formaba el artístico lazo que constituía el moño; además había que tejer los moñitos de las sienes tan coquetones que se hacían atravesar con dos grandes agujones de plata, comprados en la calle de Platerías, de Murcia, donde siempre era abundante la venta de objetos de filigrana de plata con que las murcianas se adornaban: en horquillas para atravesar con una pareja cada moñito; en arracadas para las orejas; en gargantillas y hasta en *lumbagas* o sortijas. Sin contar las lindas peinetas.

Las peinadoras se esmeraban teniendo en cuenta que era día de fiesta y de las más sonadas, en la que señalaba el ritual sacar los trapitos de acristianar y lucir los peinados más esmerados, rematándolos con unas cintas de seda en las que se enredaban muchos corazones.

Como la cabellera de María del Carmen era mucho menos abundante que la de Juanica, cuando ésta terminaba la *peinaera* a su amiga, aún Fuensanta bregaba con la repartición del pelo de su hija, luchando para someter a obediencia a

unos pícaros ricitos independientes que no querían renunciar al derecho de lucir su gracia espontánea, rebelándose al aprisionamiento a que las manos de Fuensanta se empeñaban en someterlos.

Concluída la faena del peinado, que reclamaba mucha habilidad y no poca paciencia, quedaron las cabezas de las dos jóvenes huertanas tan artísticas, que aun en Grecia hubieran hecho gran papel. Juanica entró en la barraca, de donde salió pocos minutos después hecha una hermosura, engalanada con tanto primor como gracia.

Su esbelta figura fina y delicada, de la que parecía desprenderse raudales de poesía, iba realzada con un *armador* o corpiño azul celeste de *tabinete* bordado en plata y oro: lo mismo que su refajo de fuerte colorido y su gracioso delantal.

Las mangas cortas con vuelos de encaje, dejaban al descubierto la mayor parte de los brazos tan admirables que parecían torneados. En su linda cabeza, tan airosa, había agregado para sujetar el moño de picaporte, una peineta de plata dorada haciendo juego con las grandes horquillas, doradas también, de los moñitos delanteros.

Una gargantilla de cuentas doradas completaba el atavío. Y en conjunto tan hermosa resultaba, que el mejor pintor hubiera deseado poder copiar tan precioso modelo.

—¡Lo que nos vamos a divertir luego, Marialcalmen!, dijo Juanica al reunirse a las dos huertanas que estaban lavándose las manos en

una misma *zafa* de barro, y secándoselas después con una *toballa* tan blanca como la nieve.

—¡Y que lo digas, nena!, respondió la interpelada, porque esta tarde es de las mejores del año.

—¿Oíste anoche la ronda?

—No, contestó con sentimiento Juanica; por aquí no pasó.

—Pues fué de las sonás.

—Entonces no faltaría mi sobrino, añadió con cierto aire de desprecio Fuensanta.

—¿Quién, *el Tigre?* Toma, toma; el primero que iba.

—¡Lo creo!, confirmó la dulce Juanica, que en aquella ocasión se sentía severa; porque pa el trabajo de juelgas siempre está preparao.

—Posi cómo sería la de anoche (continuó María del Carmen), que salió el tío Juaniche, el perranco, con una escopeta y gritó: ¡Tuiquios presos!

—¿Y a cuantos cogió?, preguntó interesada Juanica.

—A nenguno, respondió con chunga la amiga, porque tós se escaparon por pies.

—Pos sí que le dejaron al tío Juaniche más feo de lo que era, dijo riendo con una sonora carcajada Juanica.

—Sí, pero esta mañana pegó en su barraca con pan mascao, un papel que ice: «Tuiquio el que ponga rétulos en las viviendas, o farte al ho-

nor de las presonas, será zampao en la cieca, ande premanecerá cabeza abajo dista que con las patas desinúe que le va fartando el resuello».

Y Juanica que aquella tarde se sentía muy poco compasiva, volvió a echarse a reir, diciendo: Entonces ya veo a Pepiquío en la cieca: lo malo será que no se ajogue!...

CAPITULO V

En aquel momento llegó Pepón, y después de dar los buenos días a María del Carmen con la hospitalidad que se usa en la Huerta, donde se considera casi un honor cada visita, se quedó contemplando a las dos jóvenes huertanas que tan guapas estaban; a Juanica con orgullo y a María del Carmen con complacencia, cayéndosele la baba ante aquella hija tan guapa, y escuchando hablar a aquella hija tan buena. Después dijo a las dos amigas:

—Y que hoy tenéis que divertiros el doble, ya que el año pasao no pudo haber fiesta por la lluvia.

—Ya, ya; maldita lluvia, replicó rencorosa María del Carmen.

—Calla y no digas palabras sin ataero, ni esbarres iciendo isparates, nena. Que hasta en broma es una barrabasá renegar de la lluvia, que es la bendición de Dios pa los pobres, sentenció Pepón.

—¡Eso será pa los del campo, paere!, que pa los de la Huerta nenguna falta que nos hace.

—Posi esta mañana (continuó Pepón) estuve en el ventorrillo del tío Cerriche y allí estaba tamién el perráneo, y tos hablaban de lo que esta tarde podrían sacar las Animas de la fiesta; porque cuando el año viene de espaldas ni hay dineros pa divertirse ni ganas de gastarse los cuartos; pero cuando el año ha sío bueno, como éste, en to se conoce muncho, hasta en las divirsiones.

Todos estuvieron conformes con las teorías de Pepón; y así lo exponían unos y otros, cuando Juanica dijo, dándose una palmada en la frente:

—¡Atiende, si se nos olvidaba lo mejor! Y con prisa en la intención pero a pasos menuditos, se acercó a un jazminero vecino de la barraca con quien vivía en la mejor armonía, siendo como la bandera de poesía de sus habitantes, y cortó todas las inmaculadas florecillas que la planta tenía; formando con ellas un ramo que dió cortesmente a su amiga, con esa finura que tienen las personas *delicadas*, no las *educadas*, que a menudo son muy ordinarias.

María del Carmen aceptó el *pomo* entusiasmada, pues para ella tenían aquellas flores menuditas el valor que una joya de precio para cualquier señora elegante y prosaica. Pero correspondiendo a una delicadeza con otra, dijo sinceramente: ¡Eso es!, tos los jasmines pa mí, y pa tí denguno.

—No te apenes, mujer, la contestó Juanica; que yo me voy a poner unas *gitanillas* y un *pomo*

de *alábega,* que aunque adorna menos, en cambio huele muncho bien.

Y acompañando a las palabras con la acción, cortó de una maceta unos primorosos geranios rosa, y de otra una buena ramita de albahaca.

Y las dos amigas, cada cual contenta con su lote, se adornaron el pecho prendiéndose al remate del correcto descote el ramo correspondiente. Quedando con ello demostrado que las alhajas debió inventarlas la vanidad o el diablo; pero el adorno de flores para la mujer, tuvo que ser creación de la poesía o de la diosa de la belleza.

Terminó el idilio preguntando Fuensanta a Pepón si no iba él también «a ponerse de limpio»; a lo que él contestó afirmativamente, aunque añadiendo que antes tenía que preparar unas hortalizas estropeadas que había en el huerto, para echárselas de comer al *averío.*

Y allá se fué, quedando las tres huertanas en amor y compaña.

—¿A qué hora (preguntó María del Carmen) tié osté que dirse pa la ermita, tía Fuensanta? Porque como es osté la santera...

—Ahora mesmo, pa dir preparando la mesa con el pae cura. ¡Voy a coger el mantón y el pañuelo! Y sin añadir más se entró en la barraca.

Cuando las dos amigas se quedaron solas, preguntó Juanica a María del Carmen si «su Manolico» no iría luego a la fiesta.

Indignóse ella con la pregunta, que represen-

taba duda de una cosa que a su entender no podía ni dudarse siquiera, contestando a su amiga que eso ni se preguntaba; porque de no ir, vaya un novio que estaría él... Así como pa «no hablarle» más, ni volverle a mirar a la cara.

—¡Vaya, nena, no lo tomes por onde quema! Fué que como me dijeron que estaba trabajando en Beniaján...

—Y verdá es: pero hoy es hoy. Y en un día como hoy se deja to pa venir a festejar a las Animas.

—¡Sí; a las Animas y... a las mozas!, dijo con una sonrisa muy picaresca la dulce Juanica.

Interrumpió la conversación de las dos jóvenes la llegada de Fuensanta, que salía con su mantoncito puesto y en la cabeza su *mantellina* o mantilla de forma, en lana negra con anchas cintas de *veludillo* o terciopelo, de igual color, preguntando:

—¿Qué?... ¿no me acompañáis anguna de vosotras?

—Mire, maere; yo prefiero no dir, porque así tendré luego pa bailar los alpargates más limpios, dijo Juanica.

Añadiendo María del Carmen: ¡Pos yo iré que no presumo tanto! Y poniéndose muy coquetonamente su pañuelito de seda roja en la cabeza, cubriéndose el *picaporte* pero dejando al descubierto los dos moñitos delanteros, que parecían quererse escapar huyendo del pañuelo, echó a andar

la joven huertana acompañando a Fuensanta.

En cuanto quedó sola Juanica, se puso a recoger la jofaina y el tohallero que había sacado cuando *se remató la peinaera:* entró también en la barraca las sillas, y cogiendo un cacharro de cobre muy brillante, que ella llamaba *pozal,* pero que los demás denominaríamos calderito, empezó a regar la entrada de la barraca, para dejar la tierra más blanda y ahuyentar el polvo.

Vuelta de espaldas, no vió acercarse a Pepiquio; y al darse cuenta de la llegada de su primo, quedaron los dos sorprendidos: Juanica muy desagradablemente y *el Tigre* deslumbrado ante la hermosura de ella.

CAPITULO VI

Adiós Juanica (dijo *el Tigre* por decir algo). ¿Está la tía Fuensanta?.

—Maere acaba de marcharse pa la ermita, pero paere en el huerto está pa si se te ofrece algo, contestó su prima procurando disimular su contrariedad.

—No; más m' alegro de encontrarte a solas, pa que así hablemos de una vez y pa siempre.

—Si es cosa nueva, dime lo que quieras; pero si es cosa que ya me sé, pues ahorrate la molestia de repetírmela.

—Posi... mira nena, es que cada día que pasa, más te quiero.

—¡Pos desecha ese amor lo mesmo que si fuera una mala tentación que el diablo te trajera y no seas *atascao*, Pepiquio! Porque toas las mismas veces que tu m' has dicho que me querías, te he contestao yo lo mismo tamién: que en el corazón no se manda, y al mío no le da la gana de quererte.

—¡Piensa bien lo que dices!, rugió *el Tigre* do-

minado por su pasión salvaje y enfurecido por la contrariedad.

—¡Olvidao lo tengo ya de puro pensao!, respondió con calma y entereza Juanica sin acobardarse ante aquella fiera humana, aunque sus ojos de fuego eran para amedrentar a un valiente.

—Mira que yo no soy hombre con quien se juegue, dijo enardecido *el Tigre,* ni que deje de conseguir to lo que se propone.

—Pos esta será la primera, que por anguna hay que empezar.

—Y sábetelo bien; que tú me quieras o nó, has de ser mía.

—Pos sábetelo tú tamién y pa siempre: que eres mi primo, pero na más; porque pa novio no m' has entrao por el ojo.

—¿Y eso por qué?, preguntó furioso *el Tigre*.

—¡Atiende! ¿Y yo qué sé?... Pero lo que te digo es que no me vuelvas a cantar la misma copla.

—Bueno, m' es igual, dijo Pepiquio menos violento (cambiando de táctica por ver si con dulzura lograba atraerse a su prima); quiere icirse que empezarás casándote conmigo y luego el cariño vendrá después.

—Es que no quiero hacer la prueba.

—Pos yo te juro que l' has de hacer, ¡porque yo lo quiero!, dijo con violencia Pepiquio, no siendo capaz de dominarse más tiempo.

—¡No sé qué derecho tiés tú pa terciarte en mi camino!, contestó la pobre Juanica entre enojada

y humilde. ¡Y déjame ya en paz! Porque si dependiera de mi voluntá podrías quejarte; pero así te tiés que aguantar... que me case con quien me dé la gana.

—Eso lo veremos, rugió *el Tigre.* Porque yo tengo sobre tí el derecho de quien adorándote quié ser tu marío. Y óyelo bien. ¡Si tú quisieras a otro hombre, le sentenciabas a morir! ¡Por estas!, añadió el infame haciendo con sus dedos el signo de la cruz que es signo de amor, y besándole lleno de odio.

El alma dulce de Juanica se sobrecogió más que de miedo de indignación; y sin poderla dominar contestó: ¡Eso será lo que sea!

—Por algo en la Huerta me llaman *el Tigre*...

—Sí, sí; fama tienes de matón y de sin entrañas; pero no pensaba yo que el írselo tú mismo a contar a una mujer fuera el mejor medio de cortejarla.

—Es que si *Tigre* soy pa los demás, pa tí sería cordero si tu quisieras.

—Pos ni de borrego te quiero.

—Si la paz te propongo, ¿por qué quiés tú la guerra?

—¡Vaya una paz!, venir a asustarme con matar al hombre que yo quiera: ¡matar!... ¡matar!, dijo asqueada Juanica.

La serena fortaleza de su prima excitaba más el furor en aquel manojo de malos deseos y de viles pasiones, al mismo tiempo que le causaba

asombro; así que exclamó lleno de ira: ¿Pero no te da miedo?

—A mí no, contestó imperturbable Juanica; porque el hombre que yo quiera ya sabrá guardarse de tí.

—¡No me irrites, Juanica!, clamó furioso Pepiquio.

—¿Yo?...

—Tú, sí, la mesma, que no sé qué tiés pa mí que no hay en el mundo más mujer que tú.

—¡Desgracia sí que es lo que con ello yo tengo!

—¡Y mira que quisiera arrancarme este maldito amor!

—No lo querrás con munchas ganas...

—Como que no lo pude conseguir ni cuando me fuí a servir al Rey y vi tantas mujeres guapas por allá.

—¡Sí que fué una buena desgracia pa los dos!

Callaron un momento. Juanica estaba cansada de aquella lucha en que además adivinaba peligro para ella, y deseaba no sólo terminar tan enojosa conversación, sino que hubiera querido marcharse de allí: huir de su primo; pero el miedo que empezaba a invadirla clavaba en el suelo sus pies, dejándola sin movimiento.

Por su parte *el Tigre* se sentía vencido, empezando a temer que por buenas aquella mujer no sería nunca suya, siendo el obstáculo nuevo motivo para más desatar sus instintos brutales.

Aún quiso hacer una nueva y última tentativa de concordia, y acercándose más de lo debido a su prima, le dijo con fuego:

—Es que te quiero... como no sé ni decírtelo siquiera, de tanto como es. Si te casas conmigo, yo te juro como hay Dios, que no se encontrará en toa la Huerta un marío más güeno que yo lo seré pa tí. Pero si te empeñas en despreciarme... harás de mí un criminal.

—Sobre mi concencia no ha de ir ninguna maldá que tú hagas.

—¡Recontra! ¿pos de quién había de ser la culpa más que tuya?

—Si yo te engañara abora, o anguna vez te hubiá engañao es cuando podría ser culpable; pero ¿qué más lealtá puó tener pa tí que desengañarte como lo hago, si no te pueo querer?

—No importa: ¡cásate conmigo sin quererme!

—Eso sería éngañarte y yo no engaño a naide ¡ea! Y ya hemos parlao de sobra.

Hizo Juanica ademán de entrarse en la barraca, pero él lo evitó con prontitud cogiéndola fuertemente por un brazo, mientras la decía:

—No te vas, no; que has de hacer mi voluntá.

—¡No, que haré la mía!, contestó ella firmemente, procurando soltarse de las manos que le atenazaban el brazo.

Entonces Pepiquio la sujetó tan brutalmente que la obligó a exclamar:

—Suelta, animal, que me lastimas.

—¡Cuando te avengas a mi deseo!

—Eso nunca.

—¿Por qué?

—¡Porque te aborrezco!...

Al oirlo dió *el Tigre* un grito salvaje y como bestia feroz se abalanzó sobre su prima, con mezcla de amor y de odio, pero sobresaliendo sus inmundos deseos.

Mal lo hubiera pasado la cándida paloma torcaz caída en las garras del gavilán, si Pepón no hubiera escuchado el alarido del *Tigre,* que sonó en sus oídos como un ¡alerta! y acercándose al sitio de la lucha llegó a tiempo para evitar una catástrofe.

Al sentir *el Tigre* la proximidad de su tío, soltó la presa; no avergonzado, sino humillado por el fracaso de sus perversas intenciones, almacenando en su alma mayor cantidad de ira y de odio.

Juanica comprendió por instinto que acababa de pasar por un gran peligro, y se acercó involuntariamente a su padre buscando en su cariño amparo y defensa.

—¿Qué pasa aquí?, preguntó ansioso Pepón.

—¡Na, paere!

—Es que disputábamos por...

—Por na ¡leñe! (terminó Juanica). ¡Vete y déjame en paz!

—Me voy, sí, dijo furioso Pepiquio; añadiendo con gesto amenazador: pero no olvides na de to lo que te he dicho...

Se marchó *el Tigre,* quedando Juanica tranquila al verse libre de su presencia; además estaba rendida de la batalla de cuerpo y espíritu que acababa de ganar, pero no sin grandes esfuerzos.

—¿Lo de siempre, eh?, preguntó Pepón a su hija en cuanto Pepiquio se perdió de vista.

—¡Sí, paere; lo de siempre!, emperrao en que he de quererle, o casarme con él sin cariño.

—¡Pos ándate con ojo!, que este amor tan fuerte en un hombre tan desalmao como él, me asusta. ¡Dios quiera que no nos traiga desgracia!

—No tenga cudiao, que ya se le pasará el empeño; y to será hasta que se convenza de que nunca he de quererle y de que le tengo aborrecío.

—¡Qué sé yo... qué sé yo! Es mal bicho pa enemigo: guárdate de él. Y el día que te eches novio, vivir siempre alerta; mira que sólo dura el leal lo que quiere el traidor.

Y el padre preocupado, y la hija, aunque sin confesarlo, inquieta, se separaron: entrándose Juanica en la barraca y quedando Pepón sentado en el poyo haciendo *lía,* que es cuerda de esparto.

CAPITULO VII

A los pocos días de escaparse Maipaz con su novio se casaron, como ocurre casi siempre en la Huerta, donde es muy rara la pareja que en semejantes condiciones no acude presurosa a la iglesia para normalizar su situación.

La madre de Bartolo, que había guardado a Maipaz en su casa hasta el momento de la boda con el esmero que se guarda una joya dentro de su estuche, siguió dando asilo al nuevo matrimonio hasta que él formara su nido.

En vista de lo cual a los pocos días del casamiento empezó Bartolo a labrar las paredes de su barraca con *atobas,* que es el ladrillo sin cocer que en Castilla se llama *adobe,* pero que en Murcia conserva con más pureza la palabra arábiga *at-tob,* y cuando las tuvo fabricadas y además unidas (también con barro), cortó *cuatro palos* o troncos secos de girasoles (nacidos hacía dos meses) para sostener *la lomera,* que formó con ocho *cañizos* y *albardin,* poniendo en el *perfil de su cimera* dos modestas cruces de madera; quedando rematado el edificio con esta cristiana costum-

bre, recuerdo acaso de los días de persecución para mudéjares y moriscos, en los que necesitaba el huertano no sólo demostrar sino hasta hacer alarde de sus creencias religiosas.

La barraca de Bartolo, lo mismo que todas las demás, era un prodigio de equilibrio; desafiaba sin darse por aludida el viento y la lluvia; en cambio era para ella peligro de muerte la más imperceptible chispa de fuego. Que es la razón por que se vayan suprimiendo las barracas, ya que el cigarro del huertano era un enemigo poderoso contra la seda y los gusanos guardados en las barracas.

Cuando quedaron las cruces colocadas, toda la familia se puso en contemplación de ellas; y como formaba un conjunto tan moruno, más que cristianos mirando el signo de nuestra redención, parecía que el grupo rezaba la *jothba* de los viernes, que era la plégaria en la cual se invocaba sobre el Califa la protección divina.

Cuando se hubo terminado la construcción exterior y sólo faltaba la puerta y ventana, ambas de madera, que el primer jueves compraría Bartolo en el mercado de Murcia, por unos cinco duros, se ocuparon de la parte interior de la barraca, donde ya tenía también que maniobrar Maipaz secundando a su marido.

Las puertas de las barracas están siempre abiertas, primero porque no se supone siquiera que en la Huerta haya ladrones, y segundo para

que si quiere, tenga por donde salir el humo, cosa que no preocupa lo más mínimo a los huertanos.

Siempre está colocada al mediodía, y en el ángulo de la izquierda, siguiendo la costumbre clásica, se coloca el tinajero.

Como la familia de Bartolo tenían sus buenas economías, quisieron lucirse en la parte más importante de la barraca, donde está el lujo de los huertanos y donde se muestra el rumbo de su dueño; y así el tinajero fué de los mejores, compuesto de seis magníficas tinajas, grandes, panzudas y pintadas de almagro, donde reposaría el agua de la acequia que sería bebida durante todo el año.

Maipaz preparó los paños de lienzo blanco para resguardar el agua de toda impureza, poniendo encima los *tapadores* de madera blanca que ellos mismos pintaron de verde, para que la cubierta fuera tan rumbosa como el resto del tinajero. Encima del cual colocó la madre de Bartolo buen número de jarras de boca ancha, de las llamadas *tallas* en Andalucía; y en tres *lejas* o vasares colocadas en lo alto, con guarniciones de madera calada cuyas labores obedecían a tradición arábiga, adornando y cerrando hasta *el techo* el ángulo aquel, profusión de enseres de cocina y de servicio de mesa, entre los cuales se encontraban varios platos y escudillas de reflejos metálicos de los llamados hispano-moriscos.

A la derecha, sin chimenea ni respiradero, pusieron el fogoncito en miniatura; y en el otro lado, vecina del tinajero, colocaron un gran arca de madera blanca, con herraje de refuerzo en los ángulos y levantada sobre cuatro sostenes, donde se guardaría la ropa del matrimonio, los comestibles para el día y aquellos instrumentos de labranza que son muy necesarios y se pueden perder, o que cuestan caros.

Luego, en el último tercio de la barraca, dos sábanas tendidas impedían que se viera el lecho matrimonial, de los hijos grandes y pequeños, de todos sexos y hasta de algún convidado si le tenían.

Las camas son muy anchas y muy altas y se componen de seis o siete colchones de paja de maíz o de cáñamo, y un tablado gigante, lo menos de ocho pies de alto, y donde el huertano jamás duerme si no está enfermo, ni tampoco la huertana, si no es en ocasión de parto.

Y completó Bartolo su ajuar con diez sillas bajitas, de madera de morera pulimentada por el uso y asiento entrelazado con *soga* de esparto, y una mesita pequeña y de poca altura, en la que durante las comidas se perpetuaría la tradición oriental, comiendo en ella el huertano y sus hijos varones, tanto si fueran mancebos como zagales, sentados alrededor, mientras que la mujer y las hijas comerían de pie, en el suelo, sobre el arca o

andando, como también se usaba en toda Andalucía.

Trajo Bartolo del mercado murciano sobre la *sarria* o serón del borrico (que sirve también para ir a recoger las basuras de la ciudad), algunas pequeñeces indispensables para la vida; y después de preparar el pavimento de la barraca (que se reducía a asentar bien la tierra con un pisón), quedó en disposición de ser habitada, por lo que se instalaron inmediatamente en ella Maipaz y Bartolo. Dejando para hacer después el clásico corralillo para los animales caseros, los asientos delanteros de la barraca, la hornilla y el horno a la intemperie. Sin olvidar la plantación del emparrado para los bailes, la colocación de las tres o cuatro andanadas de zarzos para la cría de los gusanos de seda, y el gancho de madera para colgar a la intemperie la jarra piadosa que ofrecerá agua fresca a todo transeunte sediento que atraviese la Huerta.

Esta cántara colgada durante el día en el parral, o en compañía del candil (que hasta por la noche no entra en la barraca), es una hermosa señal de caridad primero, estando siempre dispuesta a ejercer con todos, aunque sea con los enemigos, la obra de misericordia aplacando la sed, y termina convirtiéndose en señal de poesía, cuando desportillada ya, se utiliza para rústico macetero.

Quedó la vivienda terminada y con su aspecto dulce y simpático, empezando Bartolo sus ocupaciones de huertano que hacía compatibles con sus caricias a Maipaz, precisamente más cariñosas por lo mismo que no tenía tiempo para prodigarlas.

Maipaz era no sólo amada apasionadamente por su marido, sino con un amor completo: sentido y demostrado; pues bien dijo Fernán Caballero que el cariño que no se demuestra es un capital que no da réditos.

De modo que Maipaz parecía completamente feliz. Pero aunque lo parecía no lo era, porque un gusanillo llamado *conciencia* no la dejaba tranquila, y otro gusanillo llamado *corazón* no la tenía satisfecha.

CAPITULO VIII

LLEGÓ el día de Reyes y se vistió Bartolo para ir a la misa de la ermita, poniéndose sus zaragüelles blancos y almidonados sujetos con faja encarnada, ligas bordadas con letrero de plata diciendo: *Víva mi dueño,* chaleco de seda rameada y doble hilera de botones de plata, montera de terciopelo negro, y quedando en mangas de camisa blanca, echó sobre su hombro izquierdo la manta roja con listas azules y doradas. Tomando a continuación su vara de morera, compañera inseparable del huertano, y marchando a cumplir el precepto religioso en unión de Maipaz, que iba hecha un sol; un sol un poco cubierto, por hacer papel de nube la *mantellina* que dejaba medio escondido su lindo rostro.

Después de comer, llevando Maipaz su graciosa cabeza al descubierto y cambiando Bartolo su manta moruna por una capa de cuello alto, prestada por su padre, por ser prenda de respeto que daría solemnidad al acto que iban a realizar, se encaminaron los dos, él con aire de quien teme,

y ella con el de quien no se atreve a esperar, a la barraca del tío Pepón.

Este se hallaba sentado haciendo *lía* por considerarlo trabajo de poca importancia; pero honrando la festividad del día con su chaleco amarillo de pelo de cabra y flores verdes.

Cuando Maipaz distinguió a su padre la entró tal pánico que en aquel momento hubiera preferido encontrarse en *la linterna,* que es como se llama la altura máxima de la torre de la Catedral. En cuanto a Bartolo, al divisar a su suegro no pidió a la tierra que le tragase, por pura honrilla, y tomando un aire muy humilde dijo acercándose a Pepón:

—A la paz de Dios.

El saludado quedó un momento suspenso por la sorpresa, hasta que más serenado ya, dijo Pepón dirigiéndose al matrimonio, que estaba más muerto que vivo: ¡Ah! ¿sois vosotros?... Pues no sé lo que venís a buscar aquí, después de haberos llevao lo mejor qu' había.

—¡Paere!... imploró Maipaz echándose a llorar, y con tal expresión de tristeza que recordaba la de las Angustias de Salzillo.

—Tu paere poco te importó pa dalle el jiquerazo, dijo Pepón severo.

—Hicimos mal, es muncha verdá; por eso venimos arrepentíos, contestó sumisamente Bartolo.

—¡A buena hora mangas verdes!...

—Fué que entonces yo y Maipaz pensemos na más que como jóvenes que se quieren...

—Pos yo entonces y abora pensé como un viejo a quien se afrenta.

—¡Hágalo osté aunque sólo sea por Maipaz!...

—Menos me costaría perdonarte a tí que al fin no eres más que un hombre, que a ella que fué mi hija...

—¡Paere! ¡Si viera osté cuánto lo he llorao después!

—Bueno, pero antes te diste el gozo de hacer tu voluntá.

—Pero puesto que Bartolo *lo hace* muy bien conmigo y que ya la cosa no tié remedio...

—¡Y eso es lo más malo!, que la honra de la mujer es como el agua de la cántara; tírala primero, a ver cómo la recoges después.

—No sea osté, paere, más severo que Dios, que ya nos tiene bendecíos con la mano del cura.

Bartolo empezó a rascarse el cogote, señal muy significativa de grande importancia, terminando por decir: Además, tío Pepón, p' hacer lo mal hecho fuimos dos y abora pa venir a pedir perdón... ¡semos tres!

Cayó al suelo al oir la noticia bendita la severidad del buen Pepón, quien con una emoción que ya ni se cuidó siquiera de disimular, replicó: ¡Tres!... Entonces venir pa mis brazos en gracia al tercero.

Arrodilláronse Maipaz y Bartolo delante de Pepón, quien dijo mientras les bendecía: ¡Que Dios os bendiga y haga dichosos!

Entonces Maipaz, emocionada, se levantó para abrazarle diciéndole un expresivo: ¡Paere!... Y Bartolo, con mucha gratitud, pronunció: Gracias, tío Pepón.

Y éste, que un momento había pretendido aparecer cruel, tuvo con sus manos encallecidas por el trabajo de la tierra que limpiarse dos lágrimas muy hermosas. ¡Porque hermoso es todo cuanto sale de un corazón puro!

Pero no queriendo dar por completo su brazo a torcer, agregó aunque ya con acento blando: Y abora que no se hable nunca más de lo pasao pa que tos lo olvidemos.

Y después de dejar al matrimonio lleno de contento por el perdón recibido, entró en la barraca llamando a Juanica y enterándola de la presencia allí de su Maipaz.

Grande fué la alegría que tuvieron las dos hermanas al verse juntas y poder abrazarse.

—¡Nena!, decía Juanica estrechando a Maipaz.

—¡Hermanica mía!, contestaba ella besuqueándola.

—Qué alegría verte en nuestra casa, donde te costó casi un año pa poder entrar... ¡Pero es el caso que ya has güelto!

—No hagas na mal hecho, Juanica; porque luego ties un busano que te está royendo sin pa-

rar; porque la concencia es a la vez testigo, fiscal y juez.

Mientras hablaban los dos hombres en la mejor armonía, las dos hermanas charlaban como cotorras, contando Juanica que su madre estaba en la ermita, y diciendo Maipaz que porque se lo figuraba habían ido a aquella hora, para hablar con su padre antes de verla a ella.

Juanica propuso ir a buscarla; pero diciendo su hermana que prefería aguardarla allí para darla toda la sorpresa en su salsa, las dos jóvenes se sentaron en el poyo a esperar, ansiosas ver llegar a Fuensanta.

Pero no fué Fuensanta la primera que llegó sino Carlos, que como dueño de aquellas tierras iba a echarlas un vistazo, y saludó muy afectuosamente a Pepón y Bartolo, siendo contestado en igual forma por ellos. Después fué el turno de Maipaz y Juanica, quienes tan entretenidas estaban con su charla que no se dieron cuenta de la llegada del amo.

—Adiós, nenas (dijo Carlos dirigiéndose a las dos hermanas) y aunque no queráis...

—¡Jesús, María!, exclamó Juanica; si es que nos ha quitao el *resuello* la sorpresa de verte.

—Y a tí, Maipaz, ¿con que te encuentro casada?

—¡Vaya que sí!, contestó la aludida; y allí tienes a mi marío pa lo que gustes mandar.

—Pues mando, replicó Carlos riendo, que os

vaya muy bien y que no se os haga el matrimonio muy cuesta arriba.

Impaciente Maipaz por la tardanza de su madre se puso a mirar si se la divisaba ya, sentándose Carlos en el sitio que ella dejara libre junto a Juanica, empezando por decirla:

—¡Caramba si estás hermosa, chiquilla! Al irme a Madrid parecías un capullo, pero ahora te encuentro hecha una espléndida rosa.

—Pero rosa con espinas, niño Carlos.

—Pues yo no veo que pinchen por ninguna parte.

—Será porque las lleve mu escondías, pero ¡vaya si punchan! ¿Y cuándo viniste de Madrid?

—En estos días; a pasar las fiestas de Pascua en familia, con mi madre y mis hermanas.

—¿Ya está buena el ama?... Y las niñas, ¿por qué no se vienen algunas tardes de paseo en su galera hacia aquí y verían sus huertos hechos una bendición de Dios, tan llenos de naranjas, de dátiles en las palmeras y rosas en los rosales?

—¡Razón te sobra!, dijo muy convencido Carlos. Pero esta vega murciana tan hermosa, vosotros los huertanos la trabajáis, pero la verdad es que vosotros también la gozáis, viviendo siempre en ella, que es la única manera de disfrutarla bien. Pero los amos tienen mucha pereza para moverse y poco gusto para salir a admirar esta campiña tan deliciosa.

—En cambio a tí te gusta mucho más.

—¡Ya lo creo! Como que hace falta perderlo, para después apreciar más lo bueno. Por eso desde que yo soy estudiante y vivo en Madrid, cuando vengo a mi tierra me entusiasmo aún más mirando esta hermosísima vega; y doy la razón a quien dijo que desde Murcia al cielo y allí un agujerito para verlo.

—¡Y muncho que sí!, dijo Juanica muy convencida.

Durante esta conversación habían empezado a llegar huertanos a una ermitilla colocada en plena Huerta, a poca distancia de la barraca del tío Pepón.

Y no sólo pasaba a la fiesta alegre y contenta la gente joven, con la ilusión de divertirse en grande, sino las personas mayores que se concretaban a gozar con la alegría ajena; y los modestos comerciantes que pretendían hacer su agosto en el mes de Enero, vendiendo en sus puestos de *cascaruja* avellanas, nueces, cacahuets y almendras, que harían la felicidad de los *zagaliquios;* lo mismo que harían el encanto de un buen pintor impresionista aquellos puestos polícromos, derroche de luz, formados de frutas apetitosas y artísticas como granadas, naranjas, dátiles, caquis y manzanas.

CAPITULO IX

En la Huerta murciana queda aún mezclado y confundido algo de las tradiciones de los moriscos y de los cristianos; y mientras en muchas costumbres y fiestas son guardadas las procedencias moriscas, en otras como los *Juegos* de la Huerta se conservan las adquiridas de los cristianos por aquella población ya exótica.

El huertano, lo mismo que reparte sus quehaceres agrícolas por estaciones, distribuye sus golosinas y diversiones en rigurosa alternativa. Por eso hace *tostonés* en Enero, *moragas* en Mayo, *monas* por Pascua florida, *tortas* por Navidad, *hogueras* por la Cruz y San Juan y bailes en todo el año; conservando siempre el ceremonioso ritual de sus bodas y *tornabodas*.

El huertano tiene dos pasiones violentas: el amor y la venganza; todo lo demás le es indiferente y vive contento con tal de que no se le *corran* los trigos, ni el *callueso* le corte los *pimentonares,* ni se le *cuelguen* los gusanos de seda, ni viera antes llegar la mula del diezmero, ni le apremiaran después con el cuarto por real del sis-

tema tributario, ni ahora para pagar *el vento,* ni siempre cuando las quintas se llevan los mejores mozos de la Huerta.

El huertano, dedicado de contínuo a sus faenas agrícolas, pierde poco tiempo en diversiones, pero no perdona las señaladas, como por ejemplo al llegar Septiembre las de la Fuensanta, patrona de Murcia desde 1731; asistiendo frecuentemente a los regocijos acompañando a su pareja montada en modesto jumento, o llevando a las ancas de la yegua con orgullosa ufanía y vistosamente ataviada con el traje de boda, a la gallarda muchacha que ya es su esposa.

También acude con entusiasmo la gente huertana a Monteagudo el 7 de Agosto para festejar a San Cayetano, a quien demuestran cariño tirándole pucheros, piedras, melones y hasta tiros.

El 15 de Agosto, día de la Asunción, la fiesta se celebra en los Alcázares, delicioso rincón besado por el Mar Menor, donde la gente se divierte hasta llegar a la locura; unas veces emborrachada prosaicamente con vino, y otras con la poesía del paisaje.

Los *Juegos* de la Huerta, a pesar de las aberraciones y abusos que en ellos se cometen no carecen de interés literario por lo que representan o significan. Quien los presencie quedará sorprendido por la forma en que han venido a fundirse las tradiciones originarias de muslimes y de cristianos.

Los *Juegos* con que se divierten las noches de Pascua principalmente, los habitantes de la Huerta no son sino reminiscencias de aquellas *farsas*, aquellas *églogas* y aquellas representaciones que tanto contribuyeron a la formación de nuestro teatro nacional, cuando empezaba a desprenderse de la tutela de la Iglesia, a cuyo servicio había nacido, con la representación de los *Misterios*.

Además suelen emplearse los *Juegos* para festejar los huertanos a los personajes de la ciudad que les merecen consideración, o a sus amos cuando van accidentalmente a visitar sus haciendas. Causando siempre en los huertanos jóvenes gran entusiasmo y regocijo estas funciones rudimentariamente teatrales, que dan principio invariablemente por los acordes de la orquesta compuesta de guitarras de *siete órdenes*, bandurrias y cantadores, a cuyas notas dos o más parejas, como indispensable precedente, salen al medio de la sala a bailar entre el repique de las *postizas* o castañuelas que tocan todas las mujeres. Se hacen los cambios, las mudanzas y las pantomimas del fandango y de la malagueña; y cuando está la gente más extasiada les sorprende el *director de escena,* personaje que aparece de repente en traje de la época de Adán, y empuñando como signo de autoridad y a manera de cetro, la escoba, pronunciando la frase sacramental de: «*Y va de juego: lo que no se haga abora se hará luego*».

Como en el teatro primitivo, este personaje, a

cuya presencia cesa el baile, se dirige al público que desde su aparición permanece extático y silencioso a fin de no perder palabra, expone el argumento del *juego,* el cual da desde luego principio en forma dialogada, figurando en él siempre como el personaje más principal y saliente el *bobo,* que es el encargado de decir y hacer todo cuanto sazona la representación, salpimentándola de frases y ocurrencias unas veces graciosas, pero muchas indecorosas, sobre todo cuando el contenido de la jarra se ha subido a la *caeza* de actores y público, desatando las lenguas y ahuyentando al decoro.

Termina la función con baile y suele rematarla disputas y navajazos o tiros, en cuyo caso se apaga el candil y acaba todo como el rosario de la Aurora, a estacazos limpios que unos dan y otros reciben; lo que no impide que todos se separen deseando volver a reunirse en nueva representación, desdeñando las consecuencias que es entre los huertanos algo así como echar pelillos a la mar.

En los *juegos* no siempre se deja todo a la inventiva de los actores, ni la farsa es sólo fruto de la imaginación de aquella gente, cuyo único propósito es el de lucirse y divertir a la concurrencia; sino que aprenden *relaciones* en verso, o desglosadas de comedias de nuestro teatro antiguo, cosa que fué por extremo acostumbrada, de sainetes, o de composiciones de índole parecida.

Diversión también es, y por lo inocente digna de la sencillez de la Huerta, los bailes de Animas, con el piadoso fin de allegar recursos para las misas de sufragios, o la celebración de *rifas,* pujándose unas veces las bailadoras y otras dones que consisten en peras, manzanas, granadas, naranjas, tortas, rosquillas y corazones de mazapán, todo destinado a la misma piadosa intención.

CAPITULO X

MIRE, mire, niño Carlos, cómo empieza ya a llegar la gente para la fiesta, dijo entusiasmado Pepón. Y cómo se van acomodando los comerciantes ambulantes con sus puestos de golosinas, frutas frescas o *cascaruja*.

—¿Pues qué fiesta se celebra hoy?

—¡Toma, toma! contestó Juanica, posi na menos que la de las Animas...

—¡Es verdad! asintió Carlos; tienes razón. A mí se me había olvidado; pero ahora me alegro más de haber venido.

—Así podrá osté tomar parte en la rifa y bailar, añadió Pepón. Agregando Juanica: Y que el baile de esta tarde va a estar muy divertío...

—Mire, dijo señalando Pepón, ya va por allí el *Rabo-Alcalde* que será quien presida la fiesta con el Hermano Mayor de la Cofradía.

—Yo creía (contestó Carlos), que estas fiestas las presidía el alcalde pedáneo.

—Es que como al perráneo ninguno le podemos ver ni en estampa, y él lo sabe, comprende

que con su presencia enfría las diversiones, y manda a su *Rabo* pa representalle. Además, que es muy entendío en tóas las cosas de escritura, y muy bueno pa to el mundo, este *Rabo*.

El *Rabo-Alcalde,* por ser un *personaje* en la Huerta y por su originalidad, merece presentación especial.

El es quien hace la solicitud cuando algún vecino desea que su hijo ingrese en la Misericordia; informa cuando otro pide entrada en el hospital, o cuando una madre quiere alguna de las lactancias otorgadas por la Casa de Expósitos.

Al instruirse todo sumario de causas criminales se piden informes de conducta a la alcaldía; y siendo este ramo de informes sumamente delicado es donde el *Rabo-Alcalde* tiene que lucir toda la agudeza, la diplomacia, la sutileza y todos los refinamientos de la astucia, escribiendo lo que luego firma el pedáneo.

El alcalde pedáneo está condenado a ser en casi todas las ocasiones el conducto por donde van al *rabo* cuantas funciones no exigen representación formal; y sobre todo en aquellas en que intervienen papeles, que son la mayor parte.

Por eso cuando un *Rabo-Alcalde* comienza a serlo es presentado de soslayo por el pedáneo al secretario del Ayuntamiento y al oficial del negociado en donde tiene el partido el primer asunto pendiente y sobre el cual hay un cúmulo de dudas que resolver por y para el *Rabo Alcalde*,

quien encuentra ya para en adelante el camino abierto; y no quedará jueves que al ir al mercado de Murcia no se llegue al Ayuntamiento a preguntar de mesa en mesa cómo se hacen unas cosas y cómo deben entenderse otras, con el fin de no errarlas. Cosa por punto general, que no suele ocurrir.

En la Huerta se llama *empapelado* al que se encuentra mezclado en alguna causa criminal; y *papel de pelea* al sellado:

En las elecciones el pedáneo transmite las órdenes que recibe del jefe del partido o de algún individuo del comité a su *rabo,* quien a su vez pone en movimiento a los agentes secundarios que tiene ya dispuestos para el caso.

El alcalde pedáneo es en cuanto a consultas una figura puramente decorativa, mientras que el *rabo* cifra en sí la quinta esencia de la inteligencia rústico-administrativa. Viene a resultar, como si dijéramos un segundo violín de orquesta, pero que llevara siempre la voz cantante.

Cuando piden informes de la conducta de criminales son muy rehacios para darles, necesitando siempre que les repitan muchas veces la orden para que al fin la cumplan, y eso con todas los mayores atenuantes posibles; porque saben por experiencia que los criminales salen del presidio no corregidos sino aleccionados en todos los vicios; y si se enteran que informaron al juez mal de ellos, cuando vuelven, la primera puñalada que

se pierde en la Huerta es para el pedáneo o su *rabo*.

Habían tenido Juanica y Carlos un momento de silencio de esos que dicen en Andalucía que pasa un angelito, cuando Carlos por animar la conversación preguntó a la huertana: Supongo, Juanica, que tendrás novio.

—No lo creas, contestó ella.

—¡Andanda, con 17 años y esa cara no vas a tener novio!

—Pues es la verdá que no le tengo.

—Y a Dios gracias, niño Carlos (dijo Pepón que había escuchado la pregunta), porque abora... ¡no está el horno pa bollos!

—¿Por qué dices eso?

—Porque un sobrino mío se ha emperrado en quererla; y como ella no le corresponde, no hace muncho que la amenazaba en gordo pa si quería a otro.

—¡Vaya con el déspota! contestó indignado Carlos. Luego decís a lo mejor que los amos somos déspotas porque queremos mandar en nuestra hacienda, y ¿cómo lo llamáis cuando el despotismo viene de uno de vosotros?

—Espotismo tamién.

—¡Pues yo aún lo llamo cosa peor! Que felonía es querer mandar hasta en el corazón ajeno.

—¡Has hablao como un libro! dijo Juanica respirando por la herida. Porque el condenao se empeña en que he de quererle o por las buenas o por

las malas. ¡Como si el querer fuera cosa de poderlo hacer sin que le salga a una de adrento...!

—Y el caso es que a mí me da miedo, añadió Pepón.

—Como que yo no me voy a atrever nunca a echarme novio, de temor a que sea condenalle a muerte.

—Pues eso faltaba, replicó Carlos; que una hermosura como tú se resignara a vestir imágenes, sólo porque un matón quiera amedrentarla...

—¡Es que es muy mal bicho mi sobrino! *El Tigre* le llaman y por algo será; que ese mote no se le pone a nadie que sea como Dios manda.

—Pues mira, yo no me las doy de guapo ni aquí ni en ninguna parte; pero como tu primo será cobarde, porque todos los malos lo son, en la fiesta de esta tarde te voy a acompañar para que él y todos vean que tienes quien te guarde las espaldas.

—Gracias por la buena voluntad, pero más vale dejarlo estar, dijo Pepón, sabiendo que son armas desiguales el valor y la traición.

Añadiendo: Y acaso con el tiempo (aunque lo dudo) se le pase este maldito amor con el que a tós nos martiriza.

—Por mi parte, dijo Juanica, ya he renunciao a salir a la fiesta de esta tarde, de miedo a que él tamién vaya, haga anguna burrá y acabe la fiesta como el rosario de la Aurora.

Así se llamaba el rosario que en Murcia se re-

zaba los sábados al despuntar el día, y era una devoción que terminaba siempre *a farolazos* y estacazo limpio, entre quienes los llevaban, para mayor lustre y propagación de la fe...

—¡Qué más quisiera él! replicó Carlos, ¡que por obedecerle en sus exigencias no te divirtieras tú como las demás muchachas! ¡nada de eso! Además que a estos bocaza como tu primo hay que demostrarles que no se les tiene miedo; si no cada día esclavizan más.

—Si no me importa quedarme hoy en casa... dijo prudentemente Juanica, pensando que Dios le perdonaría la mentirilla en gracia al buen deseo que se la inspiraba.

En esta porfía les sorprendió la llegada de Fuensanta y Marialcalmen regresando de la ermita.

CAPITULO XI

La alegría que madre e hija tuvieron al divisarse no es para contada y sólo la comprenderían justamente madres e hijas de la clase del pueblo, que es sin género de duda donde el sentimiento es más poderoso, donde el amor vibra con más pujanza y donde el corazón no es como sucede a menudo en las clases altas, una víscera que sólo sirve para vivir y no para sentir.

Sin darse ellas mismas cuenta se encontraron abrazadas con toda la fuerza que les prestaba su gran cariño, contenido tanto tiempo y sin poderle demostrar.

—¡Hija...!

—¡Maere...!

—¡Mi Maipaz aquí...! exclamaba gozosa la huertana. Y tú tamién, Bartolo, ¡qué alegría!

—Es que han venío pa convidarnos al bautizo.

Esto lo dijo Pepón con intensa emoción y al escucharlo Fuensanta y Maipaz volvieron a abrazarse. Y cuando pudo hablar, dijo la madre: ¡Bendito sea Dios, que con mi Maipaz nos manda la paz y el gozo de ser abuelos...!

Habiendo dejado pasar el entusiasmo de los primeros momentos replicó Carlos con una familiaridad que sólo en cariño podía traducirse: Bueno, Fuensanta, pero a mí también hay que saludarme...

—Válgame Dios, dijo apurada la buena huertana; dispénseme osté si en el primer pronto sólo tuve ojos pa ver a mi hija.

—Pero ahora hay que reparar también en los demás, contestó riendo el propio agraviado. Y además quiero que me diga cómo va esa salud, tía Fuensanta.

—Posi... malamente, niño Carlos, como de gente vieja. Pero ello no estorba pa que haya sío una güena sorpresa el verle aquí.

—Vaya, maere, no se queje de la salú, dijo sentenciosamente Juanica, que mientras uno se pueda quejar estando de pie...

La pobre Marialcalmen era de compadecer puesta como estaba en el potro del silencio, que es para los habladores uno de los que más aprietan.

Estaba rabiando porque la permitieran meter baza, y poder cambiar impresiones con Juanica. Así fué que en cuanto creyó ver un momento propicio se apresuró a contarle a su amiga:

—Ya dejamos lista la mesa; ¡y qué bonica estaba con el cuadrico de las Animas, las lucecicas y las flores! Por eso veníamos tu maere y yo a

buscarte, aunque toavía tardará en empezar la subasta.

Fuensanta que la oyó, preguntó a Carlos si las acompañaría al baile, donde él también podría divertirse mucho; a lo que él contestó que eso ni lo dudara siquiera, porque a él le encantaban las bonitas fiestas de la Huerta, en las que se divertía tanto como el primer huertano.

Animóse Marialcalmen a meter su cucharada en la conversación, y dijo dirigiéndose a Carlos: ¡Qué lástima que no viera osté los «Juegos» de anoche: ¡estuvieron más divertíos...!

—También lo siento yo, afirmó Carlos.

—Si pudiéramos hacer abora anguno de los de anoche pa que osté los viera... dijo Pepón lleno del mejor deseo.

—Pues mucho me alegraría.

—Mire osté, tío Pepón, añadió Bartolo apuntando a tres huertanos que pasaban a corta distancia de la barraca, por allí van el *Rapao* y el *Peroles* con su hermano que hicieron anoche un *Juego* muncho bonico; ¿les llamo?

—Anda, sí, diles que vengan, contestó presuroso Pepón.

Acercóse Bartolo al grupo de huertanos que se encaminaba hacia la ermita; y convenciéndoles de que todavía tardaría un buen rato en comenzar la fiesta, consiguió hacerles cambiar de rumbo llevándoles hacia Pepón. A quien pregun-

taron, cuando estuvieron junto á él, lo que se le ofrecía.

—A ver si queréis hacer un juego de los de anoche pa que lo vea el amo.

—No hay incomeniente, contestó uno de los tres, preguntando a su vez: ¿y cuál haremos, *Paquele?*

El designado con este remoquete escogió el del *Ceazo*, añadiendo amablemente que *él haría tamién de «manate»*.

Todos estuvieron conformes en la elección, poniéndose cada cual en movimiento: los unos para tomar parte en el *juego* y los otros para presenciarle.

Se apresuró Fuensanta a entrar en la barraca para disponer todo lo necesario; y allí la siguieron Bartolo y los tres huertanos, saliendo poco después con una sábana y un candil.

Entre Fuensanta, Pepón, las dos hijas y Marialcalmen encendieron y colgaron en la parra el candil, poniendo después la sábana sujeta con unas cañas entre dos naranjos; y a continuación se sentaron todos, puestos en hilera, sobre las sillitas huertanas de morera y asiento de esparto.

—Nosotros ya estamos preparaos, gritó Pepón, colocándose bien en su correspondiente silla; ¿y vosotros?

—Alguarde osté un momentiquio, tío Pepón, respondió una voz a todo pulmón desde dentro de la barraca.

Mientras tanto fué Juanica a preparar las *postizas,* volviendo con varios pares de castañuelas.

Apenas había terminado de dar unas a su hermana y otras a su amiga (reservándose para ella las más vistosas, por aquello de que quien reparte bien reparte, guardándose la mejor parte), cuando se oyó decir. Ya estamos listos: empezar cuando queráis.

Y sin hacérselo repetir comenzaron las tres jóvenes a repiquetear las castañuelas con un mismo ritmo y durante bastante rato, hasta que se presentó Bartolo con la cara pintada de negro, una toalla en la cabeza a modo de turbante y cubierto todo él con una sábana, de la manera más grotesca.

Llevaba en la mano una escoba; y pasando por debajo de la sábana se presentó ante el público de huertanos a quien saludó respetuosamente dando unos cuantos escobazos, diciendo a continuación: *Y va de Juego*; *lo que no se haga ahora se hará luego.*

Al escuchar la frase sacramental dejaron instantáneamente las mujeres de sonar las castañuelas y todos se pusieron a escuchar y ver con tal recogimiento y atención como si estuvieran en la iglesia, el *Juego*, que empezó de la siguiente manera:

CAPITULO XII

DICIENDO Bartolo:

> Ca cochino a su camino,
> ca alimal a su bancal.

Y en seguida se retiró discretamente detrás de la sábana, presentándose la tía Pepa que era una vieja muy *rabisca* y Juanazo su marido, que es un buenazo; los dos vestidos a cual más grotescamente.

El huertano que representaba la vieja llevaba en la mano un capazo y una *corvilla* (hoz).

Tía Pepa.—Escucha, Juanazo; cudia bien el gobierno de la casa, que yo me voy a segar una miaja de yerba pa los alimales.

Juanazo (con resignación).—Güeno.

Tía Pepa.—Y además ¡ojo! no tengas que prestar a naide el ceazo, la caldera y la burra.

Juanón.—Güeno.

Se marchó la vieja y entró un huertano.

Huertano.—*Compaere*, préstame el ceazo, por-

que la *comaere* va a cerner harina pa el amasijo.

Juanón (rascándose el cogote).—No pué ser; porque la tía Pepa ma dicho que no le preste.

Huertano.—¡No te da vergüenza de ser tan calzonazos! Lo que tiés que hacer es plantarte y mantenerte muy tieso; porque si no la mujer te pegará como a un zagal.

Juanón.—Güeno.

(Le da el cedazo, se va el huertano y vuelve la tía Pepa).

Tía Pepa.—¿Onde está el ceazo?

(Juanazo se planta en medio y pone muy tieso, de una manera muy grotesca; tía Pepa se enfurece y le da unos buenos metidos en la barriga, marchándose muy enfadada).

(Los huertanos que componían el público reían a carcajadas.)

Vuelve a entrar el compaere y dice: Vengo a que me prestes la caldera.

Juanazo.—¡Compare de mi arma! No pué ser: porque Pepa se ha olío lo del ceazo y ma dao tres metíos en la barriga.

Compaere.—Pero hombre, ¿no le dije a osté que se plantara?

Juanazo.—¡Pos una miaja que me plantao!

Compaere.—Osté lo que tié que hacer es enseñalle los dientes. Y deme osté la caldera que voy a la cieca y abora en seguía se la trayo. ¡Puñalá con la comaere!

(Juanazo da la caldera, se va el compaere y

vuelve la vieja que hace así como que busca alguna cosa).

Tía Pepa.—¿Onde está la caldera?

Juanazo (rascándose el cogote)—Le hizo falta al compaere y tuve que prestársela.

(La vieja se pone furiosa; y cuando ya va a pegarle, Juanazo abre la boca con mucha exageración y la enseña los dientes. Pero ella al verlo se sulfura más y después de pegarle y darle muchos empujones se va frenética.

(Lo que hizo reir al público estrepitosamente).

Vuelve el compaere y dice: Aquí trayo la caldera y abora man dao otra encomienda.

Juanazo (asustado).—¿Otra...? ¿acuala?

Compaere.—Pos la burra.

Juanazo (echándose las manos a la cabeza).—¡Maere mía, la burra! después de lo que abora ma pegao...

Compaere.—¿Pero osté la enseñó los dientes?

Juanazo.—¡Compaere... si me duelen las varillas de enseñárselos...!

Compaere.—¡Si no es eso! Si a la comaere lo que la hace farta es *freno,* muncho *freno.* Y no sea osté piazo de asno, aunque es malo señalar. ¡Puñalá si juera yo...!

Juanazo.—¡Pos miosté, no lo orviaré! Vaya osté al corral y llévese osté la burra.

(Se va el compaere y vuelve la vieja).

Tía Pepa.—Juanazo, saca la burra, que voy a Murcia a mercar zafrán y una vaniquia de hilo.

Juanazo.—La burra la tié el compaere.

(La vieja se enrabieta nuevamente y va a pegar a Juanazo, pero éste coge una vara de fresno y comienza a sacudir palos a la vieja, diciendo: Toma higos, Pepa, que se abusanan...!

Tía Pepa (llorando llama).—¡Compaere de mi arma...!

(Acude el compaere montado en la burra y dice:)

Compaere.—¿Qué trimulto es este?

Juanazo.—Pos como dicía osté que freno, abora la he dao con la *ahijáa*.

Tía Pepa (sigue llorando).—¡Compaere de mi arma...!

Compaere.—Miosté, comaere, no hay que dalle güertas al pandero. Lo que tenía que ser ha sío.

Tía Pepa.—Eso digo yo: que al que muncho se amaga...

(El compaere dirigiéndose a los huertanos de público:)

Compaere.—¡Caballeros! El probe de mi compaere se ha mantenío tieso... ¡y ná! Le ha enseñao de segunda los dientes... ¡y ná! Pero cuando la ha arrimao una unturiquia de freno, sa queao mi comaere como la mantequilla. Es decir:

que el marío sa enfadao
y el juego sa rematao.

Mientras el público reía a mandíbula batiente,

el *Manate* apagó el candil, y entonces los tres comiquillos figurando que aprovechaban la obscuridad pretendieron abrazar a Maipaz, Juanica y Marialcalmen que se defendían a grito pelado. Entonces el *Manate* volvió a encender el candil, y al ver que uno había abrazado a su novia y otro a su hermana se pelea furiosamente con ellos; y cuando uno de los cómicos saca la navaja para agredir al *Manate* éste presentó la escoba diciendo:

—Con que ostés disimulen... y aquí no ha pasao ná (1).

Apenas fué terminada de decir la frase de Bartolo cuando las tres jóvenes huertanas con la solemnidad con que hubieran podido hacerlo en el Corral de la Pacheca y a presencia del mismo soberano, empezaron a repicotear las castañuelas dando así por terminado el *Juego* y mientras los cuatro *manates* se fueron a desnudar dentro de la barraca.

—¿Qué? preguntó Pepón entusiasmado a Carlos; ¿le ha gustao a osté el *Juego?*

—Mucho. No vi representación que me haya divertido más.

Fuensanta encontró que ya era momento propicio para marcharse a la fiesta. Todos estuvieron conformes en que debían ya acercarse a la ermita menos Juanica, que estaba tan deseosa de

(1) **Este juego ha sido escrito por Frutos Baeza.**

divertirse como temerosa de que la diversión le costara después algún disgusto con Pepiquio.

—Yo, maere, prefiero quearme.

—Anda tonta, no seas cobarde, dijo Carlos.

—Es que no me vaya a dar ese condenao anguna esazón y enreemos la fiesta.

—¡Pero, nena, qué tiés ni que alcordarte de él siquiera! aconsejó Marialcalmen.

—Después de to, ¿qué ha de hacerte? dijo Maipaz.

—¡Claro! añadió Marialcalmen, no te comerá.

—Como que pa eso tengo yo muncha *molla,* contestó Juanica riendo y empezando ya a perder el miedo. Pero no sé qué hacer...

No la dieron más tiempo para pensarlo; porque su hermana la cogió de un brazo, su amiga del otro, y Carlos y Fuensanta sacaron mil razones para convencerla de que nada debía temer, y todos juntos se fueron a la fiesta que ya se iba divisando muy animada.

Sólo quedó Pepón fumando su correspondiente cigarrillo, y el perro, que en la Huerta es un sér que más que para guardar la hacienda (que allí no se lleva nadie) parece un miembro de la familia que cobra no por favor, sino de derecho, su parte de cariño.

CAPITULO XIII

No había dado tres chupadas al pitillo, cuando vió Pepón llegar a su hermana Dolores con su aire dulce de mujer buena en quien la resignación era ya una costumbre.

Llevaba en la mano un cestillo de esparto para que en él echara Pepón unas cuantas patatas que la sirvieran de cena.

—¿Y Fuensanta? preguntó Dolores a su hermano.

—Hace un ratico que marcharon tós allá pa la fiesta.

—Entonces lléname tú este capacico de papas que me hacen falta.

—¿Y por qué no te las ha sacao tu hijo?

—No tendría tiempo.

—O ganas de trabajar.

—¡Siempre has de ser severo con mi Pepiquio!

—No es severiá llamarle gandul... A fe que pa ir al ventorrillo ya habrá tenío más tiempo y mejor memoria que pa llevale la cena a su maere.

—Pero si los viejos no estamos llenos de in-

dulgencia pa las faltas de los mozos, ¿qué gracia nos encontrarán entonces?

—Es que tú llamas indulgencia a lo que debieras llamar con otro nombre; pero te has de morir de vieja disculpando siempre a ese mal hijo.

—Y tú tamién te morirás de viejo sin llegar a comprender que pa una maere por malo que sea su hijo, ¡siempre será su hijo!

—¿Pero no ves que tu amor por Pepiquio sólo ha servío siempre pa dalle a él más alas y hacerte a tí más desgraciá?...

Bien comprendía Dolores que no era sino muy cierto cuanto su hermano la decía, pero ya era tarde para remediarlo; porque cuando los hombres miran en su madre sólo a una mujer, es siempre para avasallarla.

Pensaba que si ella hubiera sido más severa con su hijo cuando era pequeñito, acaso no la hubiera hecho llorar después tantas lágrimas. Pero si su culpa era, ¡bien cara la pagaba!

Fué tan ansiado el hijo por la madre desdichada, después de llevar diez años de casada sin tener sucesión, y tan dichosa la hizo con nacer, que sólo supo quererle sin aprender nunca a reñirle.

Las consecuencias de su debilidad pronto empezó a palparlas; porque el hombre, ya se llame marido o hijo tiende siempre a abusar de la sumisión. Parece así como si la dulzura y la resignación en la mujer, en vez de desarmar al despotismo le aumentara los bríos.

Dolores era tan buena, que por disculpar a su hijo llegaba a culparse ella, pensando que si con su mala enseñanza le echó a perder, debía censurarse ella y sólo sentir compasión hacia él. Y a fuerza de ser santa se echaba la culpa de los pecados de su hijo sin mirar que si mucho hace la educación que se recibe, aún tiene más fuerza el alma que los hijos traigan: buena o atravesada.

Además pensaba que merecía una indulgencia especial el hijo que se había criado sin padre, y no tuvo buen ejemplo que copiar; sin detenerse a pensar en lo poco que había servido el que ella le había dado. Prefería creer que ella le había guiado mal, porque según decía a su hermano en algún rato raro de expansión, toda la leña del monte era igual y de ella unos sacaban carbón y otros hacían santos.

A Pepón le impresionaba mucho ver llorar a su hermana por las judiadas del *Tigre* que la quitaban la vida.

—Vaya, no te aflijas así (la decía para calmar su aflicción); ¡qué se le va a hacer! Angún día querrá Dios tocarle al corazón.

Pero ella no estaba muy segura de ver ese día, y lo único que veía muy claro era el cariño tan grande que tenía a Pepiquio, aunque fuera... aunque la llegara a pegar ¡era su hijo! el hijo que tanto le pidió a Dios, el hijo que la maltrataba, ¡pero era su hijo!; y con él la sucedía lo mismo que ella vió una vez en Cartagena; que cuantos

más golpes daban a un barco, más fuerte le iban dejando para sufrir otros...

El caso fué que Pepón la dijo aquella tarde con mucha lástima: ¡Pobretica! ¡ya tiés lo tuyo, ya...!

—¡Que si tengo!

—Y abora, al volver de servir al rey, ¿no se ha enmendao?

—¡Quiá! Del ventorrillo no sale, y sigue con ese genio de toro que no hay manera de amansarle. ¡Pero si tu Juanita quisiera...!

—¿Qué es lo que había de querer? Anda, dilo si tiés embuchao y no te andes por las ramas.

—Que si tu Juanica quisiera... ¡casarse con él!

—¡Para la burra, Dolores! Que bien está que pa tí lo primero sea tu Pepiquio, pero para mí lo primero es mi hija; y más la valiera ajogarse en la cieca!

—Es que casao con ella mi hijo sería otro.

—Y eso ¿quién lo sabe?

—Porque él está ciego por ella; eso no me lo negarás, y como Juanica es tan güena le llevaría por onde quisiera.

—Es que no es más güena que tú; y alcuérdate de la vida perra que te dió tu marío. ¡Y que Dios le haya perdonao!, pero no descansemos toa la familia hasta que él se murió.

—Es que como no tuvo nunca maere que le enseñara a querer y le diera calor pa que nacieran en su alma los sentimientos buenos...

—¡Por vía de...! El uno porque no tuvo maere, y el otro porque la tiene, y tú porque paeces el abogao de los malos pleitos...

—¡Ay Jesús! dijo con un suspiro del alma la infeliz Dolores. ¡Cuánto bien podría hacerme tu Juanica...!

—¿Pero le querrías tú comprar con lágrimas suyas?

—¡Eso no! contestó indignada la honrada mujer. Yo sólo querría que ella fuese dichosa con mi nene y cambiara mi vida amarga por otra pa tós de dulzura y de paz. Pero remediarme yo con la desgracia de mi sobrina, ¿cómo podría querer esa judiá?

—Entonces no pienses más en este matrimonio imposible.

—¿Y si él cambiara?

—Es que tendrían que cambiar los dos: él pa hacerse bueno y ella pa quererle...

No se atrevió Dolores a insistir más en aquel tema de tanta importancia para ella, limitándose ya a dar el capazo a su hermano para las papas, que Pepón se fué a buscar.

Quedóse mientras tanto Dolores sentada en el poyo y llorando con el alma: ¡que no sólo se llora con los ojos!

La pobre mujer entristecida y desesperanzada, miraba, aunque sin ver, hacia donde seguía pasando gente para la fiesta.

De pronto vió su corazón ¡mucho antes que

sus ojos! al *Tigre* que también se encaminaba a la ermita; y llena de entusiasmo empezó a gritarle con todas las fuerzas de sus pulmones: Pepiquio... hijo... ¿vas a divertirte?

Pepiquio se hizo el sordo, y sin volver la cabeza hacia donde su madre le llamaba siguió su camino sin mirarla siquiera, y diciendo a media voz: ¡Ya está ahí la vieja pa meterse en to...!

A Dolores se le apretó el corazón viendo la crueldad, la ingratitud de aquel hijo tan adorado por ella. Y cuando volvió Pepón trayendo las patatas aún pudo ver cómo resbalaban por las mejillas de su hermana unas lágrimas que sangre de su alma debían ser!

Entregó Pepón su dádiva; tomó Dolores el capacito dando gracias por su contenido, y se dispuso a marchar.

—¿Pero te vas ya? preguntó Pepón.

—Sí.

—Quéate un rato, que ya se oye tocar la esquila pa dar principio a la rifa.

—Pos vete a verla tú, que yo tengo abora los ojos mal preparaos pa ver diversiones... dijo Dolores echando a andar hacia su barraca.

CAPITULO XIV

Efectivamente se oía desde donde estaba Pepón sonar impaciente una campanita, así como si estuviera presurosa de que comenzara la rifa.

Ya para entonces era grande la aglomeración de gente en la plazoleta delantera de la ermita; y la joven se apretujaba en derredor de la mesita, donde a la sazón lucían dos velas que el *Rabo-Alcalde* acababa de encender.

La animación era grande, pareciendo la concurrencia un enjambre de abejas desmandadas que en tropel y zumbando quisieran posesionarse de un romero. Que es lo que la mesa semejaba representar.

Un huertano (el revestido con la honrosa distinción de Hermano Mayor de la Cofradía), después de agitar largo rato la campanilla, como significativo preámbulo, empezó diciendo con mucha solemnidad:

—Ea, mozos, que la rifa va a empezar. Preparar tós los dineros pa luciros con las Animas benditas.

Alguien contestó que lo que estaban deseando

era dar los cuartos pa sacar a bailar las nenas. En vista de lo cual dió orden el Hermano Cofrade para que empezase la fiesta.

—¡Dos cuartos por bailar con Pepica! vociferó uno.

—¡Cuatro porque no baile con ella! gritó otro.

Hubo un momento de silencio, al cabo del cual cogió el Cofrade la bandeja de encima de la mesa y poniéndosela delante del último que había dado precio cobró las monedas indicadas, diciendo después: Siga la fiesta.

—Cuatro cuartos por bailar con la *Roja,* dijo un huertano.

—Seis ofrezco yo.

—Y yo ocho.

Dejó el Cofrade pasar un rato viendo si salía algún postor de más rumbo, y ante el silencio general preguntó: ¿Alguien da más...? ¿No...? Pos vengan los ocho cuartos. Apresurándose a recogerlos con el mismo ceremonial.

—Un real por bailar con Marialcalmen.

—Yo doy otro más por ella.

Y en vista del silencio de todos, dijo el Cofrade: ¡Vengan! mientras presentaba la bandeja.

De pronto salió de entre la gente Pepiquio, quien colocándose en primera fila dijo con su dura voz:

—Una peseta por bailar con Juanica.

—Un duro por bailar yo con ella, contestó sereno pero con cierto aire de desafío el niño Carlos.

Quedóse un momento el Cofrade sorprendido por la generosidad del señorito, acabando por decir: ¡Leñe! de estas apuestas caen pocas: las Animas se pondrán contentas.

El *Tigre* se marchó del sitio donde estaba, yendo a perderse entre la demás concurrencia; pero dirigió antes una mirada a Carlos que tuvo reflejos de sangre. Si con los ojos se pudiera matar, positivamente Carlos hubiera caído muerto.

Aún siguieron varias apuestas más: una de ellas muy reñida, porque había allí una huertana fresca y apetitosa llamada Fuensantica, que se la disputaron con empeño varios mozos.

—¿Qué...? ¿Se remataron las apuestas...? ¿No hay más bailaores...? Y en vista de que ninguno se dió por aludido, se dirigió el Cofrade al *Remendao* diciéndole que templara el guitarrico porque podía empezar el baile.

La indicación fué recibida con regocijo por todos los asistentes.

Hay varios bailes típicos murcianos que se dividen y varían según el instrumento que los toca.

Los hay lentos y lánguidos, como la malagueña murciana que es *muy señora* y parece interpretar en su dulce cadencia la dejadez propia de la raza, al bailar sin apenas alterarse, con acompañamiento de un monótono rasgueo de guitarra.

En cambio, las *parrandas* de apasionados y graciosos movimientos, de viva movilidad y bailadas al son de *postizas* (castañuelas) tienen algo

de virilidad, como la jota aragonesa y navarra.

Quizás sean las parrandas, bailadas por las suaves huertanas, el único recuerdo que quede de aquellas murcianas intrépidas llamadas *bastitanas,* heroínas cuando ocurrió el ardid de Teodomiro en Murcia, que era entonces la capital del reino de Teodomiro y se llamaba Tadmir.

Se adelantaron los mozos hacia sus respectivas parejas, pusiéronse ellas las castañuelas y juntos salieron todos a bailar colocándose en fila. Entonces el *Remendao* preguntó a los bailarines qué querían que tocara para empezar.

—¡Una malagueña! ¡Unas parrandas! ¡Un bolero! gritaron a coro varias voces de huertanos.

—¡Leñe! poneros a una, dijo medio amoscado el tocador.

—¡Tó se andará! añadió el Cofrade con intenciones pacifistas. Tó se andará porque pa tós los gustos ha de haber. Pero empiece el baile por lo que quiera el devoto que dió la limosna de un duro.

—¿Y si fuá falso? preguntó algún prudente.

—¡Atiende qué mala sombra! contestó otro menos desconfiado.

—Es que no sería ni el primero ni el último que se viera correr por la Huerta.

—Pos que lo mire antes bien uno que tenga buen ojo, pa si acaso que no nos la peguen.

Tomó Carlos un aire muy digno, y sin darse por enterado de aquel recelo tan poco halagador

para él, se acercó al Cofrade y sacando unos duros del bolsillo le dijo: Pues aquí hay otros tres: escoged el que más os guste.

—¡Recontra! exclamó un huertano viejo. Lo que me gustaría a mí más era haber podío hacer esa prueba en mi bolso...

—¡Bueno! agregó el Cofrade, cogeré uno a cierra ojos, pos me paece que tós ellos tienen cara de amigos.

—Como queráis, dijo Carlos guardándose las monedas sobrantes. Y ahora ¿pido yo o no pido el baile?

—¡Sí hombre, sí!

—Pues sea una malagueña.

—¡Como ésta! exclamó el *Remendao* empezando en el acto a tocarla.

Sonaron los acordes en el *guitarrico*, que algo tiene de la voz chillona destemplada y simpática de los niños. Empezaron las parejas a moverse con un aire señorial que casi podía competir con el de la pavana, y el público a contemplarlas con un interés como si se tratara de baile nuevo, cuando el *Tigre,* viendo a todos distraídos y cerciorándose bien de que nadie en él se fijaba, dijo contemplando un instante con odio la pareja que formaban Juanica y Carlos:

—Con que un señorito, ¿eh...? ¡Mejor!

Y sonó un tiro, cayendo al suelo Carlos mientras con la vida se le escapaban estas palabras: ¡Soy muerto...!

. . . .

CAPITULO XV

Pretendió el *Tigre* escabullirse entre la gente, pero el olfato experimentado de la guardia civil dió pronto con él llevándole a buen recaudo: mientras que a Juanica no sé si el susto o el sentimiento la hicieron caer a tierra perdido el conocimiento.

Se desbordó entonces entre toda aquella buena gente la indignación ante el matador, la piedad hacia la víctima y la compasión para Jnanica.

Se apresuraron los hombres a atender a Carlos, esperando que la herida no fuera mortal; pero el buen deseo y los cuidados fueron inútiles, porque el cariño no es capaz de resucitar a los muertos, que una vez que se han ido no vuelven.

Fuensanta, Maipaz y Marialcalmen prodigaban inútilmente a la inerte Juanica palabras llenas de cariño. Por fin después de mucho rato empezó a abrir los ojos; luego con trabajos se puso en pie, y al cabo pudo, sostenida por su madre y hermana, llegar hasta la barraca.

Al terminar de desnudarla amorosamente, entre las tres mujeres, y mientras la acostaban sobre el jergón de hoja de maíz, Fuensanta la preguntó ansiosa:

—¿Cómo te encuentras, hija?

—Mal.

—¿Pero qué sientes?

—Algo como si se me hubiera roto el alma.

. . . .

El susto tan grande que llevó Maipaz en la fiesta de las Animas adelantó su estado bendito; y cuando llegó a su casa y *por lo que pudiera ocurrir* encendió una vela de cera ante una estampa colgada representando a Santa Lutgarda; y a la mañana siguiente había en la Huerta una huertanica más.

Gran sorpresa causó entre la parentela y amistades de Maipaz, el sexo de la criatura recién nacida; pues según todas las conjeturas sobre las que no podía haber ni duda posible, la criatura tenía que haber sido niño.

Y estas conjeturas podrían llamarse tonterías por otras personas, no por mí, que no me atrevería a hacerlo teniendo entendido que con algunas de las creencias de las sencillas huertanas coincide también Hipócrates (que no nació en la Huerta) afirmándolas en sus famosos aforismos.

Lo que ya no creo que apadrine Hipócrates es la creencia huertana de que los niños nacidos en jueves y viernes Santo tienen *gracia* para curar enfermedades de personas y de animales, sobre todo la rabia, acercando al paciente alguna prenda de vestir de su uso particular. Los *saludadores* (que es como llaman a estos *privilegiados*),

tienen virtud además para sanar el *mal de ojo* y otros maleficios.

Maipaz festejó su nueva condición de madre tomando chocolate con bizcochos, que es el gran lujo y el mayor obsequio entre los huertanos. Y tres días después besaba a su niña, lo que quiere decir que había sido bautizada. Porque en la Huerta murciana consideran que mientras la Iglesia no purifica del pecado original están los criaturas *moras,* y por lo visto el beso no se destina a la gente moruna.

La ceremonia del bautizo fué solemne, como allí se usa.

Los padrinos dieron un convite, obsequiando además a la parida con unas hermosas gallinas, y siguiendo la costumbre que demuestra la importancia que se da al padrinazgo, aunque se tuteaban antes los padrinos, desde el bautizo empezaron a hablarse de usted; auxiliándose y consultándose en lo sucesivo en todos los asuntos de importancia o delicados.

Las relaciones de los padrinos con los ahijados tienen grande importancia en la Huerta, rodeando a los primeros de un prestigio extraordinario y dándoles tal categoría en sus afectos que les colocan enseguida de a los padres. El ahijado les besa la mano donde quiera que encuentre a los padrinos, callando siempre cuando ellos hablan: y en caso de enfermedad del niño, llaman los padres a los padrinos para que acudan a bendecir al

pequeño moribundo, teniendo tanta fe en esta bendición, que según el dicho popular *si es de muerte se despena, y si es de vida se mejora.* Si la enfermedad que padece el ahijado es alferecia (eclampsia) solicitan los padres la bendición de los padrinos para que ella libre al enfermito cuanto antes del sufrimiento.

Si el ahijado muere, los padrinos pagan el entierro: así como la madrina regala a la ahijada el primer traje largo. Uno y otra siguen respetuosos los consejos de los padrinos y en prueba de afecto les piden su consentimiento para el matrimonio.

Una costumbre original que se usa al salir del bautizo en algunos puntos de la Huerta, es hacer lo que llaman *prueba de resistencia del recién nacido;* y consiste en colocar al niño boca abajo sobre el suelo, de donde no le recogen hasta que rompe a llorar: deduciendo del tiempo que resiste sin protesta, el que soportaría sin ahogarse si cayera en alguna de las innumerables acequias que cruzan la Huerta.

Grande fué la alegría que hubo en la barraca de Pepón cuando ya podía contar entre los miembros de la familia un cristiano más. Pero la aminoró el estado de Juanica, quien haciendo un verdadero esfuerzo pudo llegar hasta donde bautizaban a su sobrinilla; pero el regreso la costó tanto, que apenas entró en la barraca necesitó acostarse.

En Fuensanta había mucha alegría proporcio-

nada por el nacimiento de su nieta, pero mucha pena también por el estado de Juanica, cuya salud iba siendo cada vez peor. Y aunque se asegura que la gente del campo es mucho más inteligente que la de la Huerta, en el secano y en el regadío es siempre sabia una madre cuando se trata de adivinar a una hija.

Juanica apenas hablaba, estaba siempre como ensimismada; parecía que aún no había reaccionado del susto que llevó la tarde fatal. Su hermosura había dado también un cambiazo, sin duda por lo unidos que marchan en cada individuo la parte moral y la física. Juanica seguía siendo una muchacha preciosa, pero le faltaba la alegría a sus ojos, y en la palidez de sus mejillas había algo del lirio tronchado.

Y el pueblo, tan gráfico para confirmar, empezaba a sustituir el nombre de pila llamándola *la Triste*.

Maipaz sacaba algunas veces de la tosca cunita huertana a la muñeca que allí vivía, puede decirse para llevársela a su hermana y con el encanto peculiar de los niños que la alegrara o distrajera un rato cuando menos.

Juanita recibía siempre con agrado la visita de la nena, que la llevaban muy envuelta en un mantón y que llegaba a los brazos de su tía saturada de oxígeno y perfumada con el aroma del azahar de que estaba impregnada la Huerta.

La nena estaba muy de acuerdo con el nom-

bre que la habían puesto, muy murciano, por ser el de la Virgen cuyo santuario está en el monte haciendo pareja al de la Fuensanta, esmeradamente atendido por unos entre seglares y frailes, vestidos pintorescamente como los campesinos andaluces. Quienes preparan comida a devotos que la solicitan, dándoles apetitoso arroz de Calasparra y unas *olivicas* para postre, viviendo ellos del cultivo de la tierra y de una modesta industria de escobas que bajan los sábados a vender a Murcia, al propio tiempo que recogen las limosnas que les ayudan a alimentarse durante la semana.

Y decíamos que la niña estaba de acuerdo con su nombre porque se llamaba Luz. Y luz parecía salir de su carita que respiraba salud, y un rayo de luz parecía llevar con su alegría al alma triste de Juanica, que estaba en tinieblas.

CAPITULO XVI

El tiempo, que en apariencia pasa de prisa para los que gozan y despacio para los que sufren, pero que en realidad camina con el mismo paso para todos, fué pasando en la Huerta como pasa siempre, dejando rastro en el cuerpo y en el alma de cada persona.

Fuensanta se había envejecido mucho; la nena de Maipaz tenía más de año y medio y estaba amagada de un disgusto: cual era de temer lo fuera la llegada de otra muñeca o muñeco con quien no tendría más remedio que repartir las caricias que hasta entonces cobraba ella sola.

La Triste cada vez sentía mayor cariño por su sobrina, que tenía el privilegio de hacerla sonreir alguna vez con sus gracias e ingenuidades. Aunque empezaba a tener una pena más, viendo que ya su debilidad era tanta que ni aun la permitía tomar en brazos a Lucecica.

Maipaz, aunque nada decía a sus padres, estaba temerosa por su hermana, porque el mal corría a pasos agigantados, inspirándola ya serios temores. Y deseosa de acompañar a Juanica el

mayor tiempo posible, y dar ánimos a Fuensanta, a la barraca de sus padres se encaminaba en cuanto sus quehaceres domésticos se lo permitían.

Siempre que podía Bartolo acompañaba a Maipaz en la visita, tanto por el placer que siempre le causaba ir con su mujer cuanto por el cariño y compasión que le inspiraba Juanica. Y así una tarde de Septiembre de las clásicas murcianas en que cada persona se cree un San Lorenzo, no por la santidad, sino por hallarse metido entre fuego, esperó el matrimonio un rato después de comer para que el sol achicharrante amainara un poco, y juntos, en amor y compaña, se fueron Maipaz y Bartolo a ver a *la Triste*.

Un momento antes de llegar a la barraca vieron junto a un cañal próximo a la vivienda y atada a una higuera, la burra del *curandero*.

Cañaveral e higuera no merecieron la atención del matrimonio, si acaso más bien les hubiera inspirado desprecio; puesto que en la Huerta no se ama a la caña, considerándola planta castigada por Dios a no tener flor, por haber servido de instrumento de escarnio para Jesucristo, así como se cree maldita a la higuera, privada de lucir flores y obligada al doble trabajo de dar cada estación dos frutos, desde que en una de ellas se ahorcó Judas. Siendo esta también la razón que dan los sencillos huertanos para explicar que sea tan grave la caída desde la higuera, a menudo

mortal, no sólo para los zagales sino hasta para los hombres.

Pero Maipaz y Bartolo se fijaron con interés en la burra, comprendiendo que *el hombre de la ciencia* estaba visitando a Juanica.

—¡Atiende, Bartolo!, dijo Maipaz con cierta emoción; el *curandero* debe estar adrento; y vale más que nosotros le alguardemos aquí fuera, pa que nos diga a solas cómo encuentra a mi hermanica. Y eso que me tiemblan las carnes en pensar que pudiera darnos una mala noticia.

Complaciente, como siempre, Bartolo con el deseo de Maipaz, sentáronse los dos a esperar, utilizando la sombra de un limonero.

Maipaz estaba muy preocupada, porque la noche anterior le dió a un abejorro por zumbar junto a su oreja izquierda, y ese signo de mal agüero la daba mucho en qué pensar.

—¡Mujer, anguna vez tamién se equivocarán los abejorros!, decía Bartolo con poca convicción, pero tratando de encontrar una frase tranquilizadora.

—¿Equivocarse ellos?.... ¡quiá!, contestaba Maipaz como hubiera podido rebatir con un ateo la existencia de Dios.

Al fin dió el *curandero* su visita a *la Triste* por terminada: abandonó la barraca donde aún se guarecía la familia de los ardores del sol, y al ir a buscar su animalillo, se adelantó el matrimonio a saludarle.

—¡Qué!, tío Paquele, ¿cómo está hoy *la Triste?*

—¡Por lo mediano! Es una lucecica que se nos va queando sin aceite.

—¡Pobretica!, dijo Maipaz llenos de lágrimas los ojos. ¿Y no habrá remedio pa ella?

—Si le hay quisiera yo encontrarle, pero no doy con él.

—Pero como es tan joven... añadió esperanzado Bartolo.

—Lo único que sabemos es que el viejo no pué vivir, pero el joven sí pué morir.

—El susto de aquella tarde cuando mataron al señorito pa mí que no le ha echao entoavía del cuerpo, exclamó Bartolo.

—¡Y pa mí que con él se va a la hoya!, afirmó el *curandero*.

—¿Y es *aliacán* el mal que tiene?

—¡Quiá! Es que está ética.

—¡Pobre Juanica, tan hermosa!, suspiró Maipaz sin poder contener ya el llanto.

Y el curandero, que era un viejo en quien la vida no había conseguido secar el corazón, añadió con una compasión muy grande:

—Muncho me temo que sea una flor que caiga tronchá, cuando caigan tamién las hojas secas.

—¡Qué dolor tan grande!...

Montó en la burra el tío Paquele, y mientras se acomodaba bien sobre la montura (que era más mora que cristiana), preguntó con afecto al ma-

trimonio: Y a vuestra zagaliquia ¿se le pasó ya el entripao?

—Y ansiosa está ya de coger otro.

Despidióse el buen tío Paquele y echó a andar, dejando al matrimonio entristecido.

—¡Mira que me da una lástima de mi hermanica!... dijo Maipaz apenas se quedaron solos.

—Y a mí tamién.

—¡Válgame Dios y qué malos son los hombres!

—Nena, no nos ajuntes a tos, que tos no semos iguales.

—¡Maldito *Tigre!* El y toa su casta.

—La casta de su paere; porque la tía Dolores es una santa que ha de entrar en el cielo hasta con los alpargates puestos.

—¡Mira que con lo que cuesta echar un hijo al mundo y que luego salga... un *Tigre!*

—Eso pasa pocas veces.

—Sí, pero a la infeliz maere que le toca la china...

Dieron tregua a sus lamentaciones para entrar en la barraca, pero al pretender hacerlo justamente salían a disfrutar del aire libre Fuensanta y la pobre Juanica, que a cada momento tosía con una tosecita seca muy sospechosa, que mucho tenía de ave de mal agüero.

CAPITULO XVII

PERO aquí estáis vosotros?, dijo con débil voz y acento cariñoso *la Triste* al ver a sus hermanos.

—Abora llegábamos...

—¿Y la nena?, preguntó con interés Juanica.

—Dando más quehacer que un barrabás, contestó Bartolo; añadiendo: porque es más mala la condenáa... y tiene más fuerzas que un *cherro*.

—Pos ello así tien que ser, sentenció la abuela: o dando guerra o enferma; y vale muncho más que dé guerra, como lo hace.

—Pero está más rica... añadió Juanica. ¡Como que Dios con ser Dios no pudo hacer na más bonico que los niños y las flores!...

—Y tú, nena, ¿cómo te alcuentras hoy?, preguntó Maipaz.

—Abora bien; anoche creí ajogarme, pero ya pasó. ¡Si no fuera por esta tosecica y esta flojedá!...

—Ya se te quitará, hija, exclamó Fuensanta. Y ya oiste lo que dijo el *curandero,* que es tan entendío; que debes salir a pasear por la Huerta,

porque como es tan hermosa te dará alegría que es lo que tú más nesecitas.

Apresuróse Maipaz a decir a su hermana que si quería pasear, ella podría acompañarla, puesto que había ido a pasar un rato largo con ella, y tanto le daba estar andando como sentada.

—Como querer, querer... pocas ganas tengo de menearme, respondió la dulce Juanica, que se encontraba ya en un estado de gran debilidad.

—¡Pero hazlo, nena, ya que es en provecho tuyo!, dijo suplicante Fuensanta.

—Bueno, maere, por darla a osté gusto lo haré.

Cogióse Juanica, en un alarde de complacencia, al brazo de Maipaz, y juntas emprendieron su paseo; no sin que antes las dijera Bartolo: Andar las dos; yo os acompañaré hasta el cruce del adarve, y luego me iré pa casa no sea que Lucecica le dé demasiá guerra a la vieja.

Cuando echaban los tres juntos a andar, Fuensanta retuvo a Bartolo un momento para decirle que aquella tardecita tendrían *desperfollo*.

¡Claro que sin baile! porque a ella la parecía que en su barraca, como Dios no lo remediara, se habían ya acabado todas las diversiones.

El buen Bartolo, con esa delicadeza que no es urbanidad porque no es hija de la buena educación, sino del corazón sensible, procuró encontrar palabras de aliento con que levantar el ánimo de aquella pobre madre contristada y temerosa. ¡Pero

no es fácil tarea, ni creo que haçedera siquiera, el engañar al corazón de una madre!

Fuensanta propuso a su yerno que si podía fuera luego a ayudarles a *desperfollar,* y Bartolo, encantado de poder ser útil a su suegra, la prometió acudir *en cuanto que oyera en la catredal el toque de Animas*. Y sin detenerse más, echó a correr (como corren los huertanos que no llegan a la velocidad del auto) para reunirse con su mujer y su cuñada.

Mientras tanto quedó Fuensanta siguiendo con la vista la silueta de la *Triste* que caminaba trabajosamente, y diciéndose bajito:

¡Lo que puen las penas y los males, Señor...! ¡Pobre hija de mi alma! Te miro andar y no conozco en tí a mi Juanica, aquella mocica que hace dos años era tan viva, tan alegre, tan guapa... y abora paece una viejecica con más trazas de caminar hacia la hoya que hacia la vida...

Lágrimas desconsoladas caían desde sus ojos al suelo como implorando a la tierra para que no reclamase a aquel pedazo de su alma, el más grande de todos, como lo es siempre para las madres el hijo enfermo.

¡Virgen de la Fuensanta!, sólo tú eres capaz de volver la alegría a esta barraca huertana, donde paece que ya no alumbra el sol desde que nos hicieron mal de ojo y perdió la salú mi Juanica, la *Triste* como desde entonces la llaman... ¡y bien que la triste...!

Interrumpió a Fuensanta en sus dolorosas reflexiones la llegada de un huertano, quien después de saludarla con el clásico: ¡A la paz de Dios!, preguntó por el tío Pepón a quien necesitaba hablar.

Este se encontraba en el huerto cogiendo unos tomatiquios y unos pimentiquios, pero no tardó en acudir al llamamiento de su mujer, entrándose ella después en la barraca y dejando a su marido con el recién llegado. Que no era un huertano cualquiera sin importancia, sino un personaje: ¡nada menos que el *rabo-alcalde!*

Acercóse con misterio el *Rabo* a Pepón, diciéndole a media voz:

—Tengo que hablarle, tío Pepón.

—Pos aquí me tienes.

—¿Nos oirá anguno?

—Ni lo pienses; porque Fuensanta estará ocupá en sus menesteres.

—¿Y Juanica?

—Ha salío un poco a refrescarse, porque este *veranillo de los membrillos* arriprieta que... ¡vaya osté con Dios!

—¿Y cómo está la pobretica?

—Muy malica, Colás: Anoche pensemos que se nos remataba, y hubo que dalle... ¡chocolate!

—¿Chocolate dice Vd.? repitió consternado el *Rabo* (porque el chocolate en la Huerta suele preceder a la Unción). ¡Entonces mal anduvo la cosa!

—En fin, Dios que aprieta... ¡bueno, como aprietar aprieta muncho! nos la sacó con bien sin ajogarnos.

—Más vale así; porque tós en este partío deseamos la salú de la *Triste*... ¡vaya! como si fuera propiamente la nuestra. Que una nena tan joven y tan bonica como ella no es pa la tierra...

—En fin, a lo mío. Tengo que dalle a osté una mala noticia. Y es, que esta mañana, como jueves, me fuí al mercao de Murcia; y luego que vendí las hortalizas que llevaba y compré unas consiquias que m' hacían falta, me entré en el Ayuntamiento; porque los que semos *rabos-alcaldes* siempre tenemos que hacer allí algún mandao del perráneo o por cuenta propia. Además hoy necesitaba ir, tocante a que me toca este mes ser *hombre bueno* en el tribunal de riegos. Y ¿a que no sabe osté lo que me contaron en el Ayuntamiento?

—No, pero ya me lo dirás tú.

—Pos que el *Tigre,* que fué condenao a tres años de presidio, no sé por qué razón le han rebajao uno. Y hay que vivir preveníos, porque de un momento al otro pué osté ver llegar a su sobrino.

—Pos Dios quiera que salga del penal arrepentío y corregío; que harto sufrimiento nos tié dao a tós con su último estropicio y a mi hermana Dolores desde que nació.

—Vaya, osté está en la higuera; porque hace falta estar en Belén bailando con los pastores, pa creer que venga enmendao. Porque se echa a los

presidios a los criminales pa quitalles de enmedio y pa que siquiera en unos años no hagan más daño ¿pero enmendarse?... ¡ya, ya! Como que el que va al penal malo, vuelve peor; y hasta creo que si anguno entra allí sano... sale podrío pa siempre.

—Entonces, cuando venga, trataré de hablalle al alma; y eso que no estoy muy seguro de que la tenga.

Echóse a reir socarronamente el *Rabo,* mientras contestaba al tío Pepón: ¡Quié osté callarse y no decir asnás!... Ná de meterse con el alma, sino guardar el cuerpo. Mire, yo aprendí en la guerra que al enemigo no se debe atacar de frente, ni cuando se halle aprevenío. Nosotros hemos de precurar sacalle angunas ventajas al *Tigre*: y así debemos ir con sigilo y llevando muy pensao el ataque o la defensa.

Yo, por de pronto, cuando pidieron desde Murcia al tío *Zancajo* (que era entonces el perráneo) que informara sobre la conduta del *Tigre* le encargué muncho que no dijera la verdá, porque eso era comprometernos. Y le pusimos al Juez:

«Considerando la conduta en buena, mediana o mala, el *Tigre* es hombre de una conduta especial; y su Señoría podrá ponerla en la clase que corresponda...»

—¡Atiende! contestó atónito el buen tío Pepón con la marrullería del *rabo.* ¡Pero eso no era icir ná entre dos platos!

—¡Y de eso se trataba! Porque si explicamos

por lo claro la conduta del *Tigre* ya podíamos empezar abora a ponernos bien con Dios...

—Lo que yo haré por de pronto será decírselo en secreto a mi hermana Dolores que viene tós los atardeceres a consolarse con nosotros por aquello de que un clavo saca otro clavo.

—Eso allá osté; yo lo que quería era tenerle avisao.

—¡Gracias por haberme avertío!, y lo que es si no viene a buenas he de hacerle cantar el creo y la letanía. Te lo juro por mi alma de buen español que hasta en el colorao del pimentón y en el amarillo de la seda tiene los colores de su bandera.

CAPÍTULO XVIII

Hacia un momento que el *Rabo* se había marchado dejando al tío Pepón muy agradecido por el aviso, cuando llegaron Maipaz y Juanica.

La pobre enferma estaba agotada de cansancio, dejando ver la fatiga que el paseo había causado en su naturaleza extenuada.

—¿Pero ya volvéis tan prontico?, preguntó Pepón.

—Es que Juanica se cansaba muncho, contestó Maipaz.

—Y además que no sé lo que me pasa hoy, que tengo como miedo, añadió la *Triste*.

—¡Miedo! ¿y a qué?

—No sé; miedo no más.

Fuensanta se acercó al enterarse que las *nenas* habían vuelto; apresurándose a sacar una mecedora de lona que Pepón había comprado en el mercado de Murcia, para que Juanica se recostara en ella más cómodamente, donde colocó a la enferma lo mejor que pudo, mientras la preguntaba cómo se encontraba y la razón de haber dado el paseo tan corto.

Maipaz, disimulando la verdad, contestó que Juanica no tenía ganas de andar, sin duda por el mucho calor que hacía.

—Pero estuvimos sentás junto a unos cañares (dijo Juanica abanicándose indolentemente con una hoja de plátano) viendo correr el agua del brazal tan dulcemente que su ruidico paecía una caricia de maere, que deben ser las más suaves de toas...

Fuensanta propuso a Juanica tomar un vaso de leche, cosa que no la apetecía; pero siempre bondadosa, accedió al deseo de la madre; razón por la cual se fué el matrimonio: Pepón a traer la cabra y su mujer a ordeñarla.

—¡Qué calor!... ¡hasta el pelo hace sudar! dijo Juanica echándose hacia atrás unos rizos rebeldes que se acercaban demasiado a sus ojos.

—Pos el tuyo ya poca guerra ha de darte, contestó Maipaz.

—Sí, puesto que he ofrecido mandarle mi trenza a la Virgen de la Fuensanta el día de su fiesta.

—O llevársela tú, si ya estás buena.

—Eso ya no hay que esperarlo.

—¡Qué ganas tengo de oirte reir y de verte contenta!

—¿Contenta? Eso ya es difícil.

—¡Quiá! En cuanto te pongas buena, ya verás si vuelves a ser lo que fuiste.

—¡Lo que se va no vuelve, Maipaz!

Lo que tú nesecitas es echarte un novio, y

que después ese novio te salga un marío tan bueno como mi Bartolo, y luego que te nazcan unos zagaliquios como mi Luz pa que to el día te estén dando cuándo quehacer, cuándo gusto. Que esa es la melecina que tú nesecitas y no ninguna droga que venga de la botica.

—Bueno, pos se lo diré al *curandero* pa que no tenga que recetarme.

—O si acaso que te haga una operación.

—¿Acuala?

—Arrancarte la memoria, que es lo que a tí te sobra.

—Sí, es verdá; la memoria... y además el corazón.

La frase debió ser de mucho peso, porque el pronunciarla pareció que había rendido a Juanica, quien cerró los ojos no sé si para ver mejor.

Maipaz, que la observaba en todo momento, al ver el gesto de desfallecimiento, se alarmó mucho, preguntándola ansiosa:

—¿Es que te sientes peor, nena?

—No, respondió sin abrir los ojos; ¡lo que tengo es el cuerpo cansao de andar y el alma de sufrir!...

En aquel momento llegó Dolores, que más parecía una momia que un sér viviente.

El crimen del hijo adorado había anonadado su alma honrada, y el castigo impuesto había sido mil veces más cruel para ella que para el culpable.

No arrastraba la vergüenza de tener un hijo en presidio, porque en el pueblo hay más corazón que en las clases altas, donde se entiende más de despreciar que de compadecer.

En la Huerta, por el contrario, podía más la compasión que la indignación; y la tía Dolores, que siempre fué respetada de todos por buena, entonces era mirada con mayor simpatía por su desgracia.

Pero si no tenía que soportar el bochorno ante aquellas gentes que no serían adelantadas, pero eran lo que vale más ¡caritativas!, tenía harto peso que llevar con la cruz de su dolor.

Al saludo cariñoso de Dolores, que saludaba *a la nena y compaña,* contestó Maipaz con palabras de afecto, y Juanica, abriendo los ojos, dijo:

—¿Es osté, tía Dolores?

—¡Yo mesma! Y te trayo este pomo de jasmines pa que a la noche te le prendas en el moño, y de acostá no te den guerra los mosquitos.

Maipaz encontró que mientras la noche llegaba debía tenerlos puestos *pa que la adornaran y embalsamaran,* prendiéndole unos en la cabeza, y los otros sobre el corpiño, a la terminación del descote; mientras Juanica se dejaba adornar sin protesta y sin gusto; con la indiferencia que miraba cuanto se relacionaba con su persona.

¡Pero qué bien armonizaban aquellas florecillas por su hermosura suave, su aroma exquisito

y su blancura mate, con la belleza de Juanica, el perfume de su alma y la palidez de sus mejillas!...

A la pregunta de Dolores, deseando saber dónde estaba Fuensanta, entró Maipaz en la barraca a llamar a su madre, quien tardó poco en salir donde su cuñada, a quien quería con mucho cariño y mucha lástima.

Fuensanta dijo que estaba arreglando *la leja,* poniendo paños limpios en el tinajero y adornando el vasar con naranjas y limones, para luego cuando tuvieran el *desperfollo.* Añadiendo que flores no quería poner ni *aldbega,* hasta que su Juanica tuviera salud y fuera la misma nena quien las arreglase... ¡como las arreglaba antes!

Dolores se ofreció con mucho agrado a ayudarla en su faena, y las dos juntas se entraron en la barraca para hacer los preparativos que requería la importancia de esa planta aclimatada en España después del descubrimiento de las Américas, y que se llama maíz en muchas partes, y en Murcia *panizo.*

Cuando se quedaron las dos hermanas solas, dijo Maipaz a Juanica que cuando estaba con ella nunca tenía ganas de irse, pero que ya no tenía más remedio que marcharse; aunque la daba mucha pena tenerla que dejar y más estando solica.

—Tamién siento yo muncho que te vaigas, pero por lo de solica no te apenes, que yô me queo

conmigo, con mis recuerdos y con mi tristeza.

—¿Si? Pos vaya una compaña divertía que te piensas echar...

—No te digo que sea divertía, sino que es compaña.

—¡Pos mejor estabas sola!

—Es que cuando una está alegre, le paece que la gente le alegra más; ¡pero cuando una está triste... pué qu' a solas con su tristeza, se halle más a gusto!

—Enfado me da oirte angunas cosas. Porque paece que te complaces en estar triste, y eso es ofender a Dios, dijo medio incomodada Maipaz.

—A Dios se le ofende con maldades, pero no con tristezas. Además, si fuera verdá que El quisiera que yo estuviera alegre, ¡no m' habría mandao penas!...

Interrumpió la conversación de las dos hermanas, el ruido de una *galera* que se acercaba, parándose a poca distancia de ellas. Del coche bajó una señora, que con paso lento se les reunió, haciendo su llegada exclamar a Juanica: ¡Doña Carmen!...

CAPITULO XIX

EFECTIVAMENTE, ella era; pero tan desconocida, que casi había que adivinarla.

El desastroso fin de su hijo había podido soportarle, porque es mucha verdad, que de pena no se muere nadie: y ella tuvo, además, para mitigarla, sus profundas ideas religiosas, que no la quitaron el sufrimiento, pero sí la dieron resignación.

¡Pobres de las gentes que padecen y no creen ni esperan!... ¿A dónde volverán los ojos llorosos, si no miran a Dios?

Doña Carmen, lo mismo que Dolores, tenía esa profunda resignación que hace de muchas mujeres desgraciadas, otras tantas heroínas.

Cuando supo la muerte de aquel hijo tan bueno y tan querido, creyó a su vez morir de dolor. Y tal fué su deseo en los primeros momentos. Pero enseguida se acordó de que también era madre de su hija, y tuvo el valor de desear vivir. Porque digan lo que quieran los hombres, todo el que se quita la vida es un cobarde. Por eso se matan tantos hombres y tan pocas mujeres, quienes más más valerosas se atreven siempre a seguir sufriendo...

Doña Carmen hacía un culto de la memoria de su hijo; y cada mañana en la Iglesia le dedicaba sus plegarias, lo mismo que cada tarde llevaba flores al campo santo, que ella misma esparcía sobre la losa despiadada que la separaba de Carlos.

De vuelta de su fúnebre paseo solía entrar un momento en la iglesia de San Bartolomé, donde reponía sus fuerzas para seguir sufriendo sin sucumbir al dolor, contemplando la Virgen de las Angustias, una de las maravillas de Salzillo; efigie de verdadera inspiración celestial en la que se aprende a sufrir. Porque en ella parece verse no sólo la sublimidad de la Virgen, Madre de Dios, sino el dolor humano ¡nuestro!, de la madre mortal que sabe entregar su hijo al Señor, y al través de las lágrimas seguir mirando siempre al cielo...

Algunas veces iba también a la Catedral, recordando que de las primeras cosas que hacía siempre Carlos cuando volvía a Murcia de vacaciones, era visitarla.

Como él, se complacía en contemplar la preciosa portada tan original que a ninguna otra se parece: luego se detenía ante la cadena labrada en piedra, menos dura que el corazón de quien condenó a arrancarle los ojos al artífice moro para que no pudiera ejecutar su primor en ninguna otra parte; después miraba con cariño la torre tan bonita, recortando las líneas de su esbelta silueta sobre el fondo azul del cielo murciano y el campanario donde en la mejor armonía viven dos

campanas populares: *la Nona* que tocaba *la queda* y la grande *Agueda,* cuyo mazo de más de una arroba de hierro, hace que las vibraciones se oigan en una extensión de cuatro kilómetros.

Lo que no tenía Doña Carmen el valor de hacer como hacía su hijo lleno de entusiasmo, era subir a la torre, desde donde se domina un paisaje admirable, pues se descubren los treinta y tres partidos en que se hallan repartidas las 96.119 tahullas que mide la extensión de esa vega feraz, jardín que los árabes crearon en el valle inculto del río Táder, construyendo la famosa presa de la Contraparada, donde arrancan las acequias mayores de Aljufiá y de Barreras, que son las dos principales arterias de la deliciosa Huerta.

Desde la altura de la torre se ve blanquear entre el verde follaje de las moreras y naranjos principalmente, algunas torres de pueblos que fundaron los mismos que abrieron las acequias y plantaron las palmeras, tales como Alcantarilla, Alberca, Aljucer y otros cuyos nombres, así como los de Algezares, Beniaján, Beniel y los de las acequias de Alguazas, Alfande, Benicotó, Beniazor, Zaraiche, Almohajar y muchos más, todos recuerdan su origen árabe.

¡Hermoso valle cercado de montañas, surcado por más de cien canales que se alimentan de las aguas del Segura, todos ellos más o menos cubiertos y escondidos entre cañares frondosos que brotan de sus márgenes y protegen sus orillas

contra los rayos del sol abrasador, que hace de aquella comarca una de las más privilegiadas para el adelantamiento de todos los frutos de la tierra!

En cambio dentro de la Catedral su amor filial aumentaba su amor divino, haciéndola adorar con singular devoción a la Virgen de las Lágrimas, y sobre todo a la de la Tribulación, que siempre tiene postrada a sus plantas alguna desgraciada que busca remedio a sus penas o pide siquiera el consuelo de ellas.

Y recordando al hijo querido detenía también sus ojos sobre la bonita imagen de la Leche, a quien ella encomendara la crianza del niño desde antes de nacer, con tanta fe como muestran las sencillas huertanas, arrancando un poco de yeso del muro donde está empotrada la imagen, que deslíen en agua y beben, creyendo firmemente que por la poción tomada con fe durante *su estado bendito* podrán criar bien *a lo que nazca.*

Y en la capilla del Trascoro, donde existía en 1627 una imagen llamada de las Fiebres, que hay quien cree es la actual Fuensanta.

Y sobre el altar de la Virgen de la Claustra, en cuyo retablo se hicieron retratar los Reyes Católicos cuando en 1488 visitaron Murcia en la fiesta del Corpus.

Y en el que está junto al mayor, donde en una arqueta de plata se conservan las entrañas de

Don Alfonso el Sabio, quien como prenda de amor a Murcia, la dejó al morir el corazón con que tanto la había amado.

Cuando ya había pasado un año del desastre, sintió vivos deseos de conocer el sitio donde ocurrió la tragedia; y una vez en él la atrajo con la fuerza que a veces los abismos, el afán de ver a Juanica, y la dolorosa curiosidad de aprender detalles relacionados con el desventurado suceso.

Pero D.ª Carmen pertenecía a ese corto número de personas tan dominadas por la bondad, que se olvidan de ellas mismas para sólo pensar en los demás; y así fué que cuando se encontró al lado de Juanica, no preguntó nada de lo que ansiaba saber, concretándose a compadecer a aquella pobre niña, que sufría por partida doble, en el alma y en el cuerpo.

Después se fué acostumbrando a visitarla, llegando a encontrar en la compañía de la *Triste* un doloroso consuelo. Y para buscarle iba algunas veces a pasar un rato con la pobre enferma.

En cuanto Juanica divisó aquella tarde al ama, a quien quería con un cariño entrañable y en cuyo trato se complacía mucho, quiso levantarse de la mecedora; pero antes de lograrlo, D.ª Carmen, bondadosa en todo momento, la prohibió hasta intentarlo; sentándose ella en una silla huertana que Maipaz le acercó.

Aprovechó ésta la oportunidad de dejar a

su hermana bien acompañada; y viendo que la tarde iba ya de capa caída, se despidió de D.ª Carmen, diciendo a Juanica:

—A ver si mañana empaqueto la zagalica en el albardín y te la trae la burra pa que te alegre.

—Muncho gozo me darías.

Y añadiendo: ¡Ea! quead con Dios, Doña Carmen. Y escuchando de la señora: ¡Vete con El!, Maipaz emprendió su caminata.

Cuando Doña Carmen y Juanica quedaron solas, dijo esta última:

—¡Qué buena es osté conmigo, Doña Carmen, viniendo a verme!

—Quererte mucho no es ser buena, contestó Doña Carmen mientras colocaba sobre el poyo un paquete de bollos que llevaba para Juanica, sabiendo que *las monas* la gustaban mucho, y sentándose junto a la *Triste* colocó sobre su regazo un manojo de flores que también la destinaba.

—Vamos a ver (empezó diciendo a Juanica) ¿cómo te encuentras?

—¡Mal! A mi maere la respondo siempre que bien pa no apenar más a los pobres viejos, pero a osté no la quiero engañar, ¡siento por días que la vida se me va!

—A tus años ¿quién piensa en eso?

—¡No, si no me importa! porque dejar la vida es angustioso pa los malos, y triste pa los dichosos. Por eso a mí no puede asustarme ni entristecerme el morir.

—¡Vaya! no quiero oirte hablar así... Y para distraerla de aquellos pensamientos tristes la dijo cariñosamente dándola el paquete de bollos y el ramo: Mira, aquí te traigo unas *monas* porque sé que te gustan, y estas flores porque sé que te alegran.

—¡Cuánto la tengo que agradecer que siempre se alcuerde de mí y con tanto cariño!, contestó la *Triste* tomando los obsequios.

—Si es verdad que te quiero mucho, porque hay un lazo de gran fuerza que nos une... ¡las dos sufrimos por la misma causa!

—Por eso cuando yo veo a osté tan bondadosa conmigo no sé cómo quisiera poderla demostrar mi gratitú. ¡Y cuando además la miro tan... ¡triste! quisiera echarme a sus pies pa pedirla perdón.

—Perdón ¿y de qué? pobre víctima inocente. Harto caro has pagado tú culpas ajenas.

—Que fueran propias o ajenas, poco importa.

—Y tú ¿qué puedes reprocharte?

—Como reprocharme... ¡na, es verdá! pero sentir con un desconsuelo siempre vivo lo pasao...

—Oye, Juanica, dijo titubeando D.ª Carmen: nunca hasta hoy me he atrevido a hacerte esta pregunta... ¿tú y mi pobre hijo érais novios, o por lo menos él te cortejaba?

—No, señora. Ya sabe osté que munchas veces los señoritos gustan de divertirse embromando a las huertanas; pero entre los señoritos lo mismo que entre los huertanos hay de tó. Y el niño Car-

los fué siempre pa mí bueno y respetuoso. Me quería, sí, porque desde chiquitico sabe osté que venía a divertirse aquí, y jugábamos juntos; por eso los dos nos teníamos estimación y cariño: ¡na más!

—¿Pero nunca te habló de amor mi desgraciado Carlos?

—Nunca.

—Y tú... ¿tampoco le quisiste a él?

—De vivo no; de muerto sí.

—No te comprendo.

—Es que yo no sé qué pasó dentro de mí aquella tarde cuando le vi muerto a mis pies. Ello fué que empecé desde aquel mismo momento a quererle como nunca le había querío. Y no crea que era sólo por lástima, ni por compasión hacia aquella desgracia tan grande, ni coraje por aquella injusticia, mayor entoavía, ¡no! Era un sentimiento nuevo pa mí, y que yo nunca había conocío; ¡era el amor que hacía nacer un muerto!

—Pobre niña, desgraciada también... exclamó llorando D.ª Carmen.

—¡No se enoje osté conmigo! suplicó la *Triste*, Porque su hijo vivo, hubía sío pa mí siempre el amo pa respetarle, y el amigo de cuando los dos éramos chiquiticos pa querernos sólo en buena amistá: pero desde que se murió, es mi novio, a quien quiero con toa el alma y a quien nunca haré traición ¡pué osté estar bien segura!

—¡Hija querida! por algo al darte yo este nombre, sentía una emoción tan extraña. Y es que

muchas veces las personas no se entienden, pero sus almas se comprenden siempre.

—El caso es que las dos somos mujeres que sufrimos muncho. Y añadió acariciando el ramo: Por eso las flores, que me alegraban tanto cuando yo era... ¿cómo lo diré? bueno, ¡soltera! Abora que me creo, no viuda, pero como separá de mi novio, que pa mí vive aunque nunca ya pueda verle... agrandan más aún mi tristeza, con sus colores alegres y su muerte temprana. Y ¿sabe osté lo que yo haría con ellas si pudiera hacer milagros? Pues conservarlas su lozanía pa que siempre siguieran así de frescas, y poco a poco irlas prendiendo en la palma que ha de acompañarme en mi entierro...

—¡Hija mía!

—Maere también quiero llamarla yo a osté. Porque creo que la Virgen no me dará la salú pa que yo muera pronto, y al llegar al cielo, casar nuestras almas, ya que nuestros cuerpos murieron... ¡el suyo por mí y el mío por él!...

CAPITULO XX

En aquel momento les interrumpió Fuensanta, que llevaba a Juanica un vaso de leche.

Dolores seguía a su cuñada; y al verla doña Carmen sintió en su cuerpo un estremecimiento de horror, pues era la primera vez que se tropezaba con la madre del matador de su hijo. Y sin darse cuenta, exclamó espantada:

—¡Ella!... ¡la madre del *Tigre!*...

La desventurada Dolores se echó a llorar, porque el bofetón de desprecio con que había sido pronunciada la frase por la señora, le llegó a lo más vivo del alma.

Pero Juanica la dulce, con su espíritu delicado y corazón compasivo, tomó las manos a D.ª Carmen; y con el mismo acento que hubiera podido poner el ángel de la paz, dijo suavemente: No es así, maere mía como debe osté mirarla, sino como a otra desgraciá igual a nosotras.

—¡Y pienso que la peor de toas!, añadió entre sollozos Dolores. Porque perder un hijo en la flor de la vida y sin que fuera por voluntá de Dios, es muy cruel: pero aún peor que en la sepultura, se

tiene a un hijo en presidio: ¡Pa eso sí que no hay consuelo humano!...

Mi vida hubía yo dao por salvar la del niño Carlos y mis ojos daría abora por secar las lágrimas de osté. ¡No me mire con horror y téngame lástima!...

Las piadosas palabras de Juanica habían hecho efecto en la bondad de D.ª Carmen, quien ahogando sus sentimientos de rencor, dejóse llevar sólo por la caridad, contestando:

—Tiene Vd. razón: yo era muy injusta odiándola, sólo por haber traído al mundo a... su hijo. ¡Perdónemelo!

—Osté sí que me tiene que perdonar a mí y sobre tó... ¡a él!

Luchaban en el alma de D.ª Carmen su natural resentimiento y su misericordia, natural también en su bondad. Hasta que Juanica resolvió el conflicto diciéndola: No deje osté que sea su corazón de maere quien calle o quien conteste, sino su concencia de mujer cristiana, quien perdone.

Guardó silencio un momento más, luchando y vacilando, hasta que tomó una heróica resolución, acercándose a Dolores.

Y un abrazo unió a aquellas mujeres, que las dos eran grandes: ¡la una porque se supo humillar y la otra sabiendo perdonar!

Durante esta conversación había empezado a anochecer, e iban llegando personas jóvenes y viejas a la barraca del tío Pepón. Unas se entraban

dentro, otras quedaban fuera, sentadas en el poyo. Varios huertanos jóvenes habían formado el clásico redondel, y puestos en cuclillas, lo mismo que sus antepasados los árabes, platicaban con tanta comodidad como si estuvieran sentados en butacones ingleses, tomando la incómoda postura con tanta naturalidad como los mejores gimnastas suecos.

Marialcalmen capitaneaba a cuatro o cinco huertanas, y juntas sostenían animada charla, sin osar acercarse a la *Triste* por no interrumpirla en su conversación con el ama.

—¿Por qué viene toda esta gente? preguntó doña Carmen.

—Porque ahora vamos a tener el *desperfollo*, contestó Fuensanta.

En aquel momento empezó a sonar, lenta y solemne la campana de la Catedral, señalando la hora de las oraciones.

Y en cuanto se oyó la primera campanada dijo Juanica a D.ª Carmen:

—¡El toque de ánimas! Recemos tós juntos la plegaria por los muertos.

Pusiéronse inmediatamente en pie las personas que estaban sentadas y las que se encontraban en cuclillas. Quitáronse los hombres sus monteras; y cuando todos estuvieron descubiertos, pronunció respetuoso Pepón:

—¡Angelus!

Santiguáronse todos, y fué hecha la oración en aquel ambiente tibio, en aquella naturaleza es-

pléndida y con una fe tan acendrada, que al cielo debió subir enseguida la plegaria.

D.ª Carmen se fué poco después y aún muy conmovida, diciendo en voz baja a Juanica al tiempo de marcharse: Adios, nena; mucho te quería por simpatía y compasión; pero desde hoy te quiero además por gratitud.

—¡Qué buena es osté!, respondió Juanica besándola las manos primero, y siguiéndola con la vista después, hasta que echó a andar la galera.

Ya había salido la luna, espléndida como murciana, y Pepón terminaba de arreglar el *panizo*, haciendo una gran pila de *panochas*. Operación en que le ayudaron Bartolo y los demás hombres que acudieron a la fiesta, llevando las panojas en *capazos,* que el tío Pepón se encargaba de desocupar.

Aprovechó Dolores un momento en que todos estaban entretenidos para acercarse a Juanica y decirla muy quedo: ¡gracias, cordera!

—¿De qué, tia Dolores?

—Del perdón que por tí m' a dao D.ª Carmen pa mí... y pa él.

—Pos entoavía se ha ido ella más contenta, de haber sabío perdonar.

Marchóse Dolores con su pena un poco más aligerada, y Fuensanta propuso a Juanica que tomara también parte en el *desperfollo*.

La pobre madre, que tanto deseaba distraer de la tristeza a su hija, pero que temía una negati-

va suya, se vió apradablemente sorprendida oyendo decir a la *Triste* que ella también *desperfollaría,* aunque sólo fuera para gozar con la alegría de los demás, ya que por su parte no pudiera alegrarse.

Colocáronse todos dentro de la barraca, alrededor de la pila de panojas; Juanica y las mujeres de años, sentadas en sillas; la gente joven sobre el suelo, y el tío Pepón junto al tinajero.

Aún se había quitado la hoja a muy pocas panojas, cuando llegó un vejete apergaminado y muy envuelto en su manta moruna.

—¡A la paz de Dios!, dijo el recién llegado.

—Bien venío, tío *Pencho,* contestó tío Pepón.

—Me dijo el *Cerriche* que tenías hoy *desperfollo* y al oirlo m' alegré como tó buen *panocho.*

—¡Y que vendrá a ayudarnos!, añadió Fuensanta.

—¡Toma, toma!, asintió el vejete; como que aunque ya he cumplío *los cuatro duros,* entoavía sirvo p' al trabajo.

—Y pa otras cosas tamién, dijo Juanica. Ande osté tío *Pencho,* díganos una soflama o un romance.

—Bueno; os contaré un cuento.

—Y ¿acuale va a ser?, preguntó la curiosa Marialcalmen.

—Pos *L' árbol prohibío.*

A la concurrencia le pareció muy acertada la elección, y todos se prepararon a escuchar el cuento, mientras deshojaban.

CAPITULO XXI

El tío *Pencho* empezó así (después de sentarse junto a Pepón en la escalera del tinajero).

Tenía el tío Cerriche los ojos puestos en una higuera de sus bancales, y siempre icía: el zagal u la presona mayor que quiá brevas, ahí tié pa escoger; pero de ésta... ¡ni el emperaor de Ceuta!

Pero paseando un domingo por la Huerta el Maestro Pajuela, sastre de Murcia, acertó a pasar junto al árbol prohibío.

—¡Vaya una breva!, dijo y ¡zás! la tiró de un bastonazo y se puso a comerla.

Iría por la metá, cuando acertó a pasar el Cerriche y le pregunta: Oiga osté, güen hombre ¿ande ha cogío osté esa breva?—Ahí, dijo señalando.

—¡Pos a ponella ande estaba!

—Hombre, eso ya no pué ser...

—Ná, ná, ¡a corgalla!, icía el Cerriche con aire así como pa rompelle el alma.

—¿Qué vale la breva?

—Como valer, vale un Perul, pero pa escarmiento, vá osté a darme diez reales.

Pajuela, aunque de mala gana, los pagó y se jué iciendo:

—¡Buena breva, pero cara!...

A otro jueves jué el Cerriche a Murcia p' hacerse unos calzones que s' había acostumbrao a gastar cuando estuvo sirviendo al Rey. Mercó la tela y con ella s' entró en una sastrería iciendo:

—¡Dios guarde! y pa sus adrentos: ¡me paece que esa cara la he visto yo!

—¡Y a osté tamién!, contestó al salúo el sastre, que estaba tomando las medías a un zagaliquio.

—¡Aquí trayo esta tela pa que me corte osté unos calzones!

Y el sastre, dando unas tijeretás, le entregó la tela prepará, iciéndole:

—Catorce reales.

—¡Mecate en erillas!, dijo el Cerriche, reconociendo al churubito de la breva.

—¿Ni un chavo menos?

—¡Catorce reales!, contestó el maestro secamente.

Y el Cerriche los pagó iciendo socarronamente al marcharse:

—Valla, quéoste con Dios.

Pero a otro jueves, estando muy tranquilo Pajuelas, entró en la tienda el Cerriche iciendo: Maestro: que una presona le cobre a otra diez reales por una breva... pué pasar. Que otra presona lleve a un probe catorce reales por cortalle unos

calzones... tamién pué pasar. Pero que en vez de calzones hayan salío dos fundiquias pa er paraguas... eso ya no pué pasar.

Pajuela comprendió enseguía que había equivocao las medías con las del zagaliquio y quiso disculparse, pero el Cerriche, sin escucharle, dijo: Tuiquio eso son cantamusas. ¡Sa rematao...!

¡Cuando yo nescite calzones no golveré aquí; pero cuando osté quiera brevas, ya sabe onde vivo...! (1).

Cuando tío Pencho terminó de narrar su cuento, que había tenido a todos en suspenso, la gente se puso con todo ahinco a deshojar, mientras hacían sus comentarios sobre el relato.

—Muy bien, tío Pencho, dijo Juanica.

Y el elogiado contestó: Como que pa saber munchas cosas hay que ser viejo.

—¡Ea! a trabajar abora con gana y a tener buena suerte, exclamó gozosa Marialcalmen.

Siguió un rato de silencio, durante el cual cada uno estaba atento a su tarea, sin ocuparse de nada más. Hasta que un huertano de los jóvenes gritó entusiasmado: ¡Colorá... colorá!... ¡panocha colorá!

Pos a disfrutar lo tuyo, dijo el tío Pepón con alegría también.

Y el huertano agraciado por la suerte se levantó del suelo presuroso, dando a continuación

(1) Este cuento es de Frutos Baeza.

un abrazo a cada muchacha, consintiéndoselo todas sin protesta, sabiendo que lo que hacía era sencillamente usar de su derecho.

Pero ello sirvió de pretexto para que hubiera bromas y jaleo.

—¡Habrase visto con la suerte que tienen tos los feos!, dijo rencorosamente uno de los huertanos.

—¡Atiende con lo de feo! ¿será envidia o caridá?, contestó piadosa una de las muchachas.

—¡Muncho que sí, Fuensanta!

—Vaya con el fantesioso...

—Pos nadie podrá icir que soy avariento; porque con la panocha colorá podía abrazar a toas las mujeres, y ya véis que con las viejas no m' he metío...

Todos exclamaron en sonoras carcajadas escuchando al afortunado ponderar lo parco que había sido excluyendo de sus caricias a las viejas; y cuando mayor era la alegría de la concurrencia se presentó súbitamente *el Tigre*.

Instantáneamente se hizo un profundo silencio, parando todos en su trabajo.

Juanica, con tanta emoción como susto, exclamó sin darse cuenta: ¡Jesús María!...

—Pero qué es eso; ¿es que el verme os asusta a tos?, preguntó de mal talante *el Tigre*.

—No fué susto, sino la sorpresa, contestó prudentemente Fuensanta.

—Pos cualquiera diría que os sabe mal mi llegada.

—Es que no te alguardábamos, añadió Fuensanta haciéndose violencia, ante el temor de enfurecer al *Tigre;* pero bien venío seas si te has dejao *allá* to lo malo y sólo viene en tí un hombre honrao.

—Pero seguir tos *desperfollando* como estábais cuando yo llegué. Y se sentó junto a Juanica, quien se estremeció a su proximidad.

Volvieron a reanudar todos el trabajo, pero sin alegría y hasta sin gusto; porque la presencia del *Tigre* había caído como una losa sobre el contento de cada uno.

También Juanica, para no contrariar a su primo, había intentado continuar en la faena; pero sus manos, todavía preciosas aunque ya muy enflaquecidas, temblaban de un modo tal que apenas podía separar las hojas secas del maíz.

Fuensanta, con el deseo de cambiar aquella fría actitud de todos y lo embarazoso de la situación, dijo a su sobrino con voz un poco temblona, pero suave entonación:

—¡Válgame!, qué alegre se pondrá tu maere cuando te vea entrar.

—Como no m' espera... (y una sonrisa de fiera removió su cara repulsiva). ¡Pero tamién se vuelve del presidio, tamién!

—Suerte tuviste con que te acortasen la pena, insinuó Pepón.

—¡Ya ve osté! Por el indulto último m' han ahorrao un año de estar en aquella jaula onde tos paecen fieras; los qu' están amarraos y los qu' andan sueltos.

—Pero (contestó Fuensanta) no tos serán malos los que vaiyan al penal de Cartagena, que angunos irán tamién por desgracia siendo buenos.

Y replicó *el Tigre* con una risa que hacía estremecer: ¡Sí, pué qu' entren angunos buenos, sí!, pero lo qu' es al salir... ¡tós semos iguales!...

La frase cínica causó un estremecimiento a Juanica; los demás callaron, mirando disimuladamente al *Tigre* que *desperfollaba* con mucha atención.

—¡A ver, a ver, nena! dijo un huertano joven, rompiendo el silencio; no hagamos trapicheos ¿eh?, que ahí te veo una panocha colorá escondía bajo el delantal, y tú no pués negarte a la obligación de abrazar a un mozo.

—¡El que más te guste, y que rabien los demás!

—Bueno ¡ea!, contestó la huertana; pos te escojo a tí.

Recibió el elegido el abrazo que la joven no tuvo más remedio que darle, y quedó toda la concurrencia en silencio nuevamente.

—¿Y Colás, el hijo del tío Rapao?, preguntó el *Tigre*.

—Como es *rabo-alcalde,* no habrá podío venir.

—Por eso que es el *rabo-alcalde*, tengo yo ga-

nas de verle; p' agradecerle las noticias mías que dió... o que no dió, cuando yo estaba *empapelao*, y el juez de Murcia se las pidió.

Volvió a reinar el silencio, hasta que el *Tigre* gritó: ¡Colorá, colorá, ahora la suerte es mía!

Al oirlo Juanica se puso instintivamente en pie.

—¿Qué es eso, nena, tratas de marcharte? Pero no será sin que antes goce yo de lo mío.

Y al decirlo se abalanzó el *Tigre* sobre ella, abrazándola tan brutalmente, que Juanica quedó asfixiada, sin otra señal más que dar un quejidito apenas perceptible.

Aún la fiera estrechaba entre sus brazos con pasión a la pobre víctima, cuando Pepón, que se dió cuenta de lo que pasaba, sacó vivamente su navaja y fué a clavársela en el pecho de su sobrino, diciendo:

—¡Maldito seas!...

Juntos y abrazados cayeron al suelo los dos muertos...

—¡Ay!, gritó Fuensanta con acento desgarrador.

Las huertanas exclamaban despavoridas ¡Socorro!

Y el vejete, con mucha angustia y toda la fuerza de sus pulmones, chilló desde la puerta la frase pidiendo auxilio en la Huerta:

¡Favor a Isabel segundaaaaa!...

CAPITULO XXII

La noticia del fin desastrado de Juanica, corrió por la Huerta como reguero de pólvora, llevando a muchos corazones la compasión y a no pocos ojos el llanto.

Llanto bien diferente al de las plañideras; llorosas mujeres que hubo en Murcia con puesto oficial. A las cuales, según datos sacados de los libros de Actas del Concejo por Frutos Baeza, se obligaba a concurrir a las exequias reales, vestidas de jerga, en compañía de los judíos de la Judería y de los moros con el Korán. Siendo los farautes quienes comunicaban a los heraldos la muerte del príncipe, y los heraldos quienes transmitían la noticia al pueblo; en cuyo momento rompían las plañideras en sus clamores.

En el velorio de Juanica no hubo plañideras, que en tales circunstancias se creen en la obligación de demostrar mayor aflicción que la sentida por los más cercanos parientes del difunto.

Fué un velatorio de respetuoso silencio y lágrimas sinceras, porque todas las buenas gentes que a él asistieron, estaban profundamente conmovi-

das, viendo con gran sentimiento que hubiera pasado el despiadado dalle de la muerte, segando una flor de la Huerta apenas abierta, en su mayor lozanía, que aún no había recibido la primera escarcha de las desilusiones, ni caído sobre ella la primera nieve de los desengaños.

La niña dejaba el mundo cuando aún le creía bueno y bonito, cuando todavía no tuvo para ella las crueldades que más tarde la hubieran amargado el alma. Cuando aún no pudo ver nada de la ruindad de lo que humanamente se llama grande, murió dejando en la Huerta la estela de su juventud y la aureola de su poesía.

Aquellas gentes sencillas, tan conmovidas por la desgracia, amaban a la niñez porque representaba el candor y la inocencia, y se entusiasmaban ante la juventud, símbolo de belleza y simpatía; pero ignoraban que los griegos, que hasta para sentir dolores eran artistas, consideraban como los predilectos de los dioses aquellos que morían jóvenes...

No sólo las gentes, sino hasta el sol fué piadoso con Juanica escondiéndose a la hora que la llevaban a enterrar; porque hubiera sido una crueldad brillar con su espléndida alegría murciana para alumbrar un cuadro tan conmovedor; que hay escenas en que la luz del sol ofende.

Y así, bajo un cielo gris que en aquel momento se mostraba compasivo, fué la niña hermosa y buena metida en su caja blanca, envuelta en

cristianas estameñas carmelitanas, y quedó bajo la tierra bendita durmiendo con la placidez de las almas puras el sueño eterno de la muerte...

La noticia de la muerte de *la Triste* se extendió por todo aquel partido con rapidez asombrosa. Todos los parientes, amigos y conocidos se dieron el triste placer de velar el cadáver; así como al momento del entierro se disputaron los hombres el honor de llevar aquella caja blanca, sobre la cual iba extendida la palma que simbolizaba virginidad, y en la que Maipaz y Marialcalmen habían prendido muchas flores, entre las que sobresalía el aroma y la pureza del azahar.

Cuando ya quedó encerrado aquel hermoso cuerpo, descalzos los pies *para que entraran antes en el cielo* y colgando fuera de la caja aquella espléndida cabellera que su dueña tenía destinada a la Fuensanta, pero que la tierra se tragó, cuatro huertanos, a su entender los favorecidos por la suerte, sin fijarse en los 46 grados que hacía a la sombra (lo cual no les impedía ir cubiertos, como señal de respeto, con capas sobre unos largos capotes de sarga muy semejantes a las chilabas), colocaron el féretro encima de sus hombros, conduciéndole hasta el cementerio.

Iban detrás del ataud las muchachas jóvenes compañeras de Juanica, después los *auroros* por ser tío Pepón *hermano* de la cofradía del Rosario de la Aurora, que daba las alboradas en los días festivos, cantaba Salves en las casas de los Co-

frades, en Viernes Santo las clásicas *correlativas* después de la procesión, y en los entierros de los *hermanos* la Salve de difuntos.

Después de los *auroros* seguía mezclada toda la comitiva.

Cuando llegaron al cementerio y colocaron la caja en su hoya, los huertanos cogieron un puñado de tierra al borde de la sepultura y la arrojaron encima del ataud, diciendo cada uno: *Requiencant in pace.*

Enseguida los *auroros,* agrupándose en derredor del huertano que hacía oficios de maestro de capilla, entonaron la hermosa Salve de difuntos.

Lo emocionante de la escena, la grandeza del paisaje y aquellas tristísimas modulaciones que parecían quejas salidas del alma, emocionaron a todos los asistentes. La música, que es la más hermosa de las artes, se convertía allí en un verdadero suspiro que cada cual creía salido de su propio corazón...

Queden los entierros lujosos para los grandes hombres y los poderosos, puesto que unos y otros son fríos. En cambio el entierro de Juanica fué más que el de un emperador, en compasión sincera, en oraciones fervorosas y en sentimiento de simpatía.

Rezaron todos juntos los últimos tres Padrenuestros, y quedó enterrada aquella huertana tan bonita, tan dulce y tan buena.

Para el regreso se deshizo el acompañamiento

en grupos que iban comentando la ceremonia y lamentando la desgracia.

Los hombres que acompañaron al cadáver, hicieron al regreso frecuentes libaciones en los *ventorrillos* del camino. Y cuando les servían el vino, inclinaban el vaso dejando caer unas gotas en el suelo diciendo: «Esta lagrimica pa el difunto».

Aquella noche no hubo barraca ni casica huertana en la que no se rezara una parte de rosario por el eterno descanso del alma de Juanica.

En la de Pepón se celebró el duelo con velada completa, asistiendo todos los parientes y vecinos a quienes se dió de cenar, como en los antiguos tiempos del paganismo. Además se encendieron siete luces de aceite que arderían constantemente durante tres días, rezándose el rosario a coro entre hombres y mujeres.

CAPITULO XXIII

La muerte de Juanica fué para su familia lo que hubiera podido ser una inundación para la barraca: lo arrasó todo!

Tío Pepón salió bien en su causa, como era de justicia y de conciencia; pero escuchó con indiferencia la sentencia de libertad, pues la pena de perder a su hija fué tan grande que le dejó como insensible para todo lo demás.

Fuensanta ¡mujer al fin!, supo sufrir con más valor; pero su alma se deshizo en lágrimas; que a fuerza de correr por sus ojos, los dejaron ciegos. Razón por la cual Maipaz cedió a su madre lo mejor que tenía, dejándola a su Lucecica; no sólo para que el encanto de la niña mitigara su inmenso dolor, sino además para que la nietecilla prestara la luz de sus ojos, a los ojos ensombrecidos de su pobre abuela.

Maipaz, que tanto quería a su hermanica, la sintió con una pena muy intensa; guardándola un luto que fuera como la expresión externa adecuada al sentimiento interior.

Se puso un largo velo para salir de casa, que

no se quitaba ni para lavar en la acequia: saliendo de casa únicamente de noche y no permitiéndose hacerlo cuando había luna.

Si hubiera sido hombre, se habría pasado dos años sin afeitarse, pero como era mujer, se propuso, durante igual tiempo, llevar un pañuelo negro liado a la cabeza, ocultándola absolutamente el cabello, y otro sobre el busto tapando el talle.

Colocó boca abajo todos los platos del vasar, que eran de alegre colorido: escondió en el arca todos los cacharos de cobre o de metal, que pudieran brillar a la luz, y volvió del revés los cuadritos y estampas que tenía colgados en las paredes de su barraca.

También Bartolo contribuyó al rigor del luto, llevando su guitarra a casa de un amigo.

Maipaz mandó con su marido la nena para que fuera el lazarillo de su abuela, a fines de Febrero; y el primer viernes de Marzo asistió en la iglesia de Santa Catalina del Monte, a la solemne ceremonia de bendecir la simiente del gusano de seda.

Ya el sermón le pareció demasiado largo a Maipaz, por sentir molestias; y la caminata luego para volver desde la iglesia a su barraca, la hizo penosamente, con intensos dolores, anunciadores de la llegada al mundo de un nuevo zagaliquio, que llegó aquella misma madrugada, dejando de ser *moro* dos días después y recibiendo en la pila del bautismo el nombre de Toñico.

El alumbramiento de Maipaz la obligó a retra-

sar el comienzo de su faena sedera cuatro días, que fueron los que empleó en convalecer, dándose ella misma de alta, cuando expiró este plazo de tiempo. En nada parecido a la cuarentena de cuidado y absoluta quietud que emplean las mujeres elegantes para no comprometer su salud, y lo que no tiene menos importancia para ellas: evitar que el cuerpo se desforme.

Y así fué, que en lugar de colocarse amorosamente en el pecho la cajita que contenía la simiente, durante el día, y bajo su colchón por la noche, para que el suave calor del cuerpo de Maipaz diera vida a los gusanos de seda, el primer viernes de Marzo, se vió obligada a retrasarlo hasta el miércoles siguiente; día consagrado a San José, y por lo tanto muy a propósito, también para encomendarle la faena.

El gusano de seda, el hada maravillosa que constituye la principal riqueza del huertano, tiene una vida que dura 40 días y es muy interesante.

El gusano se compone de muchos anillos movibles y está provisto de pies y garabatos para detenerse y asirse donde le acomoda.

Tiene la boca guarnecida de dos órdenes de dientes, que no trabajan de arriba abajo, sino de derecha a izquierda, y que les sirven para serrar, cortar y contornear las hojas.

Por todo lo largo del gusano se percibe, a través de la piel, un vaso que se hincha de tiempo en tiempo y que hace las funciones de corazón.

También tiene a cada lado nueve aberturas que corresponden a otros tantos pulmones, por donde se introduce el aire. Y debajo de la boca, una especie de hilera, que por dos de sus agujeritos hace salir dos gotas de la goma de que está llena una de sus vísceras. Estos son como dos ruecas que dan contínuamente la materia de que forma su hilo.

Al pasar aquella goma por los agujerillos, toma la forma de ellos, y se alarga en dos hilos, que de repente pierden su fluidez y adquieren la consistencia necesaria para sostener o para envolver al gusano a su tiempo. Junta en uno los dos hilos, pegándolos con sus pies delanteros.

Este hilo doble, aunque sutilísimo, es muy fuerte, y de una longitud pasmosa, pues los hay de 930 pies en cada capillo; lo que da cerca de dos mil pies de hilo sencillo, cuyo peso, sin embargo, apenas hace dos gramos y medio.

La desigualdad del aire en nuestros climas, obliga a criar el gusano de seda dentro de casa y con muchas precauciones: mientras que en la China, en Tunquín y en otros países cálidos, crece y vaga libremente sobre el árbol mismo que le proporciona su alimento.

Las mariposas de las orugas que dan la seda, escogen sobre la morera un lugar propicio para poner sus huevos, y en él los aseguran con aquella especie de liga o licor glutinoso de que están provistos, la mayor parte de los insectos.

Estos huevecitos pasan así, al aire libre, el otoño y el invierno sin peligro alguno; porque el modo como están puestos y encolados, los tiene a cubierto del hielo, que algunas veces no perdona ni aun a la morera.

Encomendado así este animalillo a los desvelos de una providencia cuidadosa y tierna, no sale del huevo hasta que se ha proveído a su subsistencia; y cuando las hojas de la morera empiezan a aparecer, rompe su cáscara y se tira a ellas. Entonces es de una extremada pequeñez, perfectamente negro y tiene la cabeza de una negrura aún más lustrosa que lo demás del cuerpo.

Pasados algunos días se pone blanquecino, o de un gris ceniciento y enseguida se aja y ensucia su piel, de la cual se desnuda y se presenta vestido de nuevo. Engruesa después y toma un color mucho más blanco, pero que tira algo a verdoso, a causa de las hojas de que hace su único alimento.

Pocos días después, cuyo número varía según el grado de calor y la calidad del sustento, o de su constitución, se le ve que deja de comer y que duerme cerca de dos días; al fin de los cuales se agita y atormenta en extremo, poniéndose casi encarnado de los esfuerzos que hace; arrúgase entonces su piel y se plega; desnúdase de ella segunda vez, la arroja a un lado con los pies y se pone de nuevo a comer. Entonces son tan diferentes de lo que antes eran su cabeza, el color y

toda su figura, que parece un animal distinto.

Continúa comiendo todavía algunos días más, cayendo en nuevo letargo; y al volver de él muda otra vez de vestido; es decir que se ha despojado de tres pieles diferentes desde que salió de su cáscara.

Sigue aún comiendo algún tiempo más y renunciando por último a todo sustento, se prepara un retiro construyéndose él mismo con su hilo una celdilla de una estructura y belleza encantadoras; y que sobre el moral que le ha servido de domicilio, parece como una manzanita dorada envuelta en el hermoso verde que la realza.

Esta envoltura consiste en unos hilos de seda sumamente sutiles; y dentro de ella sosiega con tranquilidad el insecto, que al cabo de quince días rompería para salir el capillo que ya le sirve de prisión, si no se le matase antes exponiéndole a los ardores del sol o metiéndole en un horno.

Echanse después los capillos en agua caliente, donde se mueven con unas ramas de escoba para sacar las puntas de los hilos, y se devana la seda en un instrumento destinado a este uso (1).

---

(1) M. C. Sturm.

CAPITULO XXIV

NADIE que no lo haya visto puede figurarse el trabajo tan grande y tan *maternal* que exige la cría de los gusanos de seda; por eso es la mujer quien los cuida, y con tanto esmero que da a su persona, a la de su marido y hasta a la de sus hijos un puesto secundario, siendo el principal para estos animalitos admirables que las huertanas miran como madres aún más que como comerciantes.

¡Con cuánto interés siguen esta existencia tan breve para los gusanos y tan beneficiosa para ellas, a menos que se *esmangarillen* y se pierda toda la ganancia!...

En este quehacer sólo corre de cuenta del marido traer la hoja de morera junto a los *zarzos* que contienen los gusanos y de los que la huertana no se separa, echándoles sin cesar hoja cuando están despiertos o revisándolos con todo esmero durante esos tres letargos que padecen los gusanos y ellas llaman *dormías,* porque las tres fuertes calenturas que pasan les tiene mientras tanto en un sopor semejante al sueño.

Dentro de casa se retiran todos los muebles (incluso la cama) y la vivienda queda entera ocupada con los *zarzos*. Y fuera, cuando saca la huertana las *tartanas* formadas con aros y cubiertas con vistosas mantas o refajos que vienen a constituir una estufa sencilla, donde se encierran los gusanos como en una especie de cuna (que es lo que parecen las *tartanas* por su forma y su oficio), la huertana se sienta a su lado en guardiana permanente. Colocando las *tartanas* bajo las palmeras si necesitan los gusanos sol muy fuerte, o guareciéndolas entre los naranjos si lo que les hace falta es temperatura tibia; y sin que ella se aleje un instante de los animalitos ni aunque sus hijos la llamen.

Maipaz estaba satisfecha de cómo se presentaba el año. Apenas se le habían muerto ningún gusano, ni se habían vuelto *monas*.

Ya había llegado sin tropiezos al momento de hacer, ayudada por Bartolo, con ramas de *boja,* los *frailes* para que se subieran los animalitos a tejer su industria.

La hoja había sido abundante y de buena calidad; ya había cortado la última Bartolo, y según la usanza, cantando mientras la cortaba el clásico *Canto de la hoja,* canción dulce y melancólica que mucho tiene de la ternura de los cantos de cuna, y es con la que el huertano se despide de las moreras hasta la faena del año próximo.

Los gusanos que se habían vuelto amarillos,

recibiendo el nombre de *sapos* y dedicados a *sacar la hijuela* (que es la seda fuerte con la cual son tejidos los ornamentos de Iglesia y de la que se extrae por la industria las sedas torzales para los bordados y el *pelo de pesca),* habían sido ya colocados en el lebrillo lleno de vinagre, por Maipaz, para a la mañana siguiente y en unión de otras obreras ya apalabradas, ir partiendo uno por uno cada gusano, por la mitad del cuerpo, extrayendo recias membranas, a modo de músculos, de cerca de tres tercias de longitud y de dorados matices, con las cuales forman hacecillos que maceran en agua durante algún tiempo y que después tienden al sol para que se sequen. Siendo esta la seda de más subido precio y mayor estimación por sus aplicaciones especiales, muy apreciada en Inglaterra.

El único sentimiento de Maipaz era que por su pequeño retraso en avivar la semilla no hubiera llegado a tiempo para mandar algunos de sus gusanos en el momento de fabricar el capillo, a la imagen de *Nuestro Padre Jesús* (escultura traída de Italia), la cual lleva todos los años al salir en la procesión de Semana Santa adornada su peana con buen número de industriosos gusanos que hayan tenido el privilegio de nacer pronto.

Habían pasado los gusanos de Maipaz su tercera *dormía,* encontrándose ya en esos últimos días de existencia durante los cuales ni ellos pueden dejar de comer un solo momento, ni la huer-

tana puede tomarse un instante de reposo, no ya acostándose, pero ni aun sentándose siquiera; ni el huertano descansa de cortar y acercarla la hoja de morera, que como sólo les conviene de fresca, hay que estar contínuamente cogiéndola del árbol.

Como al anochecido lloviera, y no pudieran los gusanos tomarla húmeda porque les acarrea la muerte, Bartolo, previsor, había acumulado dentro de la barraca enorme cantidad de hoja de morera; porque sólo viendo engullir a los gusanos de seda se puede creer que animales tan pequeños sean capaces de comer tanto.

Cebaba Maipaz sin parar a los gusanos, alumbrada por el candil; dormía Toñico dentro de la rústica cunita huertana, colocada en un hueco del tinajero para que no estorbara, o cuando menos estaba calladito dándose cuenta de la poca importancia que tenía entonces su personita.

Llovía a jarros como en Abril suele estilarse en Murcia; los truenos eran fuertísimos, haciendo a Maipaz alternar entre la repartición de la hoja y santiguarse..

Sonó un trueno con tanto aparato, que hizo temblar la barraca.

—¡Vaya con la nochecica que hace!, dijo Bartolo.

Y contestó Maipaz santiguándose: Temblando estoy de oir tocar las caracolas a los huertanos vecinos del río, avisándonos que empieza una riá.

—¡No lo permita Dios!

—¡Ni lo consienta la Fuensanta!

El ruido de una bocina de auto llamando con insistencia, interrumpió la charla de los huertanos, haciendo que Bartolo abriera la puerta delantera, a fin de percibir mejor la llamada que tenía caracteres de urgencia.

—¡Atiende, Maipaz!, paece así como si llamaran con priesa.

—¡Jesús María! ¿habrá ocurrío anguna desgracia a cualquiera de esos coches endemoniaos que andan solos?

—Por si acaso, voy a colgar el candil por la parte de afuera de la barraca, pa si en algo podemos ayudarles, que sepan que aquí hay cristianos.

Hizo Bartolo lo que anunciaba, y el ruido de la bocina cesó.

—¿Y si se hubieran matao tos?, dijo asustada la huertana.

—Mujer, anguno siquiera ya habrá quedao; por lo menos el que toca el pito.

—La verdá que viajar con una noche como ésta, sólo se le pué ocurrir a anguno de esos muchos señoritos desocupaos, que como no trabajan no saben dar en na bueno.

—El caso es que con tanto diluviar estarán tos los bancales anegaos, que si no ya me acercaría yo pa ver si me nesecitaban.

—Sí, porque eso de sonar tan aprisa debe ser que haya ocurrío algún estropicio.

Con gran asombro del matrimonio, presentóseles en aquel momento un caballero joven, vestido elegantemente, aunque era su aspecto poco simpático, llevando en la mano un farol de automóvil.

El recién llegado, sin perder el tiempo en saludos inútiles, les dijo con aire bastante despótico que necesitaba ocupar aquella cabaña, pidiéndoles el favor de cedérsela por aquella noche.

—¡Imposible!, contestó Bartolo apenas escuchada la proposición. Ya ve osté que está toa ella ocupá con los zarzos de los busanos de sea; y un solo cuartico que hay ahí al lao, detrás de esa cortina (dijo señalando), que es donde dormimos nosotros cuando no estamos en esta faena que no nos deja acostarnos abora, está to lleno de hoja, pa que la haiga abundante; porque si se la echáramos mojá, no nos quedaba un busano vivo.

—¿Pero es que aquí son antes los animales que las personas?, preguntó de mal talante el caballero, sin cuidarse de ocultar la gran contrariedad que le causaba la negativa de Bartolo.

Pero éste, sin desconcertarse, le contestó con mucha calma:

—Mire osté, pa contestar a eso hay que icir que según sean las personas y según sean los alimales. Porque si quié osté hablar de los busanos de sea, ellos son pa los huertanos más que personas, ¡porque son su riqueza y su tranquiliá! Porque con la ganancia que nos dejan pagamos el

rento a los amos y podemos luego vivir to el año con la paz de quien no debe na a naide.

—¿Cuánto contais sacar este año?

—Allá por los cuatro mil reales.

—Ocho mil les pago yo porque esta noche me cedan su vivienda.

—¿Los lleva osté en el bolso?, preguntó Bartolo algo codicioso ya.

—No, pero llevo talones del Banco de España que valen tanto.

—Eso no es lo mesmo.

—¡Y aunque lo fuera!, dijo Maipaz resuelta. Porque en el mundo hubo un Judas que vendió a su Señor, pero entoavía no ha habío en la Huerta una huertana que traicione a los busanos de sea, que casi sus hijos son; porque con la calor de su cuerpo antes que con la del sol, se avivó la semilla, y lo que nace en su cama sagrao es pa ella...

—¿De modo que a ningún precio me dejáis la vivienda?

—¡Por na del mundo!, aseguró presurosa Maipaz.

El caballero, dominado ya por la violencia, dijo: Pues entonces que no se llame tierra de cristianos, sino de judíos, donde se niega la hospitalidad a un enfermo.

—¿A un enfermo ha dicho osté?... Entonces eso cambia la custión; porque por dinero no se pué esta noche meter aquí a nenguno, ¡pero por cariá sí! Que amparar a un desgraciao es en la

Huerta de Murcia aún antes que los busanos de sea.

—¿Entonces puedo traerle?, se apresuró a preguntar el caballero.

—Sí hombre, sí; cuando osté quiera.

Y sin hacérselo repetir se fué escapado y de mal humor el caballero.

CAPITULO XXV

Bartolo y Maipaz se quedaron mirando marchar al caballero comentando después su extraña presencia. Además estaban algo temerosos por la noche tan horrible que hacía, siendo cada vez más fuertes los truenos y más amedrentadores los relámpagos.

Como tenían la cama desarmada para aprovechar el sitio que ella ocupase, fué Maipaz a preparar una especie de colchón con las hojas de morera, echando encima el cobertor moruno que servía para envolverlas, con el fin de poder acostar sobre todo ello al enfermo que les habían anunciado y no tardarían en traerles.

Mientras tanto se quedó Bartolo *cebando* a los gusanos, y algún tanto preocupado por la enfermedad del que iban a traerle, con el temor de que pudiera ser algún tísico. En fin, fuera lo que fuera, y aunque trajera la peste, ellos le admitirían y cuidarían cuanto pudiesen. Porque el deber de hospitalidad es sagrado en la Huerta: Como una herencia que recogiera de los árabes.

Cumplía a conciencia la tarea de su mujer, *ce-*

bando sin cesar a los gusanos, hasta que oyó un ruidito que le hizo la impresión de que el niño se revolvía: Y acercándose a la cunita, y mirando amorosamente al pequeño, empezó a decirle lo mismo que si él pudiera comprenderle: «¿Qué es eso; te arrebulles, nene?... No, m' había paicío mal, porque sigue tan dormidico y tan tranquilo... ¡Claro!, como que a sus años no hay disgustos, y con estar sano y tener la barriga repleta... ¡pos no se pide más...!»

Estaba diciendo: ¡Cómo duerme el angelico! cuando se acercó Maipaz; y Bartolo la invitó a contemplar también el muchachuelo, que causó, como siempre, honda admiración en la madre.

—¡Atiende, Bartolo, cómo se ríe solico...!

—¿Qué verá pa reirse así?

—¡Pos a los angelicos, sus compañeros! A fe que los grandes cuando dormimos...

Quedó la frase sin terminar, interrumpida por la vuelta del caballero que entró en la barraca alumbrando con el mismo farol de que se sirviera la otra vez, a una señora joven, guapa, elegantemente vestida, que casi llevaba en sus brazos un chauffeur.

Detrás de la señora (que debía estar muy grave a juzgar por el aire moribundo que llevaba) iba, con aspecto de agobio, una mujer, ya de alguna edad, vestida de payesa balear. Que fiel a la tradición de su país llevaba la trenza colgando y el resto de la cabeza adornado con un rebocillo. El

lindo corpiño de lana negra iba rematado en el descote por una crucecita de oro que pendía sobre la garganta; en las mangas ajustadas y cortas hasta el codo, llevaba unos primorosos botones de igual metal; el talle iba completamente tapado por un chalecito doblado en pico con el que la payesa parecía esconder algo que llevara en la mano muy cuidadosamente envuelto.

Maipaz acercó una silla a la señora enferma diciéndola:

—Qué es eso, mujer, ¿tan malica viene osté?

—¡Me muero!, respondió la señora haciendo un doloroso esfuerzo.

—¡Ave María Purísima! No lo permitirá la Fuensanta.

—¡Me muero, sí!, repitió la enferma trabajosamente.

—¡Animos, señora, dijo Bartolo compasivo: y en cuanto amanezca iré yo mesmo a buscar al curandero de Monteagudo, que es muy entendío! Porque abora es imposible cruzar esos bancales según están de anegaos en agua.

—¡Más deseo un sacerdote!, dijo la señora con mucha angustia.

—Lo primero es acostarte, afirmó el caballero con sequedad.

Maipaz ayudó a la enferma a levantarse con tanta caridad que cariño parecía, diciéndola: Venga osté a acostarse en nuestra pobreza, ya que abora no podamos ofrecerla cosa mejor.

Sujetóse la señora a los brazos que con tanto afecto se le ofrecían, y con mucho trabajo de Maipaz y mucha angustia de la enferma consiguió ésta llegar a acostarse sobre el jergón de hoja de morera preparado poco antes por la huertana.

Entonces el caballero dirigiéndose a su mecánico, le ordenó que volviera al auto donde debía aguardarle; pero dejando allí el farol, y tomándole él, se fué a reunir con Maipaz y la recién llegada.

Al quedarse solos Bartolo y la payesa, ésta se sentó en la silla que dejara desocupada la señora, atendiendo con el mayor esmero a lo que tenía en las manos tan escondido entre los picos del chalecito.

Bartolo, que la observaba con interés, le preguntó muy intrigado:

—¿Pero qué tiene osté ahí tan engüelto?

—Una desgraciada que acaba de venir al mundo.

—¿Pero está muerta o viva?

Echóse a llorar la payesa; y cuando las lágrimas se lo permitieron contestó: ¡Ni nos hemos ocupado de ella, la pobrecita! ¡Con ver morir a su madre teníamos bastante!

—¿Quién habla de eso, mujer? Traer hijos al mundo es cosa de dolor pero no de muerte. Lo que pasa es que está la noche tan endemoniá que sólo se le ocurren a uno cosas tristes.

—Es que para nosotros hace varios meses que

no ha salido el sol, dijo entre sollozos la apenada payesa.

Bartolo se sentía verdaderamente impresionado. ¡Vaya, no se aflija osté así ¡ca! que yo hombre soy y de los de pelo en pecho; pero en cuanto veo llorar a una mujer, me vuelvo más cobarde que un zagaliquio...!

—Y ahora esta criaturita ¿qué será de ella?, exclamaba la payesa.

Bartolo le tomó la niña a quien miró lleno de lástima; y dijo mientras la metía en la cunita: ¡Pos luego Dios dirá, pero abora por el pronto pa que no tenga frío, la pondremos aquí junto a mi hijo.

—¡Qué pena!... ¡Qué pena...!

—¡Caray, no se queje osté tanto, que en otra parte pudo caer la nena peor que aquí, onde se la mirará con interés y cariño, y hasta se la pué arropar con la calor de los busanos de sea!

En aquel momento se acercó a ellos Maipaz, con aire de pesadumbre, y el caballero desde detrás de la cortina empezó a llamar a Fransina, apresurándose la payesa en acudir al llamamiento de su amo.

Maipaz muy contristada se dolía ante Bartolo de la gravedad de la moribunda, que a ella le parecía que iba a entrar en la agonía.

A Bartolo le daba casi tanta lástima como a su mujer, pero procuraba darla ánimos diciendo que sería mal pasajero, porque las mujeres tenían sie-

te vidas como los gatos. Pero ella no se daba por vencida; hasta le replicaba que si eso era verdad, la forastera debía estar con la séptima suya.

Bartolo, por estar impaciente y por dar otro giro a la conversación, se asomó a la puerta mirando al campo encontrando que ya no debía faltar mucho para amanecer y proponiéndose enseguida que hubiera luz ir a buscar al curandero y llamar también al cura por lo que pudiera ocurrir.

Eso le parecía muy bien a Maipaz; porque creía comprender que la enferma era una buena cristiana que quería hacer su último viaje llevando todo el equipaje bien preparado... Así como también le parecía que se trataba de una desgraciada a quien no importaba mucho seguir viviendo; adivinando que el marido era un peine que ella tenía ganas de soltar.

—Pero aunque eso que tú piensas fuera verdá, ¿crees tú que una maere se muere nunca contenta, acabando de echar al mundo... una huerfanica?

—Y tú eso ¿de qué lo sabes?

—¡Toma, toma! de la nena que yo mesmo he metío ahí en la cuna con nuestro Toñico.

Al oirlo quedó Maipaz muy sorprendida, acercándose llena de interés a la cuna, para comprobar las palabras dichas por su marido. Y cerciorándose de que allí estaban los dos inocentes exclamó con palabras que del alma la salieron: ¡Pobretica desgraciá!... ¡Pero no pases pena, que el

Dios que cuida hasta de los pajaritos no ha de faltarte a tí! ¡Y como yo tengo leche en mis dos pechos, pos que el uno sea pa Toñico y el otro pa ti!

Unas palabras dichas por el caballero con tono airado, sobresaltaron al matrimonio, llevando a Bartolo a escuchar detrás de la cortina y aconsejando a su mujer que escuchara también, pues era muy sospechosa semejante actitud en aquellas circunstancias.

El estaba seguro de que algo malo pedía a la enferma que ella se negaba a hacer, y sacaba la consecuencia de que el marido era un desalmado.

A Bartolo le estaban dando ganas de entrar a acogotar a aquel señor que buena pieza sería cuando no se compadecía de su mujer ni a la hora de la muerte. Pero Maipaz, con más serenidad, procuraba calmarle, recordándole que eso de los matrimonios era cosa muy sagrada, para que nadie pretendiera meterse entre ellos.

Bartolo no se daba por vencido, temiendo que así la pobretica no tendría ni aun descanso pa rezar el Señor mío Jesucristo antes de entregar su alma.

En esta disputa estaba el matrimonio cuando el caballero cesó de hablar, quedando todo en silencio. Entonces fué cuando Maipaz se puso a escuchar junto a la cortina, temerosa de que hubiera muerto la señora, y llegó el turno a Bartolo de calmarla, diciéndola para animarla que el profun-

do silencio qae reinaba en el cuartito, obedecería a que la enferma habría cedido ya haciendo lo que su marido la pedía con tanto empeño.

—Más valdrá que sea así, decía Maipaz; con tal de que no sea una barrabasá lo que el marío l' haiga pedío...!

CAPITULO XXVI

En esta porfía seguían aún cuando salió de la alcoba el caballero con aire despavorido.

—A ver, buen hombre (dijo dirigiéndose a Bartolo), deme V. aunque sea un lápiz.

—¿Y eso de onde?

—¡Pronto! Lápiz o pluma mejor. Y registrando su cartera añadió: Sí, papel aquí tengo... ¡Ande usted vivo, deme algo con qué escribir, que el tiempo vuela para mí!

—¡Quiá!, nosotros no tenemos ná d' eso.

—¿Cómo que no?, preguntó malhumorado el caballero. ¿Es que no quiere hacerme un favor, que para V. no es nada y para mí en estos momentos representa un mundo?

—¡Porra!, ya podía osté ser más justo pa tratarme, que ya ha visto que no somos gentes sin entrañas. Pero si me pide una cosa que no la tengo ¿cómo se la voy a dar?

El caballero no podía convencerse, y preguntó incrédulo: Pero entonces ¿cómo apuntan ustedes sus ganancias y sus pérdidas?

—¡Toma, toma! En la caeza, y así no hace falta escrituras.

—¿Pero de veras no hay aquí nada con que escribir?

—¡Y dale; pa qué íbamos a tenerlo, si aquí ninguno entendemos de letras!

—¡Maldición!... dijo con desesperación el caballero, marchándose a la alcobita.

Durante esta breve pero violenta conversación, Maipaz estuvo muy asustada, diciendo después por lo bajo a su marido que ella sentía miedo, porque no veía claro en la conducta de aquel señor; y que estaba deseando que llegara el nuevo día, porque el sol con su hermosa claridad daba compaña y se llevaba todo lo oscuro; hasta los malos pensamientos.

No le dió tiempo a Bartolo para contestar, cuando se les presentó la payesa que salía del cuartito llorando y exclamando con mucha pena: ¡Ay Dios mío!... ¡Ya hay una santa más en el cielo, porque del mundo acaba de irse una mártir!

—¿Es que murió?, preguntó ansioso Bartolo.

—¡Sí!

—¡Jesús la acoja!, dijo Maipaz santiguándose y mientras su marido se quitaba respetuosamente la montera.

Quedaron los tres en silencio: suspirando y llorando la payesa, y el matrimonio hondamente emocionado, siendo el caballero quien, con su presencia, les distrajo en sus piadosas reflexiones.

Con aire indiferente, como si fuera absolutamente extraño al desastre ocurrido, dijo a la pa-

yesa: Puesto que esto ha terminado, vámonos enseguida, Fransina.

Irguióse al oirlo Bartolo, se puso la montera y replicó al caballero:

—¡Poco a poco y vamos por partes! Osté se marchará, sí, pero será llevándose por delante el cadáver de la difunta.

—Eso ya se vendrá a buscar después.

—No: *¡eso!* se lo lleva osté abora mesmo.

El caballero, muy desabrido, contestó: ¿Pero es que pretende V. que yo le agarre y eche a andar con él?

—Eso osté verá cómo se las arregla; pero de aquí no sale solo.

Trató el caballero de reprimir el movimiento de ira que le causó la contestación de Bartolo, que contrariaba mucho sus planes. Sacó su cartera, y procurando dulcificar sus palabras, dijo al huertano:

—Tenga V. estas quinientas pesetas por la hospitalidad que nos ha dado; y mañana vendré yo mismo con una camilla a llevarme la muerta.

—El dinero se lo guarda osté, porque mi barraca no es ninguna posá pa que se cobre el pupilaje. ¡Aquí se hace de balde tó el bien que se puede, y luego se le presentarán las cuentas a Dios que no deja ninguna sin pagar.

¡Pero yo no me quedo con ningún muerto!, en primer lugar porque el alcalde es de mi otro bando y siempre está preparao pa reventarme. Y ade-

más que esta señora difunta podría traerme algún disgusto gordo.

El caballero procuró convencer a Bartolo diciéndole que sus temores eran una majadería; que a él nada le podía pasar porque hubiera fallecido en su barraca una viajera que ni siquera conocía.

Pero el huertano contestaba que precisamente porque a él le parecía una cosa rara lo sucedido, pensaba que los demás lo encontrarían también. Y no eran buenas las cosas que no tenían fácil explicación.

Agotó el caballero cuantos razonamientos se le ocurrían para tranquilizar en beneficio suyo, al receloso huertano, pero todo fué inútil; la desconfianza de Bartolo, lejos de desaparecer, iba en aumento; terminando por decir airadamente:

—Bueno, ¡ea!, sa rematao; que yo no quiero tener ná que ver con la justicia que vendría mañana a enterarse de lo que aquí había pasao; y yo prefiero que cruce mi puerta un criminal, ¡que ya me guardaré yo de él, que la justicia de quien no puedo guardarme!

¡Y digo!, cón el cacique contrario, que ya hasta sin motivo está uno siempre expuesto a que le ahorquen...

El caballero seguía porfiando, asegurando que sus preocupaciones eran ridículas. Pero convencido al fin de que no haría cambiar de parecer a Bartolo, le propuso ir él al auto para traerse al

chauffeur, y ayudado por él llevar entre los dos el cadáver al coche.

Pero el mismo caballero traicionó sus intenciones haciendo ademán de echar a correr; porque Bartolo, que se dió cuenta de lo que se proponía, sacó vivamente la navaja que en su faja llevaba: y apuntándole al pecho con el arma le dijo en tono violento:

—¡Como dé osté un paso más pa escaparse se queda osté aquí... pero pa siempre!

Alguárdese osté que empiece a despuntar el alba, y conmigo irá osté a buscar a su cochero, y conmigo vendrán los dos aquí; y enseguía se irán tós, los mismos que han entrao en mi barraca.

Unicamente si quiere pué osté dejar la pequeñica, pa que no se le muera de hambre. Mi Maipaz la criará, y cuando osté quiera la viene a recoger, y aquí se la encontrará bien cuidá; no como si fuera hija suya, sino nuestra.

Creyóse Maipaz en el caso de dar su opinión, aunque nadie se la preguntaba, y dijo mirando a la nena, con palabras que dictaron su corazón:

—¡Angelico mío! ¡Como si fueran dos gemelos he de quererlos yo...!

Acercóse Bartolo a la puerta que abrió, y viendo que ya amanecía el nuevo día, propuso al caballero que cogiera su farol y fueran juntos al coche, si es que se podían cruzar los bancales.

El caballero, en vista de que no podía hacer

cosa más de su gusto, se resignó con la proposición de Bartolo; asegurándole que el sitio de la carretera donde había quedado parado el auto no estaba lejos de la barraca.

Mientras se lamentaba la payesa de lo larga que resultaba la noche, pareciéndola que no iba a acabarse nunca, tomó Bartolo su alegre manta moruna (que tenía recogida en el arca) y se la echó sobre el hombro izquierdo, quedándose como estaba en mangas de camisa. Cogió también su varita de morera (inseparable de todo buen huertano) y dijo al caballero como medida de prudencia, antes de traspasar el umbral de la puerta:

—Ande osté; salgamos. Y por si tuviera mala memoria y quisiera hacerme anguna jugarreta... ¡no se le olvide que mi faca está bien afilá...!

Aun sin la recomendación de Bartolo, tenía el caballero muy presente a la navaja; siendo su recuerdo causa de que no intentara engañar al huertano. Y juntos salieron; llevando el señor el farol encendido; porque el piso estaba incapaz, y aún la luz del cielo alumbraba poco.

CAPITULO XXVII

En cuanto vió la payesa que los dos hombres se alejaban y no podrían oirla, dijo precipitadamente a Maipaz:

—Oiga V., buena mujer, aprovechemos los momentos por lo que pueda suceder. Y puesto que usted se quedará con la niña sepa que es hija del marqués del Soto, que es ese señor que ha salido, y de una señora mallorquina muy rica, llamada doña Dolores Roselló, que es la muerta.

—¡Que en paz descanse, amén!, interrumpió piadosa Maipaz.

—El señor es muy distinguido, pero muy bribón, y se casó con mi señorita engañándola; porque se hizo el enamorado y el bueno, siendo un infame y no buscando en ella más que su gran fortuna.

Nosotras vivíamos en Palma de Mallorca, de donde era mi señora y donde él fué en mala hora, para divertirse con el último dinero que le quedaba de su patrimonio.

Mi señorita, que estaba ciega por él, no atendió los consejos que la dieron sus padres. Creía

que ellos no querían la boda por ser él peninsular, empeñándose en no dar fe a quienes la aseguraban que él era un jugador, un borracho y un canalla.

—¡Como que cuando el amor ciega a la gente joven, dijo Maipaz dejándose llevar de sus recuerdos, váyase osté con antiparras...!

—El caso fué que se casaron. Y como ella siempre tenía muy poca salud, y él desde el día siguiente de la boda empezó a demostrar lo que era, ella la pobrecita empezó también en seguida a enfermar de tristeza y de vergüenza, poniéndose tísica. Asegurando el médico hace dos meses que sólo duraría su vida hasta que otra naciera en su lugar.

—¿Y ella lo sabía?

—Sí.

—Y en estado tan grave ¿cómo se determinaron ostés a viajar?

—Fué preciso. Tuvimos que embarcarnos precipitadamente porque el marqués una noche jugó mucho, perdió y bebió más y... mató de un tiro al que le ganó:

Consiguió escapar, y nos vinimos huyendo de la justicia, para desembarcar en Alicante, pero en la travesía nació la niña. Ahora íbamos en auto a Murcia, donde esperaba el señor no ser descubierto, haciendo como que pretendía visitar a unos parientes que allí tiene.

Pero mi desgraciada ama, sintiéndose morir

le pidió por Dios que se detuviera en cualquier choza para no morir andando. Como él no tiene corazón se negaba a parar el auto: pero entonces le amenacé yo con descubrir su crimen, si no tenía con su esposa esta caridad que sería la última... ¡y también la primera!

Maipaz, que escuchaba el relato vivamente conmovida, no pudo menos de exclamar emocionada: ¡Jesús qué horror! ¡Paece mentira que pueda haber maríos tan perros...!

La payesa continuó: Entonces, por miedo a mí, porque los hombres, cuanto más malos son, son más cobardes, mandó parar al mecánico, y éste sonó la sirena, para ver si alguien nos amparaba; pues al resplandor de los relámpagos distinguimos esta choza, donde al poco rato la luz de su candil nos sirvió de faro.

Lo demás ya lo sabe V. Y ahora escúcheme bien, ¡por Dios!, pues va en ello la voluntad sagrada de una muerta y la suerte de esa pobrecita niña que quedará entregada a la caridad de usted.

—No pase cudiao por ella: que yo me hago la cuenta de que esta noche me nació una hija.

—Como la señora sabía que la llegada de su hijo había de anunciar la muerte suya, antes de embarcar tomó todos sus papeles de interés, pidiéndome a mí por Dios que no la abandonara hasta su muerte, que ya veía muy cercana. Y ya comprenderá V. que no iba yo a negarme a una súplica hecha con tanto desconsuelo... Como yo

era la persona de su completa confianza, me entregó a mí sus documentos al entrar en el vapor, para que yo se los guardara.

Aquella misma noche, mientras el marqués se entretenía jugando y bebiendo, la señora dió a luz. Y poco rato después, por orden suya, conduje al camarote al capitán del buque, a un marinero y al médico de abordo, que era quien acababa de asistir a la señora.

Ya ella entonces no tenía fuerzas para escribir, pero pudo irles diciendo su deseo; que era atestiguar antes de morir que dejaba en el mundo una hija, que era por consiguiente la única heredera de su gran fortuna.

El papel en que lo escribieron lo firmaron aquellos tres señores y ella, porque dijeron que era así como valdría. Ese papel está aquí, con los otros (dijo la payesa sacando un envoltorio de dentro de su corpiño y entregándosele a Maipaz).

De modo que guárdelo V. todo junto muy bien, para cuando llegue el momento de que esta niñita pueda utilizarlo, y mientras tanto que nadie, *¡pero nadie!* tenga noticia de ello. Porque este marqués es tan canalla... ¡que hasta pudiera matar a su propia hija!

—¡Qué atrocidad!, dijo horrorizada Maipaz. ¿Pero es posible ser tan malo?

—¡Ya ve V.! Ahora mismo, hace un rato, quería obligar a su mujer, ya moribunda, a que es-

cribiera un papel diciendo que le dejaba a él todos sus bienes, y sin hablar nada de la niña... ¡Quién sabe si contando ya con hacerla desaparecer...!

—¡Jesús. Pero este hombre es una fiera!

—Podía V. decir una hiena, y estaría más en lo justo.

¡Quién sabe si la vida de esta pobre nenita se ha salvado por no haber proporcionado ustedes con qué escribir a ese infame...!

Mientras que ahora como él ignora la existencia de estos papeles la dejará vivir tranquila creyendo que le conviene que viva, según lo que me contó la señora, pensando que así él podrá manejar todo el dinero. Que es justamente lo que ella evita con el documento que hizo en el vapor.

—¡Dios mío. Cuántas maldades se hacen y se piensan por el dinero...!

—Este señor muchas lleva hechas y muy gordas; y no hará más por que no pueda que si no... Por eso guárdese V. mucho de él; y que nadie, *¡nadie!* sepa que tiene estos papeles.

—¡Descuide osté, que así será! Y ojalá hubiá yo podío darle esa seguriá a la pobre maere antes de morir.

—¡Menos amarga le hubiera sido la muerte, sabiendo que alguien honrado y bueno amparaba a su hija!

—Y si el marqués se la lleva ¿cómo sabré yo después encontrarla?

—Ha dicho que la dejará aquí para que usted la críe, y cuando termine la crianza que vendría a recogerla.

Pero un hombre como él que está huído porque le busca la justicia, y que si le encuentra le meterá en presidio, no es probable que quiera tener a su lado una niña pequeña que le dificultaría la vida, puesto que él necesita vivir escondido.

En aquel momento apercibió la payesa que los hombres volvían, por lo que dijo presurosa a Maipaz: Mire V., ya vuelven por allí. Esconda V. bien el envoltorio, para que el señor no sospeche nada.

Guardóse la huertana el paquete en el seno, bajo el pañuelo de luto que la cubría el busto, y preguntó a la payesa:

—Escuche osté: ¿la nena está mora?

—¿Qué?

—¡Que si está bautizá! Pa si no saber cómo tenemos que llamarla.

—Su madre me dijo que deseaba la pusieran María del Mar, puesto que en él había nacido. De modo que la apunten en la parroquia como María del Mar Jiménez y Roselló. ¿Se le olvidará a usted?

—Marche osté descuidá, que yo lo recordaré como quisiera que, puesta en mi caso, se acordara osté de los nombres de mi hijo. Además, como las huertanas no sabemos escribir, tenemos ya costumbre de apuntar las cosas en la cabeza; pero con una tinta que nunca se borra.

Callaron las dos mujeres al ver entrar en la

barraca al marqués alumbrando, al chauffeur llevando el almohadón del auto y a Bartolo siguiéndoles.

Los tres pasaron a la alcobita; y haciendo del almohadón unas parihuelas colocaron encima a la muerta; a quien Bartolo cubrió piadosamente con su manta, haciendo una cruz con su vara de morera y poniéndola encima del cadáver.

Al momento de salir con la difunta, dijo el marqués a Maipaz: Puesto que la casualidad ha puesto mi hija en sus manos, deseo que V. la críe, Y para sus gastos y crianza le pagaré una parte por adelantado. Dándole el billete de quinientas pesetas que había sacado antes.

—Si es su voluntá... dijo Maipaz que al tomarlo lo destinó todo entero a que fuera la niña quien lo disfrutara.

Enseguida se puso en marcha la fúnebre comitiva; ayudando Bartolo al chauffeur a llevar el cadáver, precedidos por el marqués; cuyo farol parecía querer pretenciosamente competir con su luz débil la que ya se anunciaba espléndida en el cielo.

Salió delante el triste cortejo, y al hacerlo detrás de él la payesa, se detuvo un momento ante la cuna, besando a la niña con honda emoción. Y al marcharse ya y pasar delante de Maipaz, se puso un dedo sobre la boca en gesto muy significativo, a lo que contestó la huertana con otro que no fué menos expresivo.

Al quedar sola Maipaz dentro de la barraca, siguió con la vista la emocionante caravana, y cuando desapareció para ella, miró un instante el billete que tenía en la mano, y contempló a la nena diciéndola: ¡Pa tí lo tomé...!

Después sacó a la huerfanita de la cuna, se la puso en su regazo y mientras la amamantaba pensó:

—¡Pobretica!... ¡Pero no te has quedao sin maere, no! ¡Sólo han hecho cambiarla...!

TERCERA PARTE

"Ababol"

CAPÍTULO PRIMERO

EL tiempo despiadado no sólo destruye con su paso a las personas, sino también a las cosas.

La barraca de Bartolo había tenido la heroicidad de resistir un fuerte ciclón que había arrancado de cuajo árboles centenarios, pero quedó como quien teniendo una gran naturaleza acaba de pasar grave enfermedad: Un poco delicada.

Y como hacía varios años que el negocio de la seda salía bien y tenía Bartolo buenos ahorros guardados en simpáticas monedas de oro, decidió dejar la barraca, destinándola a la faena sedera, y a guardar los tornos para hilar, haciéndose construir una casica huertana a pocos metros de la ba-

rraca, donde lo permitiera el grupo de palmeras que cercaba la antigua vivienda.

La nueva casita de Bartolo se hizo según los planos de rigor, pero con todo rumbo.

Por fuera resultaba muy atrayente, toda blanca, con su techo cuadrado, chato y gris, y los sencillos canalones formados con pedacitos de madera.

La entrada, que era lo que gusta tanto ahora por llamarse *hall,* dando derecho a creer la idea de origen inglés, formaba un conjunto verdaderamente seductor, con el tinajero de seis magníficas panzudas y relucientes tinajas. Los paños que las cubrían eran de lienzo fino y adornados con puntillas de algodón. Las *lejas* o vasares rellenas de platos, tazas, jícaras, copas, vasos y jarros de todos colores, agrupado en forma muy caprichosa, y que se adornaban con frutas, calabazas de color y ramos de albahaca; formando en conjunto una nota de tan brillante color, que parecía repartir alegría a todo el que lo mirase.

Pasando de esta primera habitación a la entrada de la casa por debajo de un arco de medio punto, había a un lado la cocina-comedor, con su gran hogar y chimenea, en cuyo fondo se encontraban los hierros para colocar al fuego la caldera y las sartenes.

En la *leja* de la campana había un centenar de ollas y cazuelas de barro sin estrenar, formando pirámides armadas con mucho ingenio y que ha-

cían honor al buen gusto decorativo de Maipaz.

En un lienzo de la pared estaba colgada la batería de cobre, en la que había cuatro espléndidas chocolateras, algunas de ellas extremadamente grandes, que igual que los demás utensilios no se usaban nunca, porque estaban sólo destinados a adornar. Especialmente las chocolateras tienen pocas veces ocasión de lucir sus cualidades, pues es el chocolate golosina que en la Huerta sólo se hace en caso de boda, parto, bautizo o enfermedad grave. Sobre todo en las bodas es cuando se utiliza la chocolatera grande, capaz de contener más de dos libras de este brevaje.

Dejando a la derecha la amplia cocina-comedor y a la izquierda la escalera que subía al piso alto, se pasaba desde el recibimiento donde estaba el tinajero al corral, donde se hallaba hacinada la leña de la escarda de las moreras que había de servir para el horno, la cocina y la chimenea durante todo el año.

Allí se encontraban algunos aperos de labor y en abundancia las gallinas, palomas, pavos y una cerda con su manada de gorrinillos.

En el fondo del corral había su cuadrita, su gallinero, su palomar, su pajar y la indispensable perrera.

En esta casita tan atrayente vivían en paz y en gracia de Dios Maipaz, Bartolo, Toñico y la nena recogida por ellos, que en el corazón del matrimonio ocupaba el hueco dejado vacío por la

muerte de Luz; a quien un traidor sarampión había llevado al cielo.

Toñico y la nena se amamantaron a los mismos pechos, juntos se criaron y un profundo cariño y una verdadera simpatía los unió siempre.

Todos en la Huerta los creían gemelos; ellos mismos así lo pensaban, y casi estoy por decir que también los padres eran de igual opinión.

Es tan frecuente que el interés, el egoísmo y la frialdad se atraviesen entre personas nacidas de los mismos padres, que no damos ninguna importancia al parentesco, creyendo que *la hermandad* no es cosa que hace la sangre ciega, sino el despierto cariño.

Y así la nena y Toñico no sólo fueron hermanos, sino hermanos entrañables.

La nena empezó siendo una monería; parecía traer las maneras distinguidas del aristócrata marqués; la dulzura peculiar a las señoras mallorquinas; y ostentar todo el encanto aprisionado de la Huerta murciana donde se criara. Tenía además la niña un colorcito tan saludable, que Maipaz empezó de broma a llamarla *Ababol*... y con Ababol se quedó.

A la sazón tenía dieciseis años, y revueltos por su hermosura a una porción de huertanos, que se disputaban entre sí por ver quién se llevaba la gata al agua. Y los miércoles y sábados, para interrumpir poco el trabajo de la semana, llegaban

rondas a la casica de Bartolo para obsequiar a su hija.

Por cierto que el origen de estas rondas es curioso.

Cuando antiguamente estaba amurallada la ciudad de Murcia, al toque de oraciones se cerraban las puertas de la muralla, y durante toda la noche se prohibía el acceso a la población a los habitantes de las afueras.

Para eludir los mozos esta prohibición formaban rondas, y ya unidos, saltaban las murallas, en condiciones de salir victoriosos de cualquier encuentro con la autoridad.

Y vencer estas dificultades era una prueba de amor; como lo expresa un cantar popular, que dice:

Yo salté la muralla
por visitarte,
que es el mayor esfuerzo
que hace un amante (1).

Como el clima murciano desarrolla tan de prisa a las plantas y a las muchachas (que al fin plantas son), aunque en realidad por la edad era Ababol una niña, por la esplendidez de sus formas había que calificarla ya de mujer. Por eso hacía dos años que en la madrugada del Domingo de Ramos algún adorador le había dejado en la reja un

(1) Ruiz Funes.

ramo de *alábega* o de flores como expresión de su amor; así como el día 1.° de Mayo había alfombrado de flores la puerta de Ababol en costumbre tan poética como significativa.

Pero una marcada preferencia favorecía a Manolito, el hijo del alcalde de Monteagudo, que era un muchacho sano y simpático, que no estaría descalzo, sino muy bien calzado, el día de mañana (cosa que aunque para nada influía en la inclinación de Ababol, hay que reconocer que tampoco le dañaba).

El muchacho no tenía *pero personal,* aunque le acompañaba un grave defecto a los ojos de Bartolo: el ser hijo del cacique de aquel partido, contrario suyo en ideas políticas. Y como en el campo y en los pueblos es donde únicamente se toma de buena fe la política en serio, Bartolo llamaba enemigo a todo el que no opinara como él.

Además, el tío *Mengajo* no era muy recomendable, porque de bueno tenía sólo el dinero, y de malo... ¡era cacique!, palabrita que como a la madrastra, el nombre le basta.

Y por si no son viejos todos cuantos leen mi libro (porque esos no necesitarían ninguna explicación para estar al cabo de la calle), les contaré a los jóvenes que cacique viene a ser un negrero de blancos.

El tío *Mengajo* tenía esclavizados a todos con su despotismo y su poder, y como consecuencia era tan odiado como temido; pero a él tenían que

acudir casi todos; los unos en grandes apuros buscando al usurero que les prestaba el dinero con un interés brutal: los otros porque no había manera de manejarse en ninguna empresa sin que él lo consintiese; y no pocos por dar culto al servilismo, que es mil veces peor que la servidumbre.

Una rara excepción era Bartolo, que tenía lo que escasea mucho entre las clases altas y las bajas: el instinto de su dignidad, que respetaba siempre aunque constituyera un peligro para él. Porque el tío *Mengajo,* como cumplido cacique, estaba acostumbrado a avasallar sin reconocer a nadie el derecho de sacudir su yugo.

Como Bartolo era bueno no hacía cosas malas y como además era prudente vivía alerta, sin procurar motivos al alcalde para que tuviera que meterse con él; pero odiándose los dos entrañablemente.

CAPITULO II

MANOLITO en sus rondas cantaba coplas dedicadas a Ababol, tan expresivas, que ella estaba ya bien convencida de los sentimientos que inspiraba al hijo del alcalde de Monteagudo, aunque él no los hubiera expuesto aún de una manera oficial.

Momento que temía Bartolo por la lucha que sostenían en su corazón y en su conciencia la idea de que su Ababol adorada amase al hijo de su mayor enemigo: aunque en esta contienda siempre terminaba venciendo la razón, que le demostraba lo injusto que fuera sacrificar a su mala pasión del rencor, la pasión pura de dos seres inocentes.

De tiempo antiguo, seguramente desde poco después de la expulsión de los moriscos y como prueba de *cristiano viejo* sin duda, el labrador tiene a gala en los días de Semana Santa contribuir con su presencia al mayor esplendor de las procesiones murcianas.

Hay en las familias de los huertanos, como cargo hereditario, el de *llevar los pasos,* teniendo para ello, según la cofradía a que pertenece, su

correspondiente traje de *nazareno;* el cual consiste en un sayo de color azul para el Domingo de Ramos; rojo oscuro para el miércoles santo, y morado para el jueves. Su correspondiente coroza de igual color, y el sayo sujeto a la cintura; siendo la gala del huertano soltero henchirla de cartuchos de caramelos, que distribuye entre sus conocidas y con que principalmente obsequia a su novia. Sirviendo tal demostración muchas veces como de declaración amorosa.

Por eso le dió muy mala espina a Bartolo, que iba acompañando el *paso* de las Angustias, ver que Manolito se acercó a Maipaz y a *Ababol,* que presenciaban el paso de la procesión, echando en el delantal de esta última todos los caramelos que llevaba.

Aquella noche durmió mal Bartolo, viendo cómo el nublado se acercaba y temiendo que descargase enseguida. Cosa que sucedió al día siguiente con todas las reglas del arte.

Estaba Maipaz metiendo *las tartanas* de los gusanos de seda; doblando los cobertores y refajos que al siguiente día volverían a entoldarlas, y Ababol colocaba junto al tinajero las hojas quitadas por Bartolo a la morera, y dejadas envueltas en una manta vieja cerca de la puerta del corral: las dos estaban a cual más entretenidas con su faena cuando llegó Manolito: quien, sin trasponer el dintel de la puerta, dijo solamente: *Dios guarde.*

Pronunciada tal salutación, y comprendiendo

lo que representaba, contestó Maipaz desde dentro: *Pasa alante*.

Obedeció Manolito la indicación, y dirigiéndose al jarrero, echó allí largo trago de agua al aire, limpiándose después los labios con el envés de la mano y tomando una actitud muy indiferente.

Como Maipaz era gustosa de aquellas relaciones, por ser Manolito buen muchacho y la mejor proporción de todo aquel partido, le invitó para que tomara asiento; lo que hizo enseguida Manolito sin ninguna ceremonia, colocando una silla al lado de Ababol, y doblemente satisfecho, puesto que tal invitación en la madre quería decir que era aceptada su pretensión amorosa.

Desde entonces todos los domingos y días de fiesta, luego de oir misa en la catedral de Murcia, o en la ermitilla huertana, y después de comer, iba Manolito a casa de Bartolo, y en la parte de fuera se sentaban en dos sillas recostadas en la pared; y sin distraerse más que en decir al llegar: *Güenas tardes*, con la montera puesta y la manta echada al hombro, dirigiéndose a los padres y demás personas que hubiera, se estaban juntos *mano a mano* o *silla a silla* tres, cuatro o más horas.

Pero cada media hablarían unas cuantas palabras; el resto del tiempo lo empleaban: ella en dirigir sus ojos al suelo, o componerse los alfileres del pañuelo, mirando a Manolito de vez en cuando: mientras que él, o con una cachaba mónstruo, o con su vara de morera se entretenía en hacer

un hoyo en el suelo; que a veces llegaba a ser capaz así como para plantar una higuera. No siendo fácil deducir la violencia de la pasión de los enamorados huertanos por este trato tan circunspecto con las amadas.

Una espléndida tarde de Abril tenía la casita de Bartolo un aspecto seductor; la higuera se encontraba completamente vestida; las *jitanillas* que rodeaban el pozo estaban cuajadas de indolentes florecillas que chorreaban por todo el brocal.

Desde la higuera hasta la reja de una de las ventanas de la casa colgaba una cuerda de donde pendían para secar muchos mazos de *hijuela* que a la espléndida luz del sol parecían hebras de oro en el centro, siendo los cabos de blancura plateada.

Bajo la frondosa parra que cual un toldo cubría toda la parte delantera de la casita, estaba sentado Bartolo junto a una mesita huertana donde aún quedaba un pedazo de pan moreno, naranjas, tomates y dátiles.

Bartolo acababa de merendar y Maipaz le servía con un respeto que no era humillación, sino amor.

A unos cuantos metros de la casita y aprovechando la sombra de una morera, cuatro jóvenes huertanas adornadas con flores, unas en la cabeza y otras en el busto sacaban *hijuela*.

Toñico, en mangas de camisa, sin chaleco, llevando pantalón oscuro, sombrero redondo y calzado con *esparteñas,* se ocupaba en colgar a se-

car los mazos cuando ya salían del agua bien limpios y brillantes.

Ababol sacaba agua del pozo en un *pozal* de donde luego la pasaba a una cantarita blanca que allí tenía preparada para recibirla.

Estaba *Ababol* hecha una hormosura con su belleza, su salud, su alegría y su bondad. Era una muchacha que como dicen tan gráficamente en Andalucía, tenía *ángel*.

Calzaba sus piececitos que dos almendras parecían con alpargatas blancas: llevaba airosa falda cortita, aunque sin exageración, de color blanquecino: la blusa, de mangas cortas, competía en su color rosado con las mejillas de *Ababol*, que parecían de porcelana. Un delantalillo, muy vistoso, azul celeste, completaba el traje: sirviendo de adorno a su cabeza un magnífico clavel rojo, y a su garganta un ramito de jazmín. Dos flores que fueron antes morunas y ahora se las creería nacidas en la Huerta.

CAPITULO III

TERMINÓ Ababol de sacar agua del pozo y doblemente sofocada por el trabajo y por la fuerza del sol, cogió la cántara recién llena y se la llevó a Bartolo, para que rematara su merienda con un buen trago fresco.

Mientras entregaba la jarra a su padre decía: ¡Uy! cómo pica el sol; paece que tiene alfileres.

Y Toñico, sin dejar de tender mazos de hijuela contestó a su hermana: Es que pué que le guste picarte a tí más fuerte que a los demás, porque como eres *Ababol*, una flor; y el sol y las flores se besan tanto...

—Atienda V., madre, qué cosas se le ocurren a Toñico: ¡si es más *asno* este hermanico mío!... dijo Ababol terminando la frase con darle un abrazo,

Y Bartolo, celoso, añadió: ¡Eso es, y pa los demás na, sólo ración de vista, pa que se nos pongan los dientes largos...!

Pero Ababol aseguró a su padre que no había por qué apurarse, porque los tres cabían en sus

brazos y tan apretaícos como lo estaban dentro de su corazón.

Y soltándose de Toñico fué a estrechar primero a su padre y luego a su madre, pues sabía que aunque estaba calladita no lo deseaba menos.

Después fué a unirse con las obreras, poniéndose en cuclillas ante un lebrillo casi lleno de gusanos amarillos ahogados en vinagre y empezó a partirlos con maestría consumada sacando la hermosa hebra dorada llamada *hijuela*.

Mientras tanto Maipaz recogió los restos de la merienda, acabando por entrar a la casa la mesita, puesto que había cumplido ya su cometido.

También Bartolo se levantó, siguiendo a su mujer dentro de la casa.

—¡Ea! Cada cual a lo suyo, Maipaz. Yo me marcho ya pa ir preparando los bancales de papas y tomates pa que reciban el agua, porque esta noche les toca el riego.

Sacó del arca la azada, se la echó al hombro, y se disponía a marchar, cuando le preguntó Maipaz: ¿Has de volver a cenar pa que te alguardemos?

—No; cenar vosotros solos, que yo he merendao fuerte; porque esta noche es mi tanda de riego a las nueve; y prefiero volver tarde cuando haya concluío de regar. Porque como ese mal alma de Juan ha de regar sus bancales antes que yo los míos, si me descuidara sería capaz de hacerme alguna ¡el muy perro!

—¡Calla Bartolo!...

—¿Es que acaso le calunio llamándole perro?

—¡No, que aún te quedas corto!, pero más que en sus maldás debes tú pensar en que es el alcalde; el que manda. Y ya sabes que llegao el caso, siempre se quiebra la soga por lo más delgao...

—Sí, lo comprendo, pero... Que sea ese bribón, como quien dice, el amo de este partío, na más que porque al cacique le dé la gana... ¡Ya podía tener mejor ojo y dar su poderío a un hombre de bien!

—Es que los hombres honraos no son los que a él le convienen pa hacer sus fechorías a mansalva.

—Bueno, eso ya tos lo sabemos.

—Pos si es cosa tan sabía, no hablemos más de ello, que cualquiera pué oirnos y... ¿a qué comprometernos?

—¡Dices bien, Maipaz, dices bien y razón te sobra!, pero a veces la sangre tié más fuerza que las razones. Y lo que es si el último día de riego que tuvimos Juan y yo unas palabras, no me llego a acordar que el hijo de ese renegao es el hombre que quiere mi Ababol... ¡no sé si hago alguna que fuera soná!

—¡Jesús María! Pues bendita sea una vez más nuestra Ababol que hasta sin querer nos da buena sombra...

Dió Bartolo por terminada la conversación, y echó a andar hacia sus bancales saliendo por la

puerta de detrás que daba al campo y estaba siempre abierta, como muestra de la confianza que inspiraban los vecinos.

Mientras tanto había llegado a donde trabajaban las muchachas Manolito, con su bufanda de chillones colores echada sobre el hombro, y armado de su correspondiente vara de morera.

Manolito, que era muy afable, saludó con mucho agrado, siendo igualmente correspondido por las cuatro obreras y huelga decir que por Ababol.

En cambio Toñico, sin parar en la faena, torció el gesto al verle, limitándose a decir secamente: ¡Buenas tardes!

Toñico parecía heredar de su padre el odio que tenía al alcalde para él transmitírsele a su hijo. Pero había una gran diferencia entre ellos; pues era humano y hasta natural el rencor que abrigaba Bartolo contra aquel buen ejemplar de horca y cuchillo, a quien odiaban casi todos los que tenían la desgracia de necesitar tratarle; mientras que la antipatía de Toñico hacia Manolito no sólo era inexplicable, sino ciertamente injusta.

Precisamente Manolito, con su bondad para todos y su compasión hacia los desgraciados, parecía querer borrar la huella de odio que dejaba su padre.

Y si para todos era bueno, no hay que decir que con mayor motivo con la familia de su novia; por eso no se explicaba el marcado desvío que

siempre le mostraba Toñico no habiendo nunca tenido con él no sólo ningún disgusto, sino ni el menor rozamiento siquiera.

Por su parte Toñico se concretaba a sentir una profunda antipatía por él, sin tratar de analizar los motivos y hasta suponiendo como causa el sentimiento de odio que unía a su padre con el tío Mengajo.

Hacía tiempo que Manolito buscaba ocasión propicia para tener una explicación leal con Toñico y saber fijamente a qué atenerse. Proponiéndose al mismo tiempo poner de su parte cuanto fuera preciso, y ceder de su derecho todo lo que hiciera falta a trueque de conseguir la amistad y el cariño del hermano de la que había de ser su mujer.

Pero no se le presentaba la deseada coyuntura. Así que en cuanto vió a Toñico solo y ocupado a distancia de las muchachas, que no podrían oirles si hablaban, no desperdició tan buen momento para procurar aclarar lo que tan preocupado le traía.

Y acercándose a él con el aire más conciliador del mundo, le dijo:

—Vamos a ver, Toñico, porque es necesario que hablemos por lo claro: ¿qué te he hecho yo a tí sin querer (porque queriendo no ha sío) pa que siempre me mires con malos ojos?

—¡Náa!... gruñó más que contestó Toñico.

—Pos si no te he hecho na, entonces ¿por qué

has de tratarme como a un enemigo, si mi voluntá es sólo de ser tu hermano?

Las palabras dichas por Manolito, y sobre todo el aire leal con que fueron pronunciadas, desarmó por un momento el natural honrado de Toñico, quien respondió llevado de su buena fe:

—Tiés razón... tú eres un hombre de bien y mereceor de estima. No sé yo mismo qué es lo que me separa de tu presona.

—Pos mira, Toñico, lo que yo deseo es que tú me quieras; y ya ves que casi tengo derecho a pedírtelo, puesto que en cuanto cumpla con el Rey he de ser de tu familia.

—¡Es verdá!... contestó Toñico; pero lo dijo con tal aire de tristeza, que Manolito dolorosamente emocionado replicó:

—Vamos, dímelo francamente; ¿es que tú no eres gustoso en que yo me case con Ababol?... Contesta con la verdá, como lo hacen los hombres honraos...

Toñico callaba, porque ni quería mentir ni acertaba a decir la verdad. La pregunta le había removido el alma en forma que no acertaba a ex presar lo que sentía.

Manolito, viéndose sin respuesta, continuó hablando así: Yo bien comprendo que tu hermana es la moza más hermosa de toa la Huerta.

Que por su mata de pelo tan dorá como los trigos; por sus ojos tan azules como nuestro cielo murciano; por su boca tan roja que paece un cla-

vel en capota, y por sus colores de ababol (que buena razón tuvo vuestra madre en empezar a llamarla así desde chiquitica), merecía casarse con un rey... Pero yo ¿qué más puedo ofrecerla que to lo que tengo?...

Honrao lo soy, gracias a Dios. Como hijo único a mí han de venirme los bienes de mi padre, que son muchas tahullas de regadío. Y en el pecho llevo un corazón que sólo por Ababol paece vivir...

Ahora dime tú en concencia, ¿es que tan mala proporción soy pa tu hermana, aunque ella se merezca mucho más?

—No eres mala proporción, sino muy buena, dijo al fin a regañadientes.

—Pos entonces ¿es que no merezco que tú me llegues a llamar hermano y que como a tal me trates?

Luchaba Toñico consigo mismo, porque son duras siempre las batallas que sostenemos con nuestra conciencia. Pero al fin, vencido por ella, respondió:

—¡Tiés razón, Manolito! ¡Yo mesmo no sé lo que me pasa! Soy injusto contigo, pero perdónamelo; y te prometo hacer cuanto pueda por quitarme esta antipatía, esta... ¡qué sé yo lo que es! que de tí me separa con rabia.

Manolito quedó encantado con estas palabras que tan bien respondían a sus deseos, exclamando lleno de contento: ¡Bueno! pues ahí te va mi

mano leal, y venga la tuya que no lo ha de ser menos. Juntémoslas olvidando to lo pasao.

Y cuando esta noche en celebración de *los Mayos,* entre en tu casa a beber un vaso de vino, ofrecido por tí y por tu padre, beberemos juntos a la salú de nuestro buen cariño que hoy nace.

A Toñico le pareció muy bien lo propuesto por Manolito, y los dos se separaron en la mejor armonía del mundo.

Manolito se acercó entonces al grupo que formaban las obreras y *Ababol,* poniéndose especialmente a hablar con esta última.

Pero al verlo Toñico sintió un movimiento de ira; tiró al suelo sin darse cuenta el hermoso manojo de hijuela que en aquel momento estaba tendiendo, y violentamente, teniendo su entonación reflejos de odio, dijo mirándoles:

—¡No; si es más fuerte que mi voluntá! Cuando le veo junto a ella... ¡le mataría!

Y se marchó furioso, para no presenciar lo que tanto mal le hacía, sin que los novios se dieran siquiera cuenta de su fuga; ya que con el egoismo de los enamorados no se ocupaban más que de ellos mismos.

CAPÍTULO IV

Aún os queda mucha tarea?, preguntó Manolito.

—¡Considera!, respondió Ababol. De seis onzas de semilla de gusanos, la mitá son de capillo y la otra mitá tenemos que sacarlo de hijuela.

—¡Animalicos!, dijo cariñosamente una de las obreras. La verdá es que mirao despacio cada gusano es un milagro.

—¡Y bien gordo!, afirmó Ababol. ¡Mira que tener dentro del cuerpo esta tripa tan amarilla y tan hermosa que paece talmente de oro y plata... Pues a mí aún me chocan más cuando ellos solicos se van subiendo a las matas de *boja* o de romero, y empiezan a babear, y luego a enrearse en su baba hasta quear encerraos en su capullo de sea... ¡Y mira que pensar lo larga que es cada baba...!

—¿Cuánto os creéis vosotras que mide cada hebra?, preguntó Manolito.

—¡Mucho!... Yo oí contar en la fábrica de la seda que algunas hebras tienen un kilómetro.

Con que ¡echaros a pensar! tanta largura como desde aquí a Murcia.

En vista de lo cual afirmó Ababol muy convencida, que aunque el Señor no hubiera hecho en el mundo más milagro que el de los gusanos de seda, ya tenía bastante para pedir que todos le adorasen de rodillas.

Cambió el motivo de la conversación por otro asunto de mucho interés para aquella gente joven y alegre, muy devota de la diversión de *los Mayos* que precisamente aquella noche había de celebrarse.

Una obrera preguntó a Manolito si aquella noche tendrían baile.

Contestando él que sólo dudarlo le parecía una ofensa; porque queriendo tanto como quería a su novia, y siendo obligatorio en *los Mayos* guardar toda la noche hasta el amanecer, la puerta de la amada, no podrían ellas figurarse que él, por meterse en la cama, iba a dejar de defender a su Ababol.

Las huertanas encontraron muy puesta en razón la respuesta de Manolito, que equivalía a ofrecerlas una noche de fiesta: pero conduciéndose en consumados diplomáticos, demostraron que no era su propio interés quien las guiaba a desear la celebración de *los Mayos* sino la conveniencia de Monolito; puesto que el mozo que aquella noche entera no diera guardia de honor a su novia, des-

de la mañana siguiente había perdido todo derecho sobre ella.

Manolito las aseguraba que podían estar tranquilas porque él no renunciaba a su derecho, ¡no faltaría más! ¡Aunque tuviera que pasarse no una noche, sino las del mes entero ante la puerta de su nena...!

—Es que si te descuidaras... dijo una de las huertanas con más cantidad de malicia que de buena intención.

Añadiendo otra de sus compañeras, que entonces no faltarían mozos que desde el día siguiente empezaran a rondar a Ababol.

Justamente ellas no sabían lo que *Ababol* tenía; pero era lo cierto que cuando ella estaba presente nadie le miraba a las demás a la cara.

Manolito, muy halagado en su amor propio de hombre y de enamorado, se apresuró a decirlas que él sí sabia lo que *Ababol* tenía para llevarse las preferencias de los mozos, ofreciéndose a explicarlo.

Pero Ababol le mandó callar; alegando que él no podía ser buen juez para juzgarla, puesto que decía que la quería mucho y el amor tenía más fuerza que todo, incluso que la justicia.

En aquel momento salió Maipaz de la casica, yendo a reunirse con la gente joven que platicaba con tanto ahinco, como con las manos trabajaba; despenando a los animalitos que habían tenido una

vida tan corta para ellos y tan beneficiosa para sus dueños.

Maipaz se acercó a *Ababol,* y tomando posesión del barreño en que su hija trabajaba, la mandó quitarse de allí. Y puesto que aquella noche no había de hablar con su novio, siendo la costumbre que la muchacha festejada se acostase, podía entonces aprovechar un rato para estar de palique con Manolito.

Ababol no se hizo repetir la indicación, entrando enseguida a la casa para sacar dos sillas que colocó bajo el parral, y en las que recostados en la pared se sentaron ella y Manolito.

Mientras las fué a buscar preguntaron las obreras a qué hora empezaría el baile: Contestándolas Manolito que él iría hacia las nueve acompañado de su guitarra; y como luego ya hasta que hubiera amanecido no había de moverse de allí, podían escoger para bailar todas las horas de la noche que quisieran.

El programa era seductor a los ojos de las obreras; y éstas, puestas de acuerdo entre sí, convinieron en que para ir buena sería cualquier hora; que empezarían reuniéndose las muchachas, y luego con los mozos y las castañuelas (que sería la compañía completa) se acercarían todos juntos a la casica de Bartolo.

El principio de la conversación entre Ababol y Manolito fué un prolongado calderón musical;

después llegó la fermata que empezó suavemente la voz de Manolito diciendo a su novia:

—Si tuviera suerte en el número de la quinta, pudiera ya ser este año el último que yo y tú celebráramos *los Mayos*.

—¿Y eso? preguntó Ababol con aire al parecer inocente, pero en realidad sabiendo muy bien por dónde iba la corriente.

Pero Manolito con toda su buena fe le contestó: Porque en el invierno me sortean; y de no tocarme soldao, pues nos podemos casar enseguía. ¿Qué dices tú a eso?

—¡Pues que no te corra tanta prisa!

—¡Válgame Dios, nena!, replicó apesadumbrado el mozo. Si me quisieras tanto como yo a tí, te correría la misma priesa: ¡que no hay más que una manera de querer!

—Pos mira, a mí se me hace que hay varias.

—¿Entre hombre y mujer? ¡Una no más!

—¡Toma! pos hombre es Toñico y hombre eres tú...

—¡Atiende que chiste! Y él es tu hermano y yo voy a ser tu marío.

—¡Pero no sé a cuál de los dos os quiero más!

—Bueno, mucho a los dos.

—¡Y que lo digas...!

El diálogo había sido ya para ellos demasiado largo, y descansaron dejando de hablar, y guardando silencio unos cuantos minutos. Pero por las

señales debió haber quedado Manolito muy preocupado con las últimas frases, porque de repente se arrancó diciendo:

—Oye, nena: Y si viniera una riá y tuvieras tú que tirarte al agua pa sacar a tu hermanico o a mí que nos estuvíamos ajogando los dos, vamos a ver: hacia cuál corrías más pa salvarle; ¿verdá que hacia mí... verdá?

—¡Pué que sí! Pero luego si él se ajogaba estoy segura que de pena me moriría yo.

—¡Como que no sería yo capaz de consolarte antes...!

—¡Ni tú, ni nadie. Porque si Toñico se muriera me moriría yo también!

O por lo menos no me podrían ya llamar *Ababol,* que es una flor tan alegre: tendríais que llamarme *Endrina,* que es como se pondría mi corazón de negro y triste.

Apenas pudo terminar la frase porque los sollozos medio se la cortaron. Y Manolito, que no era psicólogo, al ver llorar a Ababol se echó a reir con toda su alma, mientras decía: ¡Pero seremos burros!... Vaya, que se enredan las palabras y bromeando y diciendo asnás hemos venío a entristecerte.

Cambiaron súbitamente las lágrimas de *Ababol* por una risa tan alegre, que más pareció un rayo de sol; y dijo gozosamente: Sí que somos burros, Manolito. A fe que está ahora el tiempo

como p' haber riá con este sol que paece de aceite hirviendo.

—¡Y aunque lloviera! Mira si te iba a precisar a tí salvar a uno de nosotros dos...

—¡Claro que no! Pero ¿sabes lo que te voy a decir?... Pos que lo bueno sería vivir siempre con los dos juntos: con él y contigo.

—Eso es. Conmigo y con él.

—Con él pa estar siempre contenta y contigo pa estar siempre agusto.

Hubo otro rato de pausa, durante el cual ninguno de los dos pensaba en nada; hasta que por fin Manolito preguntó:

—¿Verdá que me quieres mucho, nena?

—¡Ya lo creo!

—A ver, díme cuánto.

—¿Pero es que el cariño se pué medir como las tahullas de la Huerta?

—No; pero dime así como una comparación, pa que yo m' entere bien.

—Pues mucho, mucho: tó lo más grande que se pué querer.

—¡Así estoy contento!, dijo Manolito hecho unas pascuas. Porque esta vez soy yo el primero y el único.

Dió unos cuantos golpecitos con la vara, en el hoyo que ya iba siendo grandecito, y preguntó Manolito parando en su maniobra.

—Oye, nena; y si hiciera falta ¿te arrancarías el corazón pa mí?

—Sí.

—¿Tó entero, tó entero?... (riendo como un bendito). Porque entonces en esta repartición no quedaba ná pa tu hermanico ¿eh?

—Sí, porque pa él le guardaría el alma...

Durante la conversación de los novios Maipaz y las obreras habían continuado en su tarea, sin descansar ni hablar, hasta que el cambio de luz hizo decir a una de las huertanas:

—¿Y qué hora será ya, tía Maipaz?

Miró al cielo la interrogada y repuso: Por el sol alredeor de las siete y media.

—Ya va la tarde de pasá.

—Pero la tarea se remata.

También dieron por rematado su palique los novios, que fueron a reunirse con las demás mujeres. De quienes se despidió Manolito diciendo que él se marchaba porque tenía que ir a convidar a los mozos que después traería; y antes había de ir a su huerto a cortar las flores más bonitas que hubiera para luego adornar la puerta y ventana de Ababol.

Creyendo con gran convicción que todas ellas habían de quedar muy contentas: las unas porque Ababol las pisaría la mañana siguiente al levantarse; y las otras porque toda la noche, mientras ella durmiera, habían de velar su sueño desde la reja.

Cuando Monolito hubo marchado, exclamó

una de las obreras dirigiéndose a Ababol: ¡Mira que tienes suerte...!

Y agregó otra: ¡Ya, ya, tan buen hombre y tan rendío de amor por tí!

—Como que habría que matarme, si no estuviera muy contenta, ¿verdá, madre?

—¡Tó lo bueno te lo mereces, hija mía: Que te hizo Dios semejante al sol, que tó lo alegra y hermosea!

Dieron las huertanas por terminada su tarea, encontrando Maipaz que acababan a buena hora, puesto que la luz del día casi se había ido por completo, y no era aquella labor para poderse rematar con candil.

Marcharon las obreras y Maipaz ordenó a su hija: que recogiera todos los enseres del trabajo y los lebrillos: y entrara la hijuela que ya estuviera seca. Mientras ella iba a preparar la cena, porque no tardaría ya mucho su hermano en recogerse.

CAPITULO V

Entróse Maipaz a hacer lo que había anunciado, y se puso Ababol a obedecer las órdenes de su madre.

Aún no había terminado de cumplirlas cuando llegó Toñico cantando una malagueña, y con un *capazo* en la mano, que Ababol le tomó diciendo: ¡A ver, qué traes en el capazo?

Y fué enumerando lo que sacaba de dentro de él: *Bajocas...,* habas p' hacer *minchirones*...: ¡Y no queda más!

Pero Toñico le arrebató el capazo de las manos y dijo con aire muy malicioso: ¿Na más dices tú?... ¡pos mira estos ababoles que traje pa tí! Y sacó del fondo del cesto un manojo de hermosas amapolas.

Ababol, con su pasión por las flores, se entusiasmó mirándolas.

—¡Eso sí que estuvo bien discurrío!... Y al tomarlas se las colocó en el moño preguntándole después: ¿Qué?... ¿están bien?, ¿me adornan...?

—¡Bien sí que están; pero en cuanto a lo de

adornar... no sé si ellos te adornan a tí, o tú a ellos!

Ababol se echó a reir al recibir la flor silvestre pero de delicado aroma que Toñico le brindara en sus palabras; y sintiéndose por ellas muy halagada, replicó: ¡Como al fin tós semos unos; Ababol y ababoles; tós hermanos...!

En aquel momento empezó Maipaz a llamar a Ababol desde dentro de la casa, mandándola que encendiera y llevara el candil porque ya no veía para pelar las lechugas de la cena.

Se fué Ababol a complacer a su madre quedando Toñico allí fuera solo y pensativo.

Repetía las palabras de su hermana: ¡Hermanos!... ¡hermanos tós! las flores y ella... ¡ella y yo!

Y le parecía que contestaban dentro de su alma: la razón: ¡sí! El instinto ¡no...!

Toñico sufría, pero no acertaba a comprender de dónde le venía el sufrimieuto. De lo que sí se daba cuenta es de que quería a su hermana tanto y de una manera tan completa que parecía absorberle el alma entera.

Ensimismado continuó, hasta que volvió Ababol del recado, distrayéndole con su presencia.

—¿Tuviste hoy mucho trabajo, Toñico?

—No; cortar verde pa las cabras; arreglar unas cobijas de tomateras y cortar esas hortalizas que he traído.

—Entonces no estarás muy cansao, y esta noche podrás bailar mucho.

Hizo un gesto de triste resignación y repuso como acordándose de algo desagradable: ¡Es verdá, que hoy se acaba Abril!

—¿Por qué lo dices con ese aire así como triste?

—No sé; porque paece que me da pena.

—Será porque te dé envidia que a mí me vengan a festejar y que tú no tengas novia pa ir a cortejarla.

—Tiés razón; eso debe de ser. Porque dará tanto gozo ir a cortar flores y preparar ramos y cantar y bailar, y tó ello por la mujer que se quiere... Pero yo te aseguro que de hoy en un año he de tener novia pa festejarla en *los Mayos* con tanta alegría como esta noche te festejará a tí Manolito.

—¿Es que has pensao ya en alguna mocica?

—Pué que me decida por la hija del tío Matías que es muy honrá y trabajaora: ¿qué te paece a tí?

Hizo un puchero Ababol, y violentándose respondió: A mí naá; eso es sólo cosa tuya.

Miróla sorprendido Toñico; y al ver, o mejor dicho adivinar, unas lágrimas que pugnaban por salir, saltando la valla que se les ponía, dijo:

—Pero oye, nena, ¿qué te pasa, qué tienes?

—Tengo tristeza.

—Pero ¿de onde?

—¡Toma, de onde sale siempre la tristeza: del corazón!

—¿Es que alguien te ha dao angún disgusto?

—No lo sé.

—¡Está eso güeno! ¿Pos a quién se lo vamos a preguntar, si tú no lo sabes?

—Pos eso es, ¡a nadie!, será que tengo pena sin disgusto...

Les interrumpió la presencia de Maipaz; quien les dijo que ya todo estaba preparado y podían entrar a cenar.

—¿Y padre?, preguntó Toñico.

—Cenará luego, contestó Maipaz. Y a renglón seguido se entraron los tres en la casica.

Un grito característico, especie de relincho humano, anunció con bastante anticipación la llegada de Manolito; lo cual no interrumpió para nada la cena de Maipaz y sus hijos.

Manolito llegó muy bien armado, llevando en una mano la guitarra y en la otra un gran manojo de flores.

Posó primeramente el instrumento sobre el poyo adosado a la casica, y despues repartió las flores; poniendo un brazado sobre la reja, y tirando las demás delante de la puerta: para que a la mañana siguiente los piececitos de Ababol les hicieran el honor de pisarlas.

Enseguida templó Manolito cuidadosamente su guitarra, y acompañado de ella y con música de malagueña de *barrenderos* cantó la siguiente copla:

Te quiero porque te quiero
y porque me da la gana:
Quéjate ahora si quieres,
de que me voy por las ramas.

La hermosa voz atenorada de Manolito vibró en dos almas, aunque con sentimientos muy diferentes: Con amor en la de Ababol y con odio en la de Toñico...

Aún no había casi terminado de extinguirse el último acento de la canción de Manolito, cuando llegaron dos jóvenes huertanos; quienes en son de broma le hicieron notar que no se había descuidado en acudir al reclamo.

—Se madruga, ¿eh, Manolito?

Contestando el interpelado riendo: Es que en las empresas de amor siempre está uno ansioso de trabajar...

—¡Y cualquiera correría en tu pellejo!

—Como que es tener mucha hacienda el ser dueño del cariño de Ababol, afirmó el otro huertano.

—Por eso me creo yo con él el hombre más rico de la Huerta, afirmó Manolito.

Siguieron los tres un rato de conversación y mientras tanto fué llegando más gente.

La luna, que era un faro tan potente que parecía alumbrar casi como si de día fuese, permitía a los mozos ver claro a dónde se arrimaban; cuidando bien cada uno de hacerlo junto a la moza cuya conversación más les interesaba.

Todos estaban entretenidos charlando cada cual con su pareja.

—Vaya una noche hermosa que hace, dijo una huertana a su pretendiente, paece noche de amor.

Pero otra desafortunada que lo oyó se apresuró a consignar: Eso será pa las que tienen novio, que pa las que estamos desparejás...

—¡Pa tós es buena, muchacha! Y si no ¿qué más se le pué pedir, tan suave como hace, y con una luna que paece el sol de otras tierras menos afortunás que la nuestra de Murcia?

Luego el mozo bajó más la voz (teniendo en cuenta la propensión a escuchar conversaciones amorosas de las muchachas a quienes nadie distrae hablándolas de amor) y preguntó a la huertana:

—¿Sabes lo que estoy pensando?

—Tú dirás.

—Pos que me paece una noche muy propicia pa decirte yo que te quiero y pa que tú me contestes... ¡que güeno!

—Lo que yo he de contestarte ya me lo sé sin que tú me lo apuntes, pero no te has de ir esta noche sabiendo la noticia.

—¡Esa sí que es gorda! ¿y a cuándo vas a alguardar pa decírmela?

—Pasao mañana se celebra la Cruz de Mayo y delante de mi puerta habrá un altarico lleno de flores, y de flores también hecha una cruz.

Quiero que sea delante de ella donde tú me

digas que me quieres. Pa que siendo la cruz testigo de tus palabras no puedas luego engañarme nunca jamás.

—Está bien: así lo haremos. Y que la misma cruz que escuche mis palabras oiga tamién las tuyas; pa que si a ellas me faltas... ¡te entre el *aliacán*!

—¡Y que no te has quedao corto pa señalar el castigo!... dijo riendo la huertana.

En el tenor de esta pareja hablaban las demás, y todas estaban entretenidas y contentas, hasta que Manolito encontró que ya había habido bastante ración de jarabe de pico, y propuso que se bailara una malagueña. El público aprobó la idea del baile, pero exigiendo que se empezara por unas *parrandas*. Y ante tal mayoría de votos hubo que dar preferencia al baile tan bonito, tan fino, tan elegante y distinguido, que el pueblo va teniendo la torpeza de arrinconar tan sólo por el grave pecado de ser antiguo.

El español, generalmente, no tiene mucho instinto de conservación; y con una falta absoluta de amor al arte, pierde sus tradiciones tan llenas de encanto y poesía; abandona sus trajes típicos tan graciosos; desprecia los cantos y bailes populares tan artísticos, y no tiene imaginación para crear otros mejores, sino el mal gusto de relegar lo bueno para sustituirlo por vulgaridades muchas veces y no pocas con tonterías.

CAPITULO VI

SEGUIAN bailando con vivo ritmo; los muchachos con el sombrero redondo puesto, y ellas con una corrección de duquesas... ¡correctas! cuando dentro de la casa terminaron de cenar, y Maipaz indicó a Toñico, que como hacía rato que la fiesta estaba empezada, se fuera al ventorrillo del tío *Peroles,* situado a poca distancia, y se trajera una azumbre de vino de Jumilla, para luego cuando entraran a refrescar los bailadores.

Toñico refunfuñando interiormente, se marchó a cumplir el encargo de su madre, saliendo por la puerta trasera que daba al campo, la cual no sólo estaba abierta, sino que no se cerraba nunca.

Cuando hubo salido, mandó Maipaz a su hija que cerrara la puerta delantera y las ventanas; y antes de acostarse la ayundara a poner sobre la mesa los vasos y el porrón para cuando entraran a beber.

Así lo hicieron; prepararon todo lo necesario al sencillo convite que iban a tener, y ya se encaminaba Ababol a acostarse, cuando madre e hija

quedaron aterradas, viendo entrar a Bartolo con aire despavorido.

—Bartolo ¿qué te pasa?, exclamó asustada Maipaz.

—Padre ¿viene osté enfermo?, añadió Ababol acercándose a él, como pretendiendo curarle ya con su cariño, del mal que fuese.

Pero él la rechazó con violencia: con una violencia completamente desusada en él, diciendo como explicación a su actitud enérgica e injusta:

—Quitar de ahí las dos y no vos arriméis a mí, ¡que mancho de sangre!...

Aterradas quedaron al oirlo las dos pobres mujeres.

—¡Jesús María! repuso ansiosa Maipaz: ¿vienes herido?

—¡Más valiera! contestó con voz desfallecida.

—Pero entonces ¿qué es?

—Que... ¡he matao! pudo apenas pronunciar.

La desdichada Maipaz sólo tuvo fuerzas para decir: ¡Virgen de la Fuensanta, ampáranos!..

—Padre, por Dios, es que ha bebío osté mucho vino y no sabe lo que dice? exclamó angustiada y temblando Ababol.

—¡Abora sé lo que digo... antes sí que no supe lo que hice!.

Y un dolor muy amargo acompañó sus palabras.

—¿Y quién era... *él?* Preguntó Maipaz.

—Juan.

—¡El alcalde!... pos entonces estamos perdíos sin remedio.

—¿Y cómo fué ello, padre?

—¿Pero estás seguro de no soñar, ni de estar borracho?

—De tó eso estoy bien seguro; y de que llegué a un bancal mío, a la vera del huerto, junto a la tapia; y que me encontré a Juan abriendo una compuerta pa llevarse el agua a sus naranjos, y que me cegué, y que le llamé ladrón, y que no sé cómo nos enreamos, y que yo le dí en la cabeza con mi puño, y qu' él cayó p' atrás... ¡muerto!

—¡Jesús nos valga! Se oyó decir a Maipaz.

Y a Ababol: Virgen María, ¡sálvanos tú!

Hubo un momento de silencio solemne, durante el cual se fundieron en uno solo el dolor de aquellas tres personas tan buenas y tan entrañables, y las lágrimas del que lloraba de arrepentimiento y de las que lloraban de compasión y temor.

—¡Y yo un criminal abora; y yo a la cárcel después a deshonraos pa siempre ya...!

Tomó el desgraciado culpable expresión de dureza, y con tono airado llamó: ¡Ababol!

—¡Padre!, contestó la huertana, acercándose á él desconsolada.

—No; tu no eres mi hija: porque yo no quiero deshonrarte siquiera a tí.

—¡Padre de mi alma; si hoy le quiero más que nunca, porque es cuando le veo más desgraciao!

E intentó abrazarle siendo rechazada nuevamente.

—Quita allá, dijo, empujándola con dureza, No te arrimes a mí; que mis manos han matao y yo no soy ya tu paere...

Maipaz, con mucha dulzura, pretendiendo suavizar el amargor de aquella conciencia atormentada, dijo con mucho amor y mucha compasión:

—¡Nadie te ha visto entrar, Bartolo; toma los dineros que hay en el arca y escápate!

—Es que no me quiero escapar; porque lo que quiero es ir yo mesmo a entregarme a la justicia. Si no lo hice ya fué pa que nadie os contara a vosotras que yo era un criminal, y he venío a confesarlo yo mesmo.

—¿Y si el tío Juan no estuviera muerto (dijo Maipaz agarrándose a una esperanza) y acudiendo pronto a él pudiéramos remediar que tú fueras... eso tan horrible que acabas de decir?

—¡Es inútil! porque el golpe que le dí en la sién fué certero, y además la ira que me cegaba le hizo seguro.

—Pos si está muerto callará pa siempre, padre. ¿Alguien lo vió?

—Sólo la luna.

—¡Esa es muda y no hablará!

—Entonces aún podemos salvarnos, dijo Maipaz poniendo el alma en sus palabras.

—¡Es que aunque nadie lo haya visto, lo diré yo!

—Tú te callarás, Bartolo; que pa castigo de lo

que has hecho ya tendrás bastante con el torceor de tu concencia. Y a nosotras que na hemos hecho no ties tú que castigarnos.

—¡No basta!, dijo enérgico y huraño.

—¡Padre, por la Virgen Santísima de las Angustias, si no le descubren, cállese osté!

Hubo en el acento de las palabras de Ababol un dolor tan grande, una angustia tan profunda, que Bartolo se sintió vencido por aquella hija que amaba tan apasionadamente.

Por un momento su honradez le hizo dudar, pero enseguida el amor se impuso, y dijo aunque con marcado sacrificio: ¡Bueno: callaré... por vosotras!

—¡Gracias, Dios mío!, exclamó Ababol tranquilizada en parte por la condescendencia de su padre.

Quedaron los tres en silencio porque cada uno por su estilo estaban tan emocionados que no encontraban palabras con que expresar sus sentimientos.

Súbitamente y con desesperación murmuró Bartolo ¡Maldición!... ¡Me he dejao junto al muerto la azáa y por ella me descubrirán!

Al escucharlo Ababol, lentamente y sin que sus padres lo notaran, absortos como estaban en sus correspondientes pensamientos, salió por la puerta trasera dirigiéndose al campo.

Mientras tanto el matrimonio continuaba silencioso y agobiado.

Maipaz lloraba desconsoladamente; y por la tez bruñida de Bartolo rodaban unas lágrimas *de hombre* que inspiraban respeto: no sólo al desgraciado que sufría sino al ser fuerte que hermanaba el vigor con el corazón sensible.

¡Compadezcamos a los hombres que no saben llorar! porque el llanto no significa debilidad sino sensibilidad. Por eso hay ocasiones en que los ojos secos, tanto si son de mujer como de hombre, reflejan cuando menos un alma vulgar, si no un corazón de esparto.

Bartolo lloraba y era muy hombre: pero tenía vivos sus sentimientos y como no había sequedad en su corazón, los ojos tenían lágrimas.

—¡Válgame!, decía entre sollozos. ¡Cuánto bueno hay que hacer pa que le llamen a uno honrao y pa ser criminal qué poca cosa hace falta!... Y luego que la propia mujer, que los hijos, tengan que avergonzarse de uno y maldecirle...

—¡Maldecirte yo a tí, Bartolo! Pos si es el mesmo Dios y estoy segura de que ya te ha perdonao viendo tu sentimiento.

Además, un hombre tan bueno como tú, que fué honrao toa su vida, no deja de serlo por un momento de arrebato.

Eso que a tí te ha pasao abora ha sío una desgracia, pero no una maldá.

—Benditas sean tus palabras, Maipaz, que caen en mi alma como el agua en las plantas cuando están agostás.

—Pos no es muncho que te compaezca por lo que te quiero y por ser verdá tó lo que te digo.

—¡La verdá es que soy un mal hombre!

—¡Te quiés callar!... Malo tú que has sío siempre el huertano más honrao de to este partío.

—¡Es que si lo fuí, ya no lo soy!... Qué dirá Toñico cuando sepa el mal ejemplo que le he dao...

—¡Pos dirá lo mesmo que yo: te compaecerá y ná más!

—No, no. Se avergonzará de su paere, que fué primero malo pa matar y luego cobarde pa no entregarse a la justicia.

—En lo uno no te guió la maldá sino el coraje; y en lo otro has hecho un sacrificio por nosotras y por él.

—¿Y Manolito, que dirá?

—Dios nos ayudará.

El recuerdo de Manolito fué un torcedor más para ellos; pero los dos tuvieron la delicadeza de no expresar sus sentimientos en voz alta.

—Ello es Maipaz, dijo Bartolo dando un hondo suspiro, que con tus consuelos se me va marchando la desesperación del principio, y sólo me va queando el dolor, pero tan grande... Que más quisiera abora, ¡te lo juro!, que él me hubiá matao a mí, que ser yo él...

No pudo acabar de pronunciar la frase, porque se la cortó la llegadade Ababol, quien tambaleándose como una ébria y llevando entre sus manos

una azada, se la presentó a su padre diciéndole:

—¡Aquí está el testigo, padre; ya nadie hablará contra osté!

—¡Hija querida, tú me salvas! y abrazó a Ababol con frenesí.

Bartolo tomó después el arma delatora y la guardó en el arca.

Ababol, aunque se sentía extenuada, pensando en los demás con preferencia a en ella misma, aconsejó a su padre que marchara a la cama, bebiendo antes un poco de agua para serenarse. Ella misma le acercó la jarra, aunque el temblor de sus piernas apenas la permitía sostenerse en pie.

Bartolo sumiso como un niño dócil, siguió el consejo, agradeciendo la intención que guiaba a su hija y sintiendo un consuelo grande material en la frescura de aquella agua, que calmó enseguida el ardor de su piel.

Cuando terminó Bartolo de echar su trago al aire, dijo Ababol:

—Ahora yo también beberé un poco, porque aquel... Un fuerte estremecimiento la impidió continuar. Y sólo pudo añadir: ¡qué horror!...

—Ande, padre (dijo cuando ya estuvo más serena), márchese osté a acostar, pa descansar un poco ¡pobretico! que estará rendío.

—Y ¿qué diremos a esos de ahí fuera cuando entren a beber?, preguntó Bartolo volviendo a la realidad de la vida.

Ababol reflexionó un momento y luego repuso: Pos que está osté acostao, desde esta tarde, con su mal de otras veces.

Madre, osté acuéstese tamién pa serenarse, que buena falta la hará.

—¿Y tú, hija mía? preguntó Maipaz.

—Yo me quedo aquí p' aguardar a Toñico y que él tampoco se entere.

—¡Bendita seas!..,

Y después de abrazar a la hlja tan querida siempre y entonces con mayor motivo, se retiró el matrimonio a su alcoba.

Cuando Ababol se quedó sola, exclamó horrorizada: ¡Qué noche, Dios mío!... ¡Qué horror cuando me ví sola en el bancal, al lao del muerto, pa recoger la herramienta!... Casi estuve ya por volverme p' acá sin ella, del miedo que me dió!

Luego pensé que sólo teniendo valor podía salvar a mi padre ¡y le tuve!... Debió ser la Virgen quien me dió fuerzas pa ir a recoger aquella prueba que iba a perderle pa siempre.

Pero ahora que ya pasó... ¡me siento morir!

Y sus nervios buenos como de mujer (y digo *buenos,* porque nos prestan fuerzas para todo cuanto necesitamos hacer, abandonándonos solamente cuando nuestra misión ha terminado), dejaron a la pobre Ababol entregada a ella misma, y en el acto, sin fuerzas propias suficientes, cayó desmayada sobre una silla...

CAPÍTULO VII

Todo continuaba igual; fuera de la casa el rasgueo de guitarras, el repicotear de castañuelas y la animación del baile, y dentro Ababol inmóvil, cuando Toñico volvió del ventorrillo.

—¡Vaya (entró diciendo), aquí está el vino! Si a los que le beben les sienta tan bien como a mí el ir a buscarlo...

Extrañado de que Ababol no le contestase nada, y creyéndola dormida, empezó a moverla bruscamente para despertarla.

A los movimientos violentos de Toñico, Ababol pareció salir de su sopor; abrió los ojos y como si estuviese aún bajo una pesadilla, tardó un momento en darse cuenta de su situación verdadera.

—¡Ah! eres tú, Toñico, dijo con voz un poco desfallecida.

—¿Y madre?, preguntó Toñico.

—Acostá.

—¿Pero es que padre no ha güelto entoavía?

—¿Cómo güelto, si no ha salío en toa la tarde?

—¡Atiende!, dijo Toñico con ese sonsonete que

según las circunstancias demuestra sorpresa, enfado, o cariño.

—Como que ha tenío ese dolor tan fuerte en el estómago que le da angunas veces.

—Pos yo entendí a madre que había salío.

—Entonces entendiste mal.

Quiso Toñico, interesado por la salud de su padre, ir a preguntarle cómo seguía y a enterarse de si podría salir más tarde para el convite de los que estaban bailando.

Pero Ababol, prudente desde el primer momento, aconsejó a Toñico que no dijera nada a su padre para dejarle descansar si empezaba a dormirse; pues aunque ya últimamente estaba mejor, lo había pasado antes muy mal el pobretico.

Toñico comprendió fácilmente los razonables consejos que le daba su hermana, convenciéndose enseguida de que no se debía importunar a Bartolo y resignándose a ser él solo quien diera luego el convite.

Ababol aún le pidió más. Que saliera a la fiesta, y antes de entrar todos juntos a beber, estuviera un rato bailando con ellos.

¡Eso ya era harina de otro costal! Porque tomar parte en aquella fiesta le repugnaba grandemente. Sin embargo, acabó por acceder al deseo de Ababol cuando la oyó decir mimosamente:

—Anda, Toñico, si no tienes ganas de bailar, hazlo por mí aunque sea sin ganas y más te lo agradeceré: ¡pero baila!

—¡Bueno, dijo Toñico con resignación; por darte a tí gusto bailaré; y hasta te daría la luna si tú me la pidieras!

Dicho lo cual abrió la puerta delantera, y salió a la fiesta.

Mientras Ababol se quedó pensando: La luna... la luna. ¡Cómo alumbraba aquel cuadro de horror!

Cuando se encontró reunido a la demás gente joven, dijo jovialmente: ¡Ea, muchachos!, aquí estoy yo tamién a bailar con vosotros, y después a que entremos tós juntos a echar una copa.

Todos celebraron la presencia allí del hermano de la festejada.

—Mira, Toñico (dijo Manolito), si te es igual empecemos por lo de la copa; porque como nosotros llevamos un rato de bailar, tenemos seco el gaznate; y así, mientras le remojamos, descansaremos un poco.

Toñico contestó que no tenía inconveniente en cambiar los turnos, y todos se dirigieron hacia la casa. Donde la primera que entró fué una huertana, que se quedó muy sorprendida al encontrarse con Ababol; pues esto era contrario a esa ley establecida que se llama costumbre.

Comprendiendo Ababol que la muchacha aquella y todos los demás sentirían la misma extrañeza, dijo para quitarle importancia:

—¿A que no contábais con encontrarme aquí?

—¡Ni pensarlo!, respondió la recién entrada.

—Añadiendo Ababol ladinamente: Y buenas ganas se me han estao pasando tó el tiempo de salir tamién a bailar con vosotras.

—¡Atiende, que fantesiosa...!

Fueron entrando todos en la casita que pareció agrandarse para recibirlos.

Toñico hacía los honores con la hospitalidad huertana tan agradable. Y mientras empezó a servir vino en los vasos, y antes de dar él su correspondiente trago en el porrón, dijo a la concurrencia:

—Yo solo tengo que haceros los honores del convite, porque mi padre se ha tirao hoy toa la tarde en cama, malo con ese dolor tan perro que le suele dar.

—Pos entonces ya tiene con él bastante pa celebrar *los Mayos*.

Comprendiendo Ababol la importancia que tendría para más tarde el demostrar que su padre no había salido aquella noche de casa, se acercó a la puerta de la alcoba, y sin entrar dijo en voz recia:

—Padre, ¿le duele ya menos?

—Sí, contestó Bartolo desde dentro.

—¿Quié osté algo?, dijo sin bajar la voz para que todos la oyeran.

—¡No, hija, gracias! Pero dile a Manolito que no tome a desaire mi ausencia.

Entonces intervino Manolito, para asegurarle

que no necesitaba darle ninguna explicación, porque lo más malo había sido para él que se había pasado el día sufriendo.

En cuanto a ellos, nada habían perdido; puesto que para dar el convite allí estaba Toñico, y para alegrar la casa con la presencia de Ababol bastaba.

Acercóse entonces Manolito a la alcoba, para decir a Bartolo después de darle las buenas noches, que puesto que ya habían bebido a la salud de todos, se marchaban a seguir bailando.

Con lo que le prestó un gran servicio; porque la proximidad de Manolito tenía al matrimonio en un suplicio. Hasta les costó un verdadero esfuerzo a él decir: Buenas noches y siga la fiesta, y a Maipaz añadir: Con Dios, Manolito y compaña.

Salieron todos con el mismo cuidado que entraron, para no pisar ninguna de las flores que había en el suelo, por ser derecho exclusivo de Ababol, del que ella hizo uso, colocándose encima de las que había sobre el dintel de la puerta.

Cuando todos estuvieron fuera, y quedó dentro mirándoles *Ababol*, se le ocurrió decir a Manolito: Anda, Ababol, puesto que estás levantáa, sal aquí fuera y bailemos juntos esta malagueña que va a tocarse.

—No es costumbre, replicó Toñico.

—¡Cierto! Pero ná le hace que baile un solo baile conmigo y luego que se vaya a acostar.

—He dicho antes que no era costumbre, y

ahora digo además, que no me da la gana, añadió muy desabrido.

Intervino Ababol, comprendiendo que podía la porfía llegar a disputa, y dijo a su hermano: Pero ¿quién eres tú pa quitarme a mí el gusto de bailar con Manolito si yo me le quiero dar?

—¿Que quién soy yo? Pues tu hermano; el que manda en tí ahora que no está aquí nuestro padre.

—Es que si él estuviera, me dejaría bailar un baile con Manolito.

—¡Mentira!, respondió muy violento.

—¿Es que no sé yo que él le quiere más que tú?

Manolito, con ánimo conciliador, repuso en tono muy mesurado:

—Cálmate, Toñico, y no echemos a perder con disputas esta noche que es sólo pa el amor.

—Es que tamién pué ser pa el odio...

—Deja a tu hermana bailar un baile conmigo, que en ello no hay ningún mal pa nadie.

Toñico se descompuso ya sobremanera y agregó muy destemplado:

—¡He dicho que no y es que no! Soy su hermano y mando en ella.

La paciencia de Manolito ¡quien aunque conciliador tenía la sangre caliente!, llegó a su colmo; y entonces muy airado replicó:

—¡Eres su hermano, sí!, pero como en el *paso* de Viernes Santo. Que del mismo tronco salió el retrato dulce de Jesús y el odioso de Judas.

En un movimiento acaso inconsciente, al escu-

char a Manolito, Toñico sacó su navaja pretendiendo agredirle. Pero Ababol, que más que lo vió lo adivinó, viva como el pensamiento, salió corriendo; y colocándose delante de Manolito, dijo a su hermano desafiándole:

—Mata ahora si quieres, que soy yo: ¡pero a él no le toques!

El brazo de Toñico se sintió sujeto, tanto por las palabras de Ababol como por los brazos de los demás; pues todos los huertanos que allí había se acercaron presurosos a evitar la desgracia que se vislumbraba.

En cuanto vió Ababol desarmado a su hermano le dijo: Tú, anda, acuéstate, puesto que estás borracho.

Y los dos hermanos se entraron en la casa.

Cerró Ababol la puerta, y al verla su hermano cerrada, volvió a sentirse dominado por la violencia, pegando a Ababol tan brutalmente que la tiró al suelo, diciéndola con furor: ¡Esta noche me has quitao de matarle... pero otra será!

Ababol, sin llorar ni rebelarse para no aumentar si lo oian el sufrimiento de sus padres, soportó los golpes sin quejarse, y sólo dijo a su hermano mientras se levantaba del suelo: Lo que he sío esta noche pa tí es el ángel de la guarda: ¡y dos veces...!

Sin añadir palabra, cada cual se fué a su cuarto; mientras fuera de la casita, como en las corridas de toros, no se suspendía la fiesta por que un

hombre hubiera corrido peligro. Y Manolito, rebosante de amor, daba al aire con su hermosa voz la siguiente copla:

Válgame Dios de los cielos,
que penosico es mi mal:
Suspirando encuentro alivio
y no puedo suspirar...

CAPÍTULO VIII

DURANTE toda la noche nadie contó las horas porque en la casica no había reloj que las diera y no reinaba el viento que hubiera podido llevar el sonido del de la catedral. Pero nadie durmió.

La casita con su aspecto de paz engañaba; en ella no reinaba la tranquilidad, puesto que en la conciencia del que pecó había dolor y arrepentimiento y en la del que sólo pecó de deseo había entrado primcro la ira y después ese malestar que dejan las pasiones cuando nos dominan.

Las dos mujeres, como tantas compañeras suyas, inocentes y víctimas, estaban desconsoladas por lo ocurrido y temerosas por las consecuencias que la locura de Bartolo pudiera acarrearle.

Las infelices, completamente entregadas a los dos sentimientos de mayor fuerza en las mujeres, la compasión y el amor, sufrían lo indecible, pensando sin cesar en el crimen cometido por aquel hombre bueno a quien las dos amaban tanto y sólo hubieran querido poder sacrificarse por él.

La algarabía de los pajaritos que como nunca

se acuestan con penas siempre se levantan contentos, advirtió a Abahol que había amanecido. Y abrió su ventana para vestirse.

La ráfaga de aire puro con que la saludó la Huerta, llevó otra de calma a su espíritu inquieto. Pero la vista del ramo de flores, ya mustias (que seguían de guardianas en su reja), le apretaron más el corazón avivándola los dolorosos recuerdos de la víspera.

Abrió, en cuanto estuvo vestida, la puerta que cerrara la víspera en momentos especiales, y pasó como una reina insensible pisando aquella alfombra de flores que no tuvo para ella poesía, sino indiferencia.

Como una sonámbula fué a sentarse en el poyo adosado a la casa, donde pasó mucho rato distraida, sin que el despertar de las flores la alegrase ni esos ruidos tan apacibles del campo la interesaran.

El mismo sol le enviaba algunos de sus rayos que se filtraban entre las hojas del parral; pero nada puede alegrar la vista cuando se lleva la tristeza en el alma.

Estaba Ababol congratulándose de que hubiera acabado de pasar aquella noche que por lo mala le había parecido más larga que un año entero, cuando salió de la casa Toñico, armado de su *corvilla* para irse ya a sus trabajos huertanos.

Al pasar junto a Ababol se detuvo en seco, y con una entonación gallega, o italiana, la más

suave que haya para acompañar como música dulce a la armonía de las palabras cariñosas, imploró:

—¡Ababol...!

—¡Qué!, contestó ella maquinalmente.

—¿Me perdonas lo de anoche?

Ababol sintió un estremecimiento al oírselo recordar: Anoche no pasó ná, dijo, porque anoche no vivimos: Creo que no hicimos más que soñar.

—¡Cuando pienso que fuí capaz hasta de pegarte!, suspiró más que dijo.

—No hablemos de eso.

—Es que yo no me lo perdono.

—El pegarme a mí fué lo menos malo que hiciste: Meterte con Manolito fué peor.

—¿Te dolió más a tí?

—Sí.

—¿Tanto le quieres?

—¡Tanto! Y además no se trataba entonces sólo de cariño sino también de justicia. Porque en el momento en que quisiste matarle a él, le hubiá yo defendío con mi propia vida aunque le tuviá aborrecío.

—¿Y eso?

—Porque entonces no era sólo pa mí el novio, sino además otra cosa tanto o más sagrá.

—¿Acuala?

—¡Una que tú ni podías figurarte siquiera...!

Interrumpió la conversación de los dos hermanos la llegada de Bartolo, quien se levantaba des-

pués de la noche de martirio que había pasado, teniendo el aspecto de un hombre agobiado por el dolor.

—Buenos días, hijos, dijo al llegar; añadiendo enseguida: Anda, Toñico, no te descuides hoy en ir al trabajo, que yo tampoco estoy bueno, y tendrás que hacer tu labor y la mía.

Inmediatamente se marchó Toñico y fué Bartolo a sentarse en el poyo al lado de su hija. A quien se le apretó el corazón viendo el aire de profunda tristeza que tenía su padre: Y queriendo distraerle de sus pensamientos dolorosos, procuró inspirarle otros más alegres.

—Padre (le decía), siéntese aquí, junto a mí, bajo la parra, donde se está tan ricamente que se quitan toas las penas.

—¡Angunas no se quitarán!, contestó lleno de amargura Bartolo.

Y como se quedara nuevamente en silencio y agobiado, ella añadió:

—Escuche osté, padre, cómo cantan los risueñores en la higuera: ¿y sabe osté por qué están tan contentos? Pues porque así le agradecen al Señor el nuevo día que hoy empieza.

—Y además porque estarán gozosos de ser pájaros, que vale mucho más que ser hombres, contestó suspirando Bartolo.

No era fácil sostener una conversación, teniendo Bartolo tan pocas ganas de hablar. Pero la mujer es capaz de hacer milagros, cuando la compa-

sión la guía: Así fué que Ababol no desistió en su empeño, agregando:

—Pues... ¿y este cielo tan hermoso, padre? Si da gana de echarse a reir el verle tan alegre... ¡Qué azul y qué puro está! ¡Levante la cabeza, y mire hacia arriba!

Haciendo un esfuerzo la levantó, pero fué para replicar: Hacia arriba hay que mirar siempre, hija; ¡porque tó lo de aquí abajo es una podredumbre!...

—¿Pero es que no piensa osté ir hoy al trabajo?

—¿Y dónde quieres que vaya con esta mala compaña que ya pa siempre llevo dentro... Además que hoy tengo de veras el dolor.

—Entonces váyase a acostar.

—Bah ¡qué más tiene, si en tós los laos he de encontrarme mal!

Comprendiendo Ababol que en la cama había de estar más agusto, entró a llamar a Maipaz, diciéndola que su padre tenía el dolor de estómago y había que hacerle acostar, aunque no quisiera.

Apresuróse la buena esposa a ir donde su marido estaba; tratando de convencerle de lo que más le convenía. Pero él no tenía gana de moverse, limitándose a contestarlas: Yo más quiero que me dejéis aquí quieto.

—¡Pos como si no lo quisiera osté, padre!

—Anda, Bartolo, déjate siempre llevar por los que sólo quieren tu bien.

Bartolo cedió, más al cariño que a las razones,

levantándose resignado del poyo donde estaba sentado.

Ababol, tomando la iniciativa, propuso acompañarle a la alcoba, y mientras que le preparase Maipaz un cocimiento, al que después se le agregaban unos polvos que solían calmarle pronto el dolor fuerte.

Inútil decir que el plan de la hija mereció la aprobación de la madre, entrándose a continuación los tres en la casica.

Poco después llegó un sacerdote viejecito, con apariencias de un verdadero padre de almas; acabado modelo de ejemplaridad cristiana, que se encuentra amenudo en las aldeas y rara vez en las iglesias de moda.

Personas a propósito para representar por sus virtudes a aquel Dios, que no prefiere a los sabios, sino a los buenos; que escogió para repartir su doctrina por el mundo, no a académicos, sino a sencillos pescadores; y llevado de su amor a la inocencia decía: Dejad que los niños vengan a mí...

El sacerdote recién llegado, se detuvo un momento, primero contemplando y luego admirando el parral; esa planta tan útil, tan hermosa y que como el niño necesita del brazo del hombre, para medrar y subir. Después miró con tan grande interés, que cariño parecía, un grupo de naranjos vecinos de la casica; sintiendo gran simpatía por esos deliciosos árboles privilegiados, que tienen la vida larga y dulce.

Y finalmente, aprovechando la soledad del paraje, se puso a reflexionar: ¡Qué delicioso está este rincón huertano!... ¡Qué sombra tan agradable da este hermoso emparrado!...

Lo cierto es que de las viviendas de las gentes buenas de la Huerta, parece que sale una paz ¡que ya la quisieran en los palacios!

Cuando ya llevaba un buen rato entregado a sus reflexiones, llamó dando un golpecito en la puerta de la casa de Bartolo, que acompañó con el clásico saludo que va pasando de moda, pero que nunca dejará de ser elegante: ¡Ave María!

CAPÍTULO IX

Poco se descuidó Maipaz en contestar: ¡Sin pecado! y salir a ver quién era el recién llegado. Cosa que siempre causa sorpresa donde son tan escasas las visitas.

—¿Pero es osté, paere Cura? dijo asombrada.

—El mismo que viste y calza, respondió el preguntado.

Maipaz, con el mayor agrado le invitó a pasar, gozosa de su visita y diciéndole que pocas veces tenían el placer de verle allí, pero que cuando iba siempre era para honrarles; porque D. Cristóbal era un santo.

—Santo ¿eh?, dijo el viejecito, que como era bueno era humilde. ¡Sí, sí! Lo que soy yo es un gran pecador; aunque con el deseo ¡eso no te lo niego!, de cumplir mi misión lo mejor que puedo.

Cambió de tono el sacerdote para preguntar con cierto misterio dónde estaba Bartolo: aprovechando Maipaz la coyuntura para ponerle al corriente de la enfermedad que la víspera le había tenido sujeto en cama, celebrando que así se le

presentara ocasión de poder propalar la noticia que tanto les convenía que se supiera.

El buen viejecito sintió de veras la indisposición de Bartolo y con tono paternal encontró palabras tiernas con que animar a Maipaz; pues la muy pícara acentuaba la nota sobre la importancia de la enfermedad de su marido y sobre sus propios temores.

Después de lamentarlo sinceramente preguntó el cura dónde estaba Toñico, y al enterarse que fuera de casa, trabajando en la Huerta, se informó de que Ababol estaba en la alcoba acompañando a su padre.

—Pues justamente de ella venía a hablarte, pero deseando que nadie nos escuche, por eso no quiero entrar en la casa, para que nuestra conversación pase inadvertida.

Como Maipaz era demasiado discreta para insistir, se entró ella a buscar dos sillas; diciendo mientras las colocaba bajo el emparrado:

—Pos mire osté, D. Cristóbal, sentáos los dos aquí podemos hablar tranquilamente sin que nos oiga nadie más que el viento. Y ese no importa, porque aunque chilla mucho no pronuncia palabras.

Sentáronse los dos; teniendo Maipaz aire de curiosidad y pareciendo estar el sacerdote algún tanto cohibido. Hasta que empezó diciendo:

—Es el caso que ayer tarde llegó al pueblo una

carta que ponía en el sobre: Para entregar al señor alcalde de Monteagudo o al señor párroco.

El cartero se fué con ella donde el tío Juan, llamando muchas veces en su casa, y sin que le contestara nadie; hasta que unas vecinas le enteraron de que el alcalde había salido a la Huerta, y su hijo también. Porque andaba ocupado en preparar sus flores, para venir luego aquí por la noche a celebrar *los Mayos*.

—Y así lo hizo.

—¡Ya me lo figuraba.! Pues bien, entonces el cartero me vino a traer la carta a mí; y... ¿a que no sabes de quién era?

—¿Y cómo quiere osté que yo lo sepa?

—Pues... ¡del marqués del Soto?

—¡Ay Virgen de la Fuensanta (exclamó angustiada Maipaz!) ¡No me quites a mi Ababol! No me la quites que ya es más mía que de nadie.

Y se echó a llorar con verdadero desconsuelo.

—Vamos, Maipaz, cálmate, decía el sacerdote entre severo y piadoso.

Mira que lo primero que ha de ser una mujer es razonable, y más aún si tiene años.

—¡Ay D. Cristóbal, es que me ha tocao osté al mesmo corazón!... ¡La muerte no me asustaría tanto como que me quitaran a esta hija, que ya hasta se m' había olvidao que no fuí yo quien la trajo al mundo!

—El marqués acude a nosotros para que tra-

temos de averiguar el paradero de su hija. Pero como si yo sé que Ababol no es tuya, es sólo porque tú me lo dijiste en confesión, claro está que aunque me maten no puedo repetirlo.

—Maipaz ansiosa: Entonces si la busca y encarga a osté que se la encuentre será porque no sepa el marqués que su hija es Ababol.

—Naturalmente: él sólo recuerda que la dejó en una barraca cerca de la carretera y por el lado de Monteagudo.

—Entonces ¿ni lo sospecha siquiera?

—¡Claro! Ni nadie podrá hacerle sospechar, puesto que todos creen que Ababol y Toñico son mellizos.

Maipaz, radiante de alegría, contestó: ¡Ay que gozo tan grande! Porque osté, paere cura, tiene que callarse.

—¿Callarme?... ¡sí! A menos que tú me autorices para decirlo.

—¿Yo?... Jesús María; ¡pues ni que estuviá loca! ¡Ir yo mesma a entregar ese peazo de mi alma...!

—De modo que tu corazón te manda ocultar a la muchacha ¿verdad?

—¡Ya lo creo!

—Y la conciencia, ¿te dice lo mismo?

—La concencia...

Pero el cura la interrumpió para que no pudiera acabar de expresar su pensamiento, diciéndola: No; no me contestes tan de prisa, porque tu res-

puesta va a ser muy grave, y antes de darla debes pensarlo bien.

—¡Pué osté darla ya por pensáa!

—Está bien. Y ¿cuál es el derecho con que te crees autorizada para robarle a un padre su hija?

—¡Con el del cariño!

No es suficiente.

Entonces, dijo Maipaz muy resuelta, ¡con el de la justicia!

—¿Justicia dices?

—Sí señor, afirmó con fuego Maipaz, ¡justicia!... ¿Es que un padre que entrega su nena recién nacía, y nunca más vuelve a acordarse de ella, pué presentarse a los 17 años pa reclamarla y llevársela diciendo que es su padre?... ¡Mentira! ¡Que no es ser paere traer una criatura al mundo! Padre es el que cría y cuida y educa a su hija queriéndola más que a las entretelas de su corazón.

¡Por eso el verdadero paere de Ababol es Bartolo, y su verdadera maere soy yo!

—En algunas cosas de las que dices llevas razón; pero tú no eres la encargada por Dios de hacer justicia, según la ven tus ojos humanos.

—¡Pos la haré sin el encargo!

—No la harás, porque antes reconocerás que en cambio yo estoy obligado por El a aconsejarte siempre que te sometas a la obediencia como mujer cristiana.

Y llorando como una Magdalena, sólo pudo exclamar Maipaz ¡Paere!...

—Soy tu padre espiritual, ¿verdad? Pues bien, como tal yo te mando que devuelvas lo que no es tuyo: lo que no se te dió, sino sólo se te prestó... ¿Me obedecerás, Maipaz?

La infeliz cada vez lloraba con mayor desconsuelo, no dejándola los sollozos ni contestar siquiera; hasta que al fin pudo decir con un acento que enternecía: Y he de dársela yo, ya criá, y tan hermosa, y tan buena y tan sana, ¡como criá a mis pechos limpios y respirando el aire de la Huerta! ¿pa qu' ese bribón se la lleve?

Como D. Cristóbal era de las raras personas que quería toda la severidad para él y mucha indulgencia para el prójimo, según aconseja la verdadera caridad, dijo con tono muy serio: ¿Y quién te asegura a tí que sea un bribón?

—¡Bribón y criminal y falsario y de tóo lo malo!

—Muy perfecta te debes creer, cuando así te atreves a condenar a un hombre: pero Dios, que es más justo que tú, perdona a todos los pecadores que verdaderamente se arrepienten de sus culpas.

—Y éste se arrepiente abora, pa quitarme mi hija y pa que osté me obligue a que se la entregue yo mesma ¿verdá?

El buen sacerdote, que como persona caritativa era piadoso, sentía verdadera compasión ante aquella pobre mujer que tanto sufría por culpa suya. Por eso con una expresión de cariño le dijo:

¡Pobrecilla!... Añadiendo: ¡si pudieras ver la pena con que yo te estoy causando este daño...!

—Que no sabe osté tó lo grande qu' es.

—¡Pero hija, créeme! Cuando es la conciencia quien manda, el corazón debe siempre obedecer.

Si D. Cristóbal no fuera un santo y no tuviera la más grande de todas las persuasiones, que era la de su buen ejemplo, Maipaz habría seguido discutiendo en la defensa de su tesoro, negándose a entregarle. Por eso ella habría querido que quien se le pidiese fuera un cura que llevara a Dios más en los labios que en el corazón; pero con don Cristóbal, ¿cómo negarse al cumplimiento del deber, cuando él les enseñaba la doctrina de Cristo no diciéndoles las palabras del catecismo, sino mostrándoles cómo era necesario interpretarlas?

Y ante la autoridad de tanta virtud se doblegó su amante corazón, prometiendo obedecer a lo que Dios le mandaba por una boca tan pura.

Como D. Cristóbal veía el esfuerzo tan grande que a aquella pobre mujer le costaba su obediencia, le dijo como para mitigar su sacrificio:

—Gracias, hija, no esperaba yo menos de tu generosidad. Porque cuando se es profundamente cristiano, como tú lo eres, siempre se encuentra valor para cumplir todos los deberes: Aunque sean tan dolorosos como este de ahora.

—Oiga osté, Paere: me paece que deberé contarle una cosa.

—Dime cuanto quieras, hija, y con toda confianza.

—Pues es que la noche que nos dejaron la nena, me dió la mujer que la traía unos papeles pa que los guardara; encargándome muncho que no los viera ¡nadie! ¡nadie! hasta que fuera mayor de edá la pequeñica.

—¿Y esos papeles, dónde están?

—Los tengo yo muy escondíos en el arca; arrebujáos entre mi refajo y mi mantellina de boda.

—¿Y qué dicen?

—¡Ah! eso no lo sé yo: sólo me dijo la criá que eran de mucho valor pa la nena.

—¿Y cómo no me los has llevao a mí o a otra persona, pa que los leyesen?

—Porque dí mi palabra a la moza de que ninguno se enteraría de ellos.

—¡Pero en tantos años...!

—Si Bartolo hubiá entendío de letras me los hubiá leío: Pero dárselos yo a un extraño, pa que luego se pudiera fastidiar la nena... ¡quiá!

—Pues yo te aconsejo que te enteres de ellos.

—Abora, sí señor: voy a enseñárselos a osté pa que me lea lo que dicen

Y se entró seguidamente en la casica a buscarlos.

Mientras ella se fué, D. Cristóbal quedó diciéndose para sus adentros:

—¡Pero qué hermosos corazones se encuentran en el mundo...!

El caso es que siempre se pondera mucho más lo malo, porque mete tanto ruído, que parece mayor que lo bueno que es calladito, y por no chillar pasa desapercibido.

Ocurre lo mismo que con el agua del torrente, que porque avasalla y ruge, parece ser más que la de las acequias, que camina dulcemente, llena de tranquilidad y repartiendo beneficios...

CAPITULO X

AL cabo de un rato de ausencia, volvió Maipaz con un envoltorio de papeles que entregó al señor cura, diciéndole: ¡Si otro que no fuera osté me los pidiera...!

—Pues mira, hija, lo que cuesta es lo que vale.

—No; si esto no me cuesta sacrificio, porque bien sé que osté no ha de engañarme: ¡lo otro, lo otro es lo gordo!

—Pero como Dios es muy generoso, con este sacrificio tan grande que por caridad vas a hacer, lo menos compras una tahulla de regadío en el cielo.

Maipaz ansiosa: ¿Y de fijo cree osté que iremos allá tós nosotros... aunque hayamos cometío pecaos muy gordos?

—Pues claro que sí, mujer. ¡Como que con este comportamiento de hoy ganas el derecho a todo perdón!, contestó riendo bondadosamente D. Cristóbal, que creía a aquella familia, como lo era en efecto, un modelo de honradez y piedad.

Con el mayor interés se puso el sacerdote a examinar los papeles que Maipaz le entregara.

Profundo silencio reinaba mientras tanto, sólo

interrumpido por el gorjeo de los pajaritos que desde el parral parecían celebrar, ¡a fuer de refitoleros!, lo que allí estaba pasando.

—¡Jesús lo que resulta, Maipaz!, y tan claro que nadie podrá echarlo abajo.

—¿El qué, D. Cristóbal?

—Pues que Ababol es la única heredera de su madre que era riquísima, y además que es ella la marquesa del Soto: ¡Ya ves si has hecho bien en dármelos a leer!

Después envolvió cuidadosamente los papeles, y quiso entrar en la alcoba para hablar de todo aquello con Bartolo.

Acompañó Maipaz al sacerdote hasta dejarle en la compañía de su marido, y volvió ella a salir bajo el parrado para recoger las dos sillas que habían quedado fuera.

En esta operación la sorprendió la llegada de Toñico, quien fatigado por la carrera que se había dado y muy impresionado, dijo:

—¡Madre!... ¡Madre! Escuche osté lo que se corre por la Huerta: que anoche o esta madrugá han matao al alcalde...

Al escuchar Maipaz el relato de su hijo demostró que la mujer no es más débil que el hombre, sino que tiene distinta fuerza. Pues es lo probable que un hombre no hubiera tenido toda la energía que Maipaz sacó de su misma debilidad, para preguntarle a su hijo: ¿Y se diee quién es el matador...?

—Oí decir que no se ha encontrao ninguna señal pa saberlo: y que no había declarao nadie.

Maipaz, al oirlo, necesitó recostarse junto al quicio de la puerta, porque el temblor de sus piernas no la permitían sostenerse derecha, ni pudo prestar atención a Toñico que continuó diciendo:

—Creo que el muerto estaba junto a nuestros bancales, pero yo no le ví porque ya se lo habían llevao.

Mire osté, dijo señalando, entoavía se ven por allí al tío *Rubio,* que es ahora el juez, y al *Rapao,* que hace de alguacil...

¡Paece que vienen p' acá!, pero yo me voy corriendo pa ver lo que se cuenta. Y como lo dijo lo hizo.

Efectivamente, se acercaban en dirección a donde estaba Maipaz dos huertanos, quienes al llegar encontraron a la pobre mujer un poco más serenada, por lo menos en apariencia, pues por dentro le andaba la procesión.

Justamente uno de los dos huertanos llegados era compadre suyo, y en cualquiera ocasión que no fuera aquella le hubiera visto con gusto.

El compadre llegó a la casica llamando: ¡Maipaz!... ¡Bartolo!... Aquí venimos a que nos déis un trago de agua.

Y sin necesitar respuesta, cogió la jarra que pendía de una rama del parral, y después de echar un buen trago a chorro, se la pasó a su compañero para que hiciera otro tanto.

Cuando el que hacía de alguacil dejó nuevamente la jarra colgada en su sitio, miró a Maipaz, y al verla tan emocionada, la dijo:

—Pero por qué tiemblas así, comadre, ¿qué te pasa?

—Me pasa que tiemblo por dos razones: la una de sentimiento porque cuando llegásteis acababa mi Toñico de contarme que anoche han matao al paere de Manolito; y la otra porque sin acabar de pasárseme el susto, os he visto a vosotros. Y yo no sé qué tienen las gentes de *justicia,* que ni aun a las personas honrás les gusta tenerlos cerca...

—¡Pero cuando sólo hay que mirarlos como amigos!...

—¿Y Bartolo?, preguntó el juez.

—Está malo, contestó Maipaz.

—¿Desde cuándo?

—Ya ayer estuvo acostao toa la tarde.

—Entonces no se habrá enterao de la muerte del tío Juan el alcalde.

—No; no lo sabe.

—Pos a él tendremos que llamarle tamién pa declarar; porque como hemos encontrao al muerto junto a la cieca de sus bancales...

—Si queréis entrar abora a hablarle... dijo más muerta que viva.

—Abora no, replicó el juez: ya le avisaremos cuando haya de ir a verme.

Durante esta conversación Ababol, que sintió

llegar a los huertanos, había estado alerta, escuchando. Y cuando comprendió que su madre tenía que estar en un suplicio, fué poco a poco acercándose, hasta llegar junto a ellos con el aire más natural del mundo.

—Hola, Ababol, dijeron al verla llegar los de *justicia.*

—De paseo ¿eh?, contestó ella diplomáticamente.

—Sí, ¡buen paseo te dé Dios!... De llevar a un difunto.

—¡Jesús! (contestó la taimada). ¿Y era forastero?

—¡Quiá!... Si era el alcalde.

—¿El alcalde?... ¡Válgame, pobre tío Juan!... Y no será disgusto el que tenga ahora mi Manolito, maere.

La pobre Maipaz, que no tenía tanto dominio sobre sí como su hija, no supo qué responder. Pero estaba en un potro y pedía a Dios que se terminara pronto aquella entrevista tan violenta.

—Y eso le estaba abora diciendo a Maipaz, añadió el juez, que habrá que tomar declaración a tu padre.

Pero Ababol, sin inmutarse, y con un aplomo que la mejor actriz le hubiera envidiado, dijo muy serena:

—¿A mi padre?, pues poco podrá contar, puesto que ayer no salió de casa.

—Pero como anoche les tocaba el riego a los dos... insistió el juez.

—De toas las maneras, mi padre quedará pronto despachao: en cuanto declare mi novio.

—Y eso ¿por qué?

—Porque él estuvo aquí por la tarde y por la noche, y sabe bien que mi padre no se movió de la cama.

—Entonces con esa declaración, no será menester llamar a Bartolo.

—Con qué mataron al pobre tío Juan ¿con escopeta o faca?, preguntó Ababol.

—¡Pues eso es!, respondió el juez; que sólo se le ve un golpe en la cabeza.

—¿Y no podría haberle dao algún pipiritaje y al caer haberse matao él solo?, insistió la astuta huertana.

—Como poder, poder... ¡sí podría! Pero la justicia tiene que asegurarse bien.

Seguidamente observó el alguacil a su compañero que los que iban delante llevando el cadáver, ya habrían llegado con el muerto hacía rato, y estarían aguardándoles a ellos. Por lo que se despidieron y marcharon, no sin antes hacer votos por la salud de Bartolo.

Cuando los huertanos se fueron, quedaron las dos mujeres inmóviles, como clavadas en el suelo, siguiéndoles con la mirada. Y en cuanto desaparecieron a su vista las dos, como movidas por

un resorte, se abalanzaron la una en brazos de la otra; y así pasaron un rato, hondamente emocionadas y sin poder pronunciar palabra.

Por fin Maipaz, desprendiéndose de los brazos de su hija, exclamó:

—Me paece que con lo que les has dicho se han quedao muy conformes.

—Yo tamién lo creo; así que ahora no tenemos ya na que hacer, más que olvidar to lo pasao desde ayer, o recordarlo siempre p' agradecerle a Dios que nos haya sacao con bien de un peligro tan grande.

—¡Gracias a tí que nos has dao la vida!

—Pos vida por vida: ¡que antes me l' habían dao ustés a mí...!

—Luego que se marche el señor cura, entraremos a contarle a Bartolo pa que se quede tranquilo, que ya pasó el chubasco...

CAPÍTULO XI

CUANDO Maipaz y Ababol entraban dentro de la casa salían de ella el señor cura y Bartolo.

—¿Pero es que te has levantao, Bartolo?, preguntó Maipaz a su marido, asombrada de verle.

—Sí, porque abora me encuentro bien y además porque teníamos que hablar enseguía, y tós juntos.

Ababol cogió la cántara para irse a por agua, pensando que allí no haría ninguna falta: pero se equivocaba. Porque en cuanto el sacerdote vió el ademán que hizo así como para marcharse, la retuvo diciéndola: Ababol, no te vayas y ven acá; que tu padre y yo tenemos algo que decirte.

En cuanto la muchacha obedeció, repuso Bartolo con voz temblona:

—Y un algo muy gordo... ¡Que tú no eres mi hija!

—¡Que yo no soy su hija! y eso ¿por qué?

—Porque el Señor lo ha dispuesto así, afirmó don Cristóbal.

Ababol se echó a llorar amargamente, pregun-

tando: Entonces ¿cómo estoy yo aquí: quién me trajo?

—Te trajo la Providencia, contestó el cura; porque tu madre murió cuando tú naciste y en ninguna parte podías estar mejor.

Al oirlo se abrazó Ababol a su madre como pidiéndola amparo contra aquella desgracia que la decían, esperando que la desmintiera ella.

—¿Pero es que tampoco es osté mi madre?

Y Maipaz, llorando también a lágrima viva, respondió: De corazón sí lo soy, pero no te dí la vida, ¡aunque luego te haya dao el alma!

Entonces Bartolo, como quien traga un ajenjo, contó:

—Una noche, hace veinte años, llegó a nuestra barraca, que era donde vivíamos entonces, una señora tan muriéndose que allí mesmo se murió enseguida; y un señor...

Apresuróse a interrumpir el sacerdote: Un señor que luego se marchó dejándote a tí en la cuna de Toñico. Este señor se ha portado muy mal contigo; pero como es tu padre tienes que perdonarle.

—¿Perdonarle?, dijo Ababol no comprendiendo bien.

—Perdonarle, sí; esa es tu obligación.

—Es que a mí me paece que estuvo muy mal hecho eso de abandonar a su nena; ¡pero aquello ya pasó! Y ahora lo que yo hago es agradecérselo. Porque... ¿qué me dejó en la barraca?, pues muchas gracias porque así me hizo huertana.

¿Que luego no se ha alcordao más de mí?, ¡pues mucho mejor! porque así me ha dejao vivir contenta creyéndome hija de estos huertanos tan buenos (y volvió a abrazar a Maipaz) y tan honraos.

Entonces abrazó a Bartolo como señalando significativamente. Pero él bajó la cabeza avergonzado, no sintiéndose digno de admitir el calificativo que con tanto cariño le concedía su hija adoptiva.

D. Cristóbal, que en su rectitud de criterio quería poner cada cosa en su sitio, agregó: Es que si tú hubieras vivido con él serías una gran señora.

—Y viviendo aquí he sío una gran huertana.

—Es que las locuras de tu padre (dijo Bartolo), te quitaron una gran herencia.

—Eso no, exclamó D. Cristóbal, porque con los papeles que le dió la criada a guardar a Maipaz, pronto recuperará todo lo perdido.

Intervino entonces Maipaz para felicitarse de haber puesto a la niña los nombres que le indicó la payesa.

—¿Ves, Bartolo ,qué razón tuvimos al apuntarla en la parroquia como María del Mar Jiménez y Roselló?

El sacerdote les aseguró que sin ese requisito todo se habría perdido pero que con él sería cosa fácil demostrar que Ababol era la verdadera marquesa del Soto y la entregarían todos los cuantiosos bienes de su madre.

Al oirlo dió Ababol una risotada que asustó y puso en fuga a todos los pajaritos cobijados en la parra, exclamando muy desdeñosa:

—¿Yo marquesa?... Eso lo dirán los papeles; pero lo que digo yo es que no quiero ser marquesa, sino huertana hasta que me muera... Los dineros ¡eso ya es otra cosa! Démelos osté enseguía y compraré muchos gusanos de seda... y muchas tahullas de regadío... y además le mandaré decir una misa de tres pesetas a la Fuensanta; ¡o aunque sea de un duro!

Reía el cura ante aquella sencillez de la joven que le causaba cierta satisfacción y cierta emoción también; porque las cosas tiernas y sencillas no convencen a los sabios, pero impresionan a los buenos. Apresurándose a decirla que no era él quien podía darle el dinero, puesto que no lo tenía; pero que se los entregaría la ley.

—¿Y quién es esa mujer, la ley?

—No es mujer, sino la justicia.

Y como en aquel momento tenían el tejado de vidrio, prontamente recogió la piedra, diciendo: ¿La justicia?..., ¡Entonces dejémonos de dineros con tal de no ver a la justicia, que siempre paece que tiene cara de perro!

—La justicia no tienen por qué temerla los inocentes.

—Pues por un por si acaso...

—Tengo que decirte que tu padre me escribe encargándome que averigüe tu paradero.

—Pa qué, ¿pa llevarme?, ¡porque eso sí que no!, que mis padres de veras son éstos.

—Justo es que llames padres a quienes tu corazón ama como tales, y que él rechace al que te dió la naturaleza... Pero tienes que someterte a lo que sea tu obligación: y si él algún día viene a buscarte, no te queda más remedio que irte con él.

Como quien se agarra a un clavo ardiendo, preguntó Maipaz al cura: ¿Luego no nos la pide ahora?

—Ahora no; dice que está muy enfermo y cuando se ponga bueno vendrá a buscarla.

—Entonces aún podemos respirar; porque a mí no me llegaba la camisa al cuerpo de miedo a tenérsela que dar enseguía.

Levantóse el cura; y dando la sesión por terminada, dijo:

—De modo que le contestaré hoy mismo, diciéndole que tú, Ababol, le perdonas.

—¡Sí, pero que no se moleste en venir a buscarme, ni en acordarse más de mí!

—Tu perdón será para él una gran tranquilidad, porque temía a la muerte sin haberse reconciliado antes contigo.

—Pos ese temor que se le quite.

—Y de vosotros... ¿qué le digo?

Y contestó Maipaz resignada: ¡Que nos conformamos con la voluntá de Dios, si El dispone que a Ababol se la lleve su padre!

Bartolo agregó medio llorando: ¡Pero dígale osté tamién, que tenga en cuenta que la queremos tanto como a nuestro hijo; y que si él nos la dejara pa siempre, bendeciríamos hasta su nombre!

—¡Ah!, repuso Ababol; y póngale osté tamién de mi parte que como él no pué quererme mucho a mí, ni yo le quiero náa a él, que se arregle. Y en último caso le pone osté tamién que prefiero seguir viviendo siempre aquí sin una perra, que irme con él pa ser señorita.

—A buena cuenta, lo principal es que por de pronto, todos cumplís con vuestro deber. Y el deber, aunque no da siempre la felicidad, deja por lo menos la paz en la conciencia ¡que es mejor!

Y sin añadir palabra se fué D. Cristóbal, satisfecho del resultado que había tenido su penosa misión.

Cuando se quedaron los tres solos y bajo la impresión de lo que acababan de escuchar, ninguno de ellos parecía que se atrevía a hablar, hasta que empezó Ababol diciendo:

—¡Válgame!, pero cuántas cosas nos han ocurrío desde ayer tarde.

—Y ninguna buena, suspiró Bartolo.

—No diga eso, padre; que bueno fué lo que pasó antes con el juez y el alguacil.

—Eso es verdá.

—Oye, que te paece a tí, Bartolo, ¿nos quearemos sin Ababol?

—¡Mujer, eso quién lo sabe! Pero el señor Cura dijo que el marqués debía estar muy malico, y que a él se le figuraba que había escrito la carta náa más que pa ponerse bien con su concencia antes de morir.

—De toas las maneras (añadió Maipaz, como madre acordándose también de su hijo), hay que decirle a Toñico lo que pasa; pero me tiemblan las carnes, ¡porque con lo que quiere a su hermanica, va a tener una esazón el pobretico mío!...

—Si quiere osté, madre, yo se lo diré.

—¡No sé qué daría por ahorrarle este disgusto! Abora estoy bien pesarosa de haberle engañao.

—No fué a él, sino a nosotros a quien quisimos engañar.

—¡Lo gordo hubía sío (intervino Ababol) tenerme que marchar ahora de aquí!, porque lo demás ¿qué nos importa si náa ha cambiao?... Porque él lo mismo seguirá siendo mi hermanico; y ostés han de ser siempre mis padres aunque el señor cura y el marqués y los papeles se empeñen en decir otra cosa.

—Y pa quererte (añadió Maipaz) que venga nadie a contarnos que no eres nuestra hija...

CAPITULO XII

QUEDARON los tres tristes y pensativos, cuando en gran contraste llegó Toñico muy alegre.

Volvía del campo en mangas de camisa, como estaba siempre, y llevaba en la mano, con gran entusiasmo, un manojo de flores que dió a Ababol:

—Toma, nena; que como te gustan tanto las flores corté éstas pa tí.

—Y muy bien que hiciste, respondió tomándolas la propia interesada.

—¿Sabes onde las cogí? Pos en el huerto del tío Cañicas, donde por las noches canta tanto el ruiseñor p' alegrar a su hembra, qu' es muy tristona. ¡Si vieras qué bonicos estaban los pajaricos dentro del nío del rosal, Ababol!

Y Bartolo repitió como un eco: ¡Ababol!... ¡Ababol!

La exclamación de su padre, que más pareció un suspiro, sugirió en Ababol la idea de que los malos tragos era mejor pasarlos cuanto antes, y así dijo a su hermanico sin más preámbulos:

—¿No sabes el notición, Toñico?... ¡Acércate

y mírame bien; que aunque te parezca una, soy otra!

Sin comprender una palabra respondió Toñico: ¿Pero qué dices?

—Empieza abriendo bien las orejas pa oirlo (continuó Ababol) y después la boca pa reirte... Porque resulta que soy una marquesa, y que tengo muchos dineros.

—¡Ah! ¿sí?,pos m' alegro saberlo, pa cuando llegue la feria de Murcia !pedírtelos y que me los dés.

—No te burles, no, ni lo tomes a broma, porque es de veras.

—Nena, que me den garrote si te entiendo una palabra de lo que me quieres decir.

La pobre Maipaz, sufriendo por adelantado con lo que su hijo iba a sufrir, principió así: Escucha, Toñico: te voy a dar un disgusto muy grande... ¡pero muy grande!

El huertano empezó entonces a creer que no se trataba de ninguna broma y a temer que ocurriera alguna desgracia.

—¿Un disgusto a mí, madre, dice osté?

—Sí, hijo... ¡verás!... tú quieres mucho a Ababol, ¿verdá?

—¡Que si la quiero!... Y lo dijo con una expresión tal que valía por un poema.

—Pues es que Ababol... ¡no es tu hermana!

Al oirlo recibió Toñico como úna descarga eléctrica, y enajenado, loco de alegría, prorrum-

pió: Madre, madre, ¿qué me dice osté?... Por Dios no me engañe.

La sencilla Maipaz, que no era psicóloga, ignorando completamente cómo era el corazón humano, se quedó asombrada al encontrarse con tal exaltación de alegría donde ella tanto temía encontrar muestras de sufrimiento.

La buena mujer, sorprendida y hasta desconcertada, preguntó a su hijo:

—¿Es que te alegras de lo que yo creía que iba a darte tanta pena?

—Pero madre, ¿no ve osté que si no es mi hermana entonces pué ser mi mujer?

Al oirle todos se quedaron en una pieza sin saber qué replicarle: hasta que Ababol, más valerosa, dijo a su hermano con un aire que mucho tenía de solemne:

—No pienses en eso, Toñico.

Toñico sintió como un latigazo en el rostro, y contestó temblando:

—¡Y eso me lo dices tú!...

—Yo sí; yo mesma; ¡y no será porque no te quiera!

Toñico sintió tal acceso de ira al escuchar a su hermana, que descompuesto se acercó a ella para pegarla.

Bartolo, que vió la intención, lo evitó prontamente sujetándole el brazo mientras decía: ¡Qué vas a hacer, condenao, pegar a tu hermana!

A lo que echando fuego por los ojos añadió él:

—No, si no es mi hermana. Ya es sólo una mujer que será pa mí o no será pa nadie. Por algo mi alma paecía decírmelo...

Maipaz, asustada, quería serenar a Toñico:

—¡Hijo, por Dios, entra en tus cabales!

Y Toñico, lleno de amargura, con una ironía en que había hiel, dijo a Ababol: ¿Es que t' encuentras ya muy señorita pa mí?... O es que por ser ¡marquesa! tiés ya que despreciar a un huertano...

A Ababol la ahogaban las lágrimas: Calla, Toñico, que no sabes lo que dices.

—¡Claro! ya en la Huerta no cabe tu señorío... y tendrás que marcharte al pueblo, o a la villa pa vivir allí más a lo fino ¿verdá?

—¡Válgame, Toñico, qué atascao eres!, dijo llorando la joven. Y añadió: De pena me moriría yo, si tuviá que dejar mi casica huertana y de ver a mis padres y a tí...

—¡Te marcharás, te marcharás!, dijo Toñico sollozando.

Y ella continuó traspasada de pena: Te lo aseguro, Toñico, que mis ojos cegarían de tristeza si no pudiera seguir viendo nuestra vega tan hermosa.

—¡Pero te marcharás!, repetía con dolor el infeliz.

—¿Sabes tóo lo más que yo sería capaz de hacer, Toñico?... Pues cambiar mi vestidura pa po-

nérmela de marquesa; pero el corazón... ¡hasta dentro de la hoya ha de ser de huertana...!

—¿Y entonces por qué has dicho lo de antes?

—Porque lo que se hace mal hecho no pué salir bien: Y yo, por casarme con otro, no iba a quedar mal con Manolito.

Rabioso de celos Toñico dijo, dominado de la mayor violencia: ¡Ah! ¿es porque le quieres más que a mí?, ¡pues nos quitaremos de en medio uno de los dos, pa que tú te quedes con el otro!

Los padres, acobardados por la actitud enérgica de su hijo, no se atrevían a intervenir en la conversación. En cuanto a Ababol estaba sufriendo lo indecible, viéndose tratar tan injustamente por Toñico, y luchando interiormente con su deber y su deseo.

Y sintiendo el daño que hacía, pero sin querer separarse del camino que le señalaba su conciencia, acudió a su padre, no sólo buscando consejo, sino para encontrar sostén en él; dirigiéndose a Bartolo, al oir la última frase despiadada de su hermano:

—Padre, sea osté el juez, ¿qué debo hacer?

—Guiarte por tu concencia, hija, que nunca te aconsejará mal.

—¿Lo ves, Toñico?, imploró Ababol.

—Padre, ¿y es osté quien me sentencia?

—Yo, hijo: que daría mi vida por tí, pero que sé lo mal que se vive reñido con la concencia.

—¡Padre, osté me mata!, dijo llorando con desconsuelo.

—Hijo, de dolor de amor no se muere nadie, y de remordimientos muchos.

—Es que tú no me quieres, Ababol, que si me quisieras...

—¡Vaya si te quiero! Pero ir yo sin motivo a faltar a mi palabra y quedar en la Huerta como una moza sin pudor, y darle a Manolito ese disgusto tan grande... ¡y ahora!, ¿verdá madre que no lo debo hacer?

—No, hija, contestó Maipaz que en aquel momento parecía descender de Guzmán el Bueno.

—¡Y ahora que con lo de su padre estará Manolito tan triste y tan solico en el mundo!... ¡vamos que eso no lo hago yo! ¿tengo razón, padre?

—¡Sí que la tienes!

—¿Y yo, padre?, madre ¿y yo?

—Aguarda en el tiempo, dijo sentenciosamente Bartolo; que él arregla muchas cosas que pa los hombres son imposibles de arreglar. Además, ¿quién sabe aún lo que pué pasar?

—Ya verás, prorrumpió Ababol, cómo quieres a otra mujer y eres feliz con ella.

En cambio no lo serías sacrificando a alguien.

Ababol, queriendo encontrar algo de consuelo para mitigar el dolor de su hermano, se acercó más a él y le dijo llena de cariñoso interés:

—No te apures, Toñico, ni me des pena. Ya

verás como tó se arregla, porque a lo mejor amanece por lo más nublao...

En aquel momento empezó a tocar la campana de la ermita, convidando a los fieles a asistir a la devoción poética de las Flores de Mayo...

Ababol indicó a sus padres que aquel día empezaba el mes de María, y ella encontraba que debían ir para encomendárselo todo a la Virgen.

A Maipaz y Bartolo les pareció muy acertado poner el asunto en manos que siempre estaban dispuestas a bendecir y abrazar.

Madre e hija entraron en la casita a ponerse la primera su mantellina, y la segunda un pañuelito que cubriera honestamente su cabeza para entrar en aquella ermitilla tan casa de Dios como si fuera una catedral.

—¡Padre, y osté tamién! (dijo antes de entrar a Bartolo). Después del mal día que pasó ayer ¿qué cosa mejor p' hacer su primera salida, que ir a visitar a la Virgen?

Bartolo comprendió la intención delicada que guiaba a su hija, y agradeciéndosela con toda el alma accedió muy gustoso a ir también al templo.

Entonces Ababol le alcanzó la blusa, ayudándole a ponérsela: luego le dió la bufanda y la cayada, y colocándose ella su pañuelo.

Cuando apareció Maipaz ya tocada con mantilla de lana negra, con forma, y adornada con tiras de terciopelo negro, Ababol se cogió a un brazo de su madre y otro de su padre, mientras decía:

—¡Ea, caminemos los tres juntos!

Yo pondré en el altar estas flores tan frescas y tan hermosas que me trajo Toñico.

Después dió a Bartolo las flores de la víspera, que aunque mustias todavía seguían en la reja, y continuó: Osté, padre, tenga estas otras que ya están muy agostáas. Pero llévelas también a la Virgen y déjeselas a sus pies, porque como ellas pasaron la noche en nuestra reja... ¡que sirvan como de exvoto...!

Al oirlo bajó Bartolo la cabeza con signo de dolor; y enseguida echaron los tres a andar hacia la capilla, mientras Toñico, recostado en el quicio de la puerta, les miraba marchar, llorando con el mayor desconsuelo...

. . . .

CAPÍTULO ÚLTIMO

En la casica de Bartolo, tan alegre antes, había entrado la tristeza. El estaba roído por los remordimientos que el recuerdo de su crimen le causaba. Maipaz procuraba disimular su tortura, pero el temor de que la quitaran a Ababol y el que se descubriera a su marido como autor del asesinato, la tenía angustiada. Toñico luchaba con su amor imposible, que era para él un suplicio.

En cuanto a Ababol, no era ya la de antes. Había empezado a comprender que la naturaleza nos ha dado dos ojos para llorar y una sola boca para reir, en la seguridad de que hemos de tener doble llanto que risa.

A nadie se lo confesaba pero sentía mucha tristeza, y a menudo, cuando se encontraba sola, aprovechaba la ocasión para llorar a su libertad.

Ella creía que el estado de su ánimo obedecía a las emociones recibidas la noche de la tragedia y al susto que aún tenía pensando qué sería de su padre si alguien le descubría, o sólo con que la justicia le olfatease.

Y ciertamente este pensamiento la atormen-

taba mucho, pero había otro que aún le torturaba más: ¡el cumplimiento de su deber!

Porque su honradez la ponía de manifiesto que en conciencia no podía dejar a Manolito, tan bueno con todos, tan cariñoso con ella y ahora desgraciado por culpa de Bartolo.

Esto sería una infamia, y como ella no las hacía, no podía abandonar a su novio: ¡no le abandonaría!...

Pero enseguida se mezclaba en la contienda su corazón, interviniendo con razones claras y de mucho peso. El gran revolucionario no entendía de moral ni de justicia: ¡entendía sólo de amor! Y con gran exigencia reclamaba sus derechos: porque si era mala cosa hacer desgraciados ¿con qué lógica se le sacrificaba a él?...

Ababol escuchaba todos sus razonamientos egoistas y lógicos, no sabiendo ni defenderlos ni rebatirlos, entablándose en su alma, que a la postre había de ser el juez, una lucha que la aniquilaba.

Ya se había hablado de señalar fecha para la celebración de la boda; pues Manolito quería que fuera enseguida de cumplirse los seis meses de la muerte de su padre, dando a su memoria esta prueba de respeto; pero alegando como causa muy justa para querer casarse cuanto antes, la soledad en que la muerte de su padre le había dejado. Como era tan razonable su petición, no podían negarse en ley de Dios a complacerle.

Bartolo y Maipaz, tranquilos en parte por haber creído la justicia que la muerte del tío Mengajo fué debida a un accidente, dedicaron su preferente interés a ocuparse en los preparativos de la boda.

En cuanto a Ababol, era una autómata que marchaba sin voluntad para rebelarse ni valor para sacrificar a un inocente. Pero muchas veces se acordaba de la pregunta que una tarde de *hijuela* la hiciera Manolito. Y ahora sin pregunta se contestaba ella que viendo ahogarse a él y a Toñico, correría mucho más, sin género de duda, hacia el que seguía llamando su hermanico...

Como la boda iba ya tan adelantada, Manolito estaba autorizado para ir por las noches un rato de palique con su novia.

Generalmente estaban cenando cuando se oía el *relincho* de Manolíto. Y en cuanto la señal anunciaba que llegaba el novio, daba la casualidad de que Toñico decía que había acabado de cenar y se iba a la cama.

Ababol veía y callaba, pero sufriendo. Maipaz suspiraba. Bartolo hacía como que no se daba cuenta de nada.

Una noche Manolito propuso que la boda fuese allá en los primeros días de Septiembre, cuando la feria de Murcia. Al oirlo Maipaz y Ababol se estremecieron, pero la primera nada dijo, mientras que la segunda, nueva Penélope cifrando su esperanza en ganar tiempo, alegó que tenía hecha

una promesa a la Virgen de la Fuensanta, de acompañarla con los pies descalzos cuando la subieran desde la catedral a su templo del monte.

Esto era cierto: Ababol había ofrecido este sacrificio en honor de la Patrona si su padre no era descubierto.

En realidad, la promesa para nada impedía la boda, puesto que de casada podría igualmente cumplirla, pero una cosa son las razones y otras las excusas. Manolito, que era siempre bondadoso, y no podía ver pretextos en las palabras de su su novia, condescendió con lo expuesto por ella, y quedó decretado que la boda se celebraría al día siguiente de quedar la imagen colocada en su santuario.

Mientras la fecha, ya muy próxima llegaba, don Cristóbal se ocupaba del asunto referente a la herencia de Ababol; cosa que a la interesada no la preocupaba lo más mínimo; aunque a ratos la causaba intensa emoción pensar que iba a tener dinero abundante que dar a sus padres adoptivos; para pagarles con él, como lo hacía con su cariño, tanto bien como les debía a ellos.

Pero su deseo era seguir viviendo de huertana; huertana rica, que sería todavía mucho mejor.

Ya Maipaz había empezado a hacer las roscas y tortas para el día de la ceremonia obsequiar a los invitados. Ababol, por no tener padre su novio, había recibido directamente de manos de Manolito cincuenta duros *para galas*. Cantidad des-

conocida en la Huerta en tales circunstancias, puesto que lo corriente es dar de diez a veinte duros siendo los novios modestos, o añadiéndolo un poco más según el rumbo.

Pero Manolito se encontraba en condiciones diferentes; pues la abundante hacienda de su padre, y la usura con que iba desplumando a todos sus vecinos, constituyeron una buena herencia para él que le permitía ser generoso con su amada.

Por su parte Bartolo y Maipaz pensaban gastar cuanto tuvieran en aquella hija tan querida, comprándola *ajuar entero,* que es el mayor lujo en la Huerta.

Y un jueves de Agosto, con un calor achicharrante, se fueron al mercado de Murcia Maipaz, Ababol y Bartolo, *a tiendas.*

Manolito estaba ya cuando llegaron, esperándoles a la entrada de la ciudad, y así juntos fueron a tiendas y puestos para surtirse de lo necesario, empezando por lo correspondiente a *galas* con el dinero de Manolito; que no fué la *basquiña,* como en tiempos de Maipaz, ni *mantellina* y *arracadas* como entonces: sino cosas mucho más vulgares y mucho menos artísticas; pero que lo mismo costaron las pesetas.

Después se ocuparon de la parte correspondiente a los padres, o sea el *ajuar;* que tanto Maipaz como Bartolo querían que fuera lo mejor entre lo bueno.

Primero compraron la cama matrimonial; y

después otra de un cuerpo; dos arcas, doce sillas de morera, dos tinajas, la artesa y sus accesorios para amasar el pan; y tres mesitas, una para comer, otra para la cocina y la tercera para lo que se ocurriese.

Entre lo que revolvieron y lo que regatearon, ya había dado la una en la torre de la catedral cuando terminaron sus correrías.

Entonces Manolito les convidó a refrescar, tomando en un puesto *agua de espejiquios* (limón helado), yéndose todos juntos después a comer en la posada del Lebrel. Y cuando terminaron, Manolito se llevó en el carro las cosas compradas a su casa de Monteagudo, que era donde se instalaría el nuevo matrimonio, y Bartolo con las mujeres se volvieron a la Huerta: llegando a su casa sin estallar de calor... ¡porque eran murcianos!

Aquella noche terminó la cena sin oir el *relincho* de Manolito, por lo que no se dió prisa Toñico para marcharse a la cama, sino que se quedó después de cenar bajo la parra como de ordinario los demás, sentado allí en el poyo de la casa, en conversación con todos.

Llegaron las once, hora de terminarse la tertulia de la familia en aquella época, y dió Bartolo la señal de levantar el campo, sin que Manolito llegara; no sabiendo ninguno a qué atribuir su ausencia, habiéndose despedido hasta la noche. Y si a todos les extrañaba, lo cierto es que ninguno

lo sentía, y que Ababol y Toñico hasta se lo agradecieron...

Pero la explicación la tuvieron a la mañana siguiente por un vecino de Monteagudo, que fué a decirles, con la rudeza y falta de paliativos que se usa en el pueblo, que Manolito llegó muy malo a su casa, porque la friura del agua *de espejiquios* que bebió cuando estaba sudando, le debió caer mal. Que al verle llegar a Monteagudo tan malico, la tía Botijona, vecina de Manolito, fué a llamar al médico, quien le recetó unas gotas de la botica. Pero él, pa ponerse güeno antes y creyendo que el médico le recetaba *gotas* para tardar más en curarle y golver a llevarle los dineros, bebió un chorro de la melecina y... no sabían qué le había dao, pero ello fué que se murió tó entero.

. . . .

La muerte desgraciada de Manolito fué sinceramente sentida por aquellas gentes honradas; pero después del sentimiento llegó la conveniencia, y a Maipaz y Bartolo, sin confesárselo siquiera, les pareció que un gran peso se les quitaba de encima.

Toñico sentía un consuelo pensando que si Ababol no sería nunca para él, tampoco se la llevaría Manolito.

Ababol seguía preocupada; pero nadie hacía alusión al amor de Monolito mostrando delicadeza exquisita; pues los tres creían a Ababol muy enamorada de su novio, y ni querían aumentarle

la pena hablándole de él ni hacer la menor alusión a Toñico.

A los dos meses del triste suceso estaba Ababol una tarde sentada entre unos jazmineros, tomando el fresco del atardecer, cuando llego Toñico, y la dijo, de parte de D. Cristóbal, que ya estaba todo el negocio listo, y que sólo faltaba que ella fuera a Murcia a recoger su caudal y su marquesado.

Y yo no sé si fué el aroma del jazmín, o el canto del ruiseñor, o la paz del ambiente quien tuvo la culpa. Pero ello fué que de repente le dijo Ababol a Toñico: que seguía su camino.

—Escucha, Toñico...

—¡Qué quieres!: contestó como contrariado de tener que detenerse, pues desde hacía una temporada, lejos de buscar como antes la compañía de Ababol, parecía esquivarla.

—¡Te quería decir una cosa!

—Pos dila.

—Que como ya soy marquesa, pienso que podré escoger a mi marqués; y como se murió Manolito... ¡no hay inconveniente en que yo me case contigo... digo, si tú eres gustoso!

Cuando Toñico fué dueño de dominar su emocióu, sólo pudo decir enajenado:

—¡Ababol! ¡Ababol mía...!

ÍNDICE

PÁGS.

TERCERA PARTE